



TORMENTA DE ARENA EN EL HOTEL AL-RASHID

CONFIDENCIAL
PROTOCOLO DE BAGDAD

HOTEL AL-RASHID

En la tormenta,
lo que no se dice
es más peligroso que
lo que se oculta.

SALVADOR RANGEL ABUD

TORMENTA DE ARENA EN EL HOTEL AL-RASHID

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Bagdad, octubre de 1954. Una tormenta de arena de proporciones excepcionales avanza desde el desierto y convierte el Hotel Al-Rashid en una isla sin comunicaciones con el exterior. Entre sus huéspedes atrapados se encuentran Sir Arthur Vance, director de la Compañía Petrolera Anglo-Iraquí, que ha convocado a un grupo selecto de personas alrededor de algo que guarda en su caja fuerte. A la mañana siguiente, Sir Arthur aparece muerto en su suite cerrada por dentro. El documento ha desaparecido. Y el asesino sigue en el hotel. La investigación recae sobre dos personas que no habrían elegido trabajar juntas en ninguna otra circunstancia: Kaelen Vance, sobrino del difunto y exoficial de contrainteligencia británico, y Amira Al-Sayed, traductora del hotel que lleva cuatro años aprendiendo a leer lo que las personas no dicen. Lo que descubren a lo largo de los días que dura la tormenta no es solo la identidad de un asesino: es la arquitectura de un mundo donde el petróleo, el espionaje y el colonialismo se cruzan de maneras que nadie que viva en la superficie de las cosas puede ver completamente. Y que Amira, desde su posición invisible entre los huéspedes y el personal, ha estado viendo desde el principio sin saber todavía qué hacer con ello.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene descripciones de asesinato por envenenamiento, violencia física menor y situaciones de amenaza. El contexto histórico incluye referencias al colonialismo, la explotación de recursos naturales y las operaciones de espionaje de la Guerra Fría. Algunos personajes representan posiciones políticas e ideológicas que pueden resultar incómodas para ciertos lectores. No hay contenido sexual explícito.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Ha publicado más de doscientas dos novelas. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: Tormenta de arena en el Hotel Al-Rashid

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Thriller de misterio y espionaje histórico

Ambientación: Bagdad, Iraq, octubre de 1954

Estructura: Prólogo, quince capítulos y epílogo

Extensión aproximada: Novela de extensión completa

Idioma: Español

Licencia: CC BY-NC-ND 4.0

NOTA DEL AUTOR

Bagdad en 1954 era una ciudad en el umbral de transformaciones que ninguno de sus habitantes podía anticipar completamente. El rey Faisal II reinaba sobre un Iraq cuya riqueza petrolera era administrada en buena parte por intereses extranjeros, y el movimiento nacionalista que terminaría con la monarquía en 1958 estaba tomando forma en reuniones discretas y conversaciones que los que tenían el poder preferían no escuchar. Esta novela es ficción: sus personajes son inventados, el Protocolo de Bagdad no existió como tal, y el Hotel Al-Rashid de estas páginas es una construcción literaria. Pero el mundo que rodea esa ficción, la desigualdad de los acuerdos petroleros, la presencia de los servicios de inteligencia de varias potencias en la región y la voz creciente del nacionalismo árabe, era completamente real. Los errores históricos son del autor. Las verdades históricas pertenecen a la historia.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución no comercial siempre que se cite al autor y no se realicen modificaciones a la obra.

PALABRAS CLAVE

Thriller histórico, misterio de habitación cerrada, espionaje Guerra Fría, Bagdad 1954, petróleo e imperialismo, protagonista femenina, novela de misterio clásico, detective aficionado, Iraq, colonialismo, identidades secretas

TEMAS PRINCIPALES

La visibilidad y la invisibilidad como instrumentos de conocimiento y de poder. El colonialismo como sistema que opera a través de contratos y protocolos además de a través de la fuerza. La Guerra Fría como conflicto que se libra en los márgenes del mundo oficial. La identidad como construcción deliberada en las personas que operan entre distintos mundos. El conocimiento del espacio como forma de poder que las jerarquías oficiales no reconocen. La diferencia entre el entrenamiento y la

experiencia. El Oriente Medio de mediados del siglo XX como escenario donde confluyen los intereses de potencias que no consultarán a quienes habitan ese territorio.

CITAS DESTACADAS

"Las tormentas reúnen a personas que de otra manera no estarían en la misma habitación. Es uno de sus usos."

"No es la riqueza lo que se disputa. Es el derecho a decidir qué se hace con ella."

"Mataría el sistema, no al hombre. Eso es más difícil y más lento, pero es lo único que funciona."

"Las personas muy hábiles cometen siempre errores de soberbia: no errores de cálculo sino errores de subestimación."

"La tormenta enseña lo que el buen tiempo esconde."

COMPARACIONES LITERARIAS

Tormenta de arena en el Hotel Al-Rashid comparte con Asesinato en el Orient Express de Agatha Christie la estructura del misterio de espacio cerrado con un elenco de sospechosos que representan distintas nacionalidades y lealtades, y la revelación final que desmonta todas las hipótesis previas. Con El espía que surgió del frío de John le Carré comparte el escepticismo sobre las instituciones del espionaje y la convicción de que la lealtad y la traición son categorías más complicadas de lo que los relatos oficiales admiten. Con Riad de Patrick Cockburn y otras crónicas del Oriente Medio de mediados del siglo XX comparte la ambientación histórica y la atención al contexto político que convierte la ficción en algo inseparable de la realidad que la rodea. El registro elegante y la profundidad geopolítica sitúan la novela en la tradición del thriller literario europeo con conciencia histórica.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Es la posición de Amira, entre el mundo de los huéspedes y el mundo del personal, una ventaja o una limitación? ¿Por qué Lady Cynthia subestimó a Amira y qué dice eso sobre los sistemas de poder que la novela describe? ¿Tiene Kaelen razón al querer que toda la información del baúl llegue sin filtros a quien corresponda, o Amira tiene razón al decir que eso no es su responsabilidad? ¿Qué distingue a Tariq Al-Mansoor de los demás sospechosos en términos de su relación con el poder? ¿Puede Lady Cynthia ser simultáneamente la persona que mató a Sir Arthur y alguien que hizo cosas que valieron la pena? ¿Qué significa que el Protocolo de Bagdad termine en manos de las autoridades iraquíes sin que la novela garantice qué harán con él?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. *Tormenta de arena en el Hotel Al-Rashid*. México, 2024. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que se encuentran *El último rojo del Soviet*, *Una España siempre en llamas*, *Las voces de la razón*, *La sangre del norte*, *La república que pudo haberse sembrado*, *Esto es lo que hicimos de México* y *Oro viejo*, entre otras.

MENSAJE FINAL

Tormenta de arena en el Hotel Al-Rashid es una novela sobre lo que se ve y lo que no se ve, y sobre quién tiene el privilegio de decidir cuál de las dos categorías importa. Amira Al-Sayed no es una detective. Es una mujer que lleva cuatro años en un cruce de caminos aprendiendo a leer lo que pasa a través de él, y que cuando la semana de la tormenta llega, resulta que ese aprendizaje valía exactamente lo que necesitaba valer. La arena que la *umm al-ramaal* deja en todos los rincones del hotel después de pasar, que por mucho que se barra siempre aparece en algún lugar que uno no pensó revisar, es también la imagen de las verdades que los eventos grandes depositan en las personas que los viven: invisibles a simple vista, persistentes, completamente reales.

ÍNDICE

Prólogo:	La tormenta que viene
Capítulo 1:	El hotel aislado
Capítulo 2:	La última cena
Capítulo 3:	El cadáver de la habitación cerrada
Capítulo 4:	Los cautivos de la tormenta
Capítulo 5:	Las máscaras de Sir Arthur
Capítulo 6:	El diplomático sin patria y la aristócrata sin país
Capítulo 7:	Los hijos del desierto
Capítulo 8:	La señora de las sombras
Capítulo 9:	El hombre que sabía demasiado
Capítulo 10:	Sombras de Berlín
Capítulo 11:	La lavandería

Capítulo 12:	El niño y los pestillos
Capítulo 13:	El protocolo fantasma
Capítulo 14:	El rostro del Camaleón
Capítulo 15:	La tormenta termina
Epílogo:	La arena permanece

TORMENTA DE ARENA EN EL HOTEL AL-RASHID

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

La tormenta que viene

Bagdad, octubre de 1954

Desde la terraza del Hotel Al-Rashid, Amira Al-Sayed observa el horizonte con la atención de quien ha aprendido a leer el desierto como otros leen los periódicos. La muralla rojiza que avanza desde el oeste no es una tormenta ordinaria. Los beduinos que acampan al otro lado del Tigris la llaman *umm al-ramaal*, la madre de las arenas, y cuando aparece en octubre con esa altura y esa velocidad los beduinos recogen sus tiendas y se mueven hacia el sur sin discutirlo, porque hay cosas que el desierto comunica con una claridad que no admite interpretaciones alternativas.

Amira lo sabe porque nació en esta ciudad y porque su padre, que fue maestro de escuela en Adhamiya durante treinta años antes de que los pulmones lo doblegaran, le enseñó desde niña que el desierto tiene memoria y que sus tormentas no llegan sin razón, aunque la razón no siempre sea legible para los que viven dentro de las paredes.

La terraza del Al-Rashid está a quince metros sobre el nivel de la calle, lo suficiente para que Amira pueda ver más allá de los minaretes del barrio viejo y distinguir, en el horizonte occidental, la línea donde el cielo azul

termina y la muralla comienza. Es una línea que avanza. A la velocidad a que avanza, calculó hace media hora cuando subió aquí con su taza de té y el registro de huéspedes que tiene que revisar antes de las cinco, llegará al hotel antes del anochecer. Podría durar tres días. Podría durar cinco. El año en que Amira tenía doce, una tormenta de octubre duró siete días y cuando terminó la ciudad entera tenía la textura y el color de algo que había sido sumergido en arcilla y secado al sol.

Deja el registro sobre la silla de hierro y mira el horizonte sin el papel entre las manos.

Abajo, en la calle Al-Rashid, los vendedores de los puestos empiezan a recoger sus mercancías con esa eficiencia silenciosa de quien ha hecho lo mismo muchas veces y sabe exactamente qué pasos dar y en qué orden. Los conductores de los coches de alquiler que esperan frente al hotel miran el cielo y se dicen algo entre sí que Amira, a esta distancia, no puede escuchar pero que puede leer en los gestos: que va a ser larga, que mejor buscar refugio antes de que sea imposible moverse por las calles, que esta noche nadie va a ningún lado.

El vestíbulo del Al-Rashid, en cambio, tiene la agitación específica de los lugares donde convergen personas que tienen mucho que perder y que todavía no saben que van a perder más.

Amira los ve llegar desde arriba con la perspectiva del narrador que observa sin ser observado, que es la perspectiva que cuatro años de trabajo en ese hotel le han enseñado a ocupar con naturalidad. El primer coche que se detiene frente a la entrada principal es un Rover negro con placas diplomáticas británicas del que descienden dos hombres: el primero es Sir Arthur Vance, director de la Compañía Petrolera Anglo-Iraquí, sesenta y dos años, el cabello blanco y la postura de quien lleva décadas acostumbrado a que el espacio que ocupa se organice alrededor de él. Amira lo conoce de visitas anteriores al hotel. Sabe que es un hombre que pide su whisky a las seis exactas, que no tolera que le cambien la habitación que ha reservado aunque haya quedado disponible una mejor, y que trata al personal con la cortesía impecable del que ha aprendido que la grosería es una forma de debilidad que los hombres poderosos no pueden permitirse. El segundo hombre es más joven, treinta y tantos años, con la mandíbula tensa y los ojos que registran el espacio antes de que el cuerpo entre en él. No lo conoce. Pero reconoce en él algo que ha visto antes en ciertos huéspedes del Al-Rashid: la actitud de alguien que ha sido entrenado para parecer menos peligroso de lo que es.

Sir Arthur sube los escalones de la entrada sin mirar la tormenta que se acerca. El hombre joven la mira durante un segundo exacto antes de seguirlo.

El segundo coche es un taxi que se detiene con menos ceremonia y del que desciende una mujer de unos cincuenta años con el cuello de visón de su abrigo levantado a pesar del calor que todavía hace. La Condesa Irina

Volkova: Amira la conoce también de visitas anteriores, aunque no con tanta frecuencia. Una aristócrata rusa exiliada que se mueve por el Medio Oriente con una regularidad que no corresponde a ninguna razón turística obvia. Firma siempre el registro con una caligrafía perfecta y demasiado controlada, como si cada letra fuera una pequeña demostración de que el exilio no ha podido con ella.

Después viene Raymond Dupont, solo, con un maletín de cuero que lleva él mismo en lugar de entregárselo al mozo, lo cual dice algo sobre lo que contiene. Francés, representante comercial de una empresa de ingeniería que lleva años intentando ganar contratos en la región sin conseguirlo del todo. Amira ha escuchado conversaciones suyas en el bar del hotel que no estaban destinadas a oídos del personal, y sabe que es un hombre que habla más de lo conveniente cuando ha bebido lo suficiente y que guarda resentimientos con la paciencia del que no ha encontrado todavía la manera de usarlos.

El jeque Tariq Al-Mansoor llega a pie, desde la dirección del bazar, con dos hombres que lo acompañan hasta la puerta y que luego se quedan en la calle. Sin equipaje superfluo. Con la actitud de quien ha decidido de antemano que no va a dejarse impresionar por nada de lo que encuentre en ese edificio, no por sus dimensiones ni por sus alfombras persas ni por la manera en que el personal se apresura a abrir la puerta cuando lo ve llegar. Amira lo conoce de otra manera: lo ha escuchado hablar en reuniones del barrio viejo a las que asiste a veces con su prima, reuniones donde se habla del petróleo y de las concesiones y de lo que Irak podría ser si fuera completamente suyo. Sabe que es un hombre que elige sus palabras con una precisión que no es la del diplomático sino la del hombre que ha aprendido que las palabras son lo único que le está permitido usar por ahora.

Lady Cynthia Ashworth llega en el último coche, un Mercedes que pertenece a alguien que no baja a despedirla, y sube los escalones con la facilidad de alguien que ha subido escalones como esos en hoteles como ese en muchas ciudades distintas. Besa a Sir Arthur en las mejillas cuando lo encuentra en el vestíbulo, con una calidez que desde arriba parece completamente genuina. Y tal vez lo es. Amira ha aprendido a desconfiar de sus propias lecturas cuando se trata de personas que son muy buenas en ser exactamente lo que el momento requiere.

El doctor Klaus Müller entra discretamente por la puerta lateral, casi sin que nadie lo note, con el aspecto de alguien que prefiere que las cosas sean así. Amira recoge el registro de la silla de hierro y lo mira sin leerlo. Ya sabe quiénes son estos huéspedes. Lo que no sabe todavía, y lo que la tormenta que avanza desde el horizonte no le va a revelar aunque lo sepa todo sobre los secretos del desierto, es qué han traído cada uno de ellos consigo esta vez y qué van a llevarse cuando se vayan.

Si es que se van.

La muralla rojiza está ya tan cerca que Amira puede ver cómo engulle, kilómetro a kilómetro, los campos y las carreteras y las aldeas que hay entre el desierto y la ciudad. El cielo azul se ha reducido a una franja sobre sus cabezas que se angosta a medida que la mira.

Antes de que oscurezca, el hotel será una isla.

Amira baja de la terraza y entra al edificio por la puerta del personal. En la suite del tercer piso, aunque ella no lo sabe todavía, Sir Arthur Vance está guardando algo en la caja fuerte del armario con los movimientos rápidos y precisos de alguien que ha practicado ese gesto muchas veces. En la habitación contigua, aunque ella tampoco lo sabe, alguien ha comenzado a calcular cuándo va a ser el momento correcto.

Amira cierra la puerta detrás de ella y baja las escaleras hacia el vestíbulo donde la esperan los huéspedes, el registro y el trabajo de siempre.

La tormenta golpea los primeros ventanales del Al-Rashid a las siete y cuarenta y tres minutos de esa tarde.

CAPÍTULO 1

El hotel aislado

Hotel Al-Rashid, Bagdad, octubre de 1954

La tormenta golpeó los últimos ventanales del ala oeste a las ocho y cuarto de la noche con un sonido que el personal del hotel describiría después como el de algo enorme que llegaba para quedarse. No era una metáfora: la *umm al-ramaal* no era el tipo de tormenta que pasaba de largo. Era el tipo que se instalaba sobre una ciudad como quien ocupa un territorio, metódicamente, sin prisa, con la certeza de quien sabe que nadie va a pedirle que se marche.

En el plazo de dos horas la electricidad de la red principal falló dos veces antes de ceder definitivamente y el generador del hotel tomó el relevo con ese zumbido grave y constante que en los días que seguirían se convertiría en el sonido de fondo de todas las conversaciones, todas las comidas y todos los silencios. Los teléfonos quedaron inutilizados a las nueve y media: la central estaba en un edificio cuya línea exterior cruzaba una zona donde el viento había derribado tres postes en veinte minutos. Las calles alrededor del hotel desaparecieron bajo una pared anaranjada opaca que los focos de emergencia convertían en algo entre bello y amenazante. El Al-Rashid se convirtió en una isla de luz de generador rodeada de oscuridad arenosa, y sus huéspedes, que una hora antes podían haberse marchado si hubieran querido, ya no podían.

Ninguno de ellos había querido marcharse. Eso era algo que Amira Al-Sayed notó y guardó sin saber todavía para qué.

Conocía el hotel en tormenta de una manera que ningún huésped podría conocerlo: no como espacio de refugio sino como organismo que reacciona. Sabía qué puertas se hinchaban con la humedad que la arena traía consigo

y había que abrir con el hombro. Sabía que el corredor del ala norte perdía la calefacción antes que el resto. Sabía que el bar del segundo piso acumulaba huéspedes en las primeras horas de cualquier emergencia con la regularidad de los fenómenos naturales, porque las personas que no pueden salir buscan instintivamente el espacio más parecido a la normalidad, y el bar del segundo piso, con sus lámparas de latón y su barman egipcio llamado Yusuf que nunca perdía la compostura, era ese espacio.

Amira llevó al bar una bandeja con las últimas copas limpias de la sala de servicio y la dejó sobre el mostrador. Yusuf le dijo gracias sin dejar de mezclar algo. Amira se quedó un momento apoyada en el marco de la puerta con el pretexto de ordenar la bandeja vacía, y observó.

Kaelen Vance estaba en el extremo más alejado de la barra, solo, con un vaso de whisky que no había bebido y la mirada puesta en la ventana donde la arena hacía imposible ver nada. Amira lo había observado desde el momento en que llegó con su tío esa tarde y había llegado a algunas conclusiones: era un hombre entrenado, eso era evidente en la manera en que registraba el espacio cuando entraba en él, en la posición que elegía en cualquier sala, siempre con la espalda cubierta y la visión despejada. Pero había algo más debajo de ese entrenamiento: una incomodidad genuina que el entrenamiento no conseguía ocultar del todo. No era miedo. Era la incomodidad de alguien que sabe más de lo que puede decir y que lo que sabe le pesa.

La Condesa Volkova ocupaba uno de los sillones junto a la ventana con la postura de quien ha decidido que la tormenta es un inconveniente menor y que los inconvenientes menores no merecen que uno cambie de posición. Bebía coñac con la regularidad de quien bebe para pensar y no para olvidar. Cada cierto tiempo miraba al resto de los presentes con esa atención que Amira reconocía como profesional: no curiosidad sino inventario.

Raymond Dupont hablaba con Yusuf con una animación inversamente proporcional a lo que tenía que decir. Había pedido su tercer whisky en cuarenta minutos.

Kaelen levantó la vista de la ventana en ese momento y sus ojos se encontraron con los de Amira durante un segundo antes de que ella recogiera la bandeja. Pero Kaelen habló antes de que pudiera salir.

—Perdone —dijo, en inglés—. ¿Cuánto tiempo puede durar esto?

Amira se volvió. Lo miró con la expresión neutral que había aprendido a mantener con los huéspedes en las primeras interacciones: ni deferente ni distante, simplemente profesional.

—Las tormentas de octubre en esta zona duran entre tres y siete días —dijo—. Depende de la dirección del viento en el segundo día. Si sigue viniendo del noroeste, más tiempo. Si gira al norte, menos.

—¿Y usted puede predecir la dirección del viento?

—No —dijo Amira—. Nadie puede. Eso es lo que hace que sean tormentas.

Kaelen asintió levemente, como si esa respuesta le hubiera dicho algo más de lo que decía. Luego miró el vaso de whisky sin beberlo.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí?

—Cuatro años.

—Entonces conoce bien el hotel.

—Mejor que cualquier huésped —dijo Amira—. Y probablemente mejor que la mayoría del personal.

No era arrogancia. Era un hecho que enunciaba con la misma neutralidad con que habría enunciado cualquier otro, y Kaelen lo recibió así: como información sobre quién tenía delante.

—¿Ha habido situaciones similares antes? —preguntó—. Huéspedes atrapados varios días.

—Dos veces desde que trabajo aquí —dijo Amira—. En la primera, un huésped alemán tuvo un infarto y no pudimos traer médico durante treinta y seis horas. En la segunda, dos huéspedes que tenían razones para no querer estar en el mismo edificio tuvieron una pelea en el corredor del segundo piso que el director tuvo que separar con ayuda del conserje.

—¿Y en esta?

Amira lo miró durante un momento antes de responder.

—En esta —dijo— todavía no ha pasado nada.

Lo dijo con el énfasis mínimo suficiente para que el *todavía* sonara como lo que era: no una amenaza sino una observación. Kaelen la miró con una atención que cambió ligeramente de naturaleza, como si hubiera recalibrado algo.

—¿Puedo preguntarle su nombre?

—Amira Al-Sayed. Soy la traductora e intérprete del hotel.

—Kaelen Vance. Sobrino de Sir Arthur.

—Lo sé —dijo Amira—. Buenas noches, señor Vance.

Recogió la bandeja y salió. En el corredor se detuvo un momento. No en la conversación en sí misma sino en lo que había debajo: un hombre entrenado que le hacía preguntas que no eran sobre la tormenta aunque parecieran serlo, en un hotel donde su tío llevaba horas comportándose como alguien que espera algo que no ha llegado o que teme algo que no ha ocurrido todavía.

Desde el otro extremo del corredor llegaban voces. Amira reconoció la de Dupont antes de verlo: había salido del bar y hablaba en el pasillo con el doctor Müller, con la animación excesiva del que ha bebido lo suficiente para perder el filtro pero no lo suficiente para perder el hilo.

—Lo que le digo —decía Dupont, en francés, sin bajar la voz porque no había reparado en la presencia de Amira al fondo del corredor— es que ese

hombre sabía exactamente lo que hacía. No fue negligencia. Fue deliberado.

—Raymond —dijo Müller, con el tono cansado de quien lleva rato escuchando lo mismo—, esta no es la conversación apropiada para este momento ni para este lugar.

—¿Y cuándo va a ser el momento apropiado? ¿Cuándo vuelva a Londres con sus contratos firmados y su comisión en el bolsillo?

—Baje la voz.

—No tengo por qué bajar la voz. Estoy en un hotel, no en un tribunal. Aunque en un tribunal tampoco me habría ido peor que con ese acuerdo.

Müller vio a Amira al fondo del corredor en ese momento. Dijo algo a Dupont en voz demasiado baja para que Amira pudiera escucharlo. Dupont se giró, la vio y cambió de expresión con la rapidez insuficiente del que reacciona tarde.

—Buenas noches —dijo Amira, en francés, con la misma neutralidad de siempre.

Pasó junto a ellos y bajó por la escalera de servicio hacia el primer piso. Mientras bajaba anotó mentalmente lo que acababa de escuchar: Dupont tenía un agravio económico contra Sir Arthur que era específico, reciente y todavía abierto. Müller sabía de ese agravio y prefería que no se hablara de él en voz alta, lo cual significaba que sabía más de la relación entre los dos de lo que había mostrado hasta ese momento.

En el primer piso, al pasar frente al almacén de lencería, se detuvo.

La puerta estaba entreabierta. Dentro, visible por la rendija, el haz de una linterna se movía con los movimientos silenciosos y deliberados de quien no quiere que lo escuchen. Amira se quedó quieta durante tres segundos. Luego siguió caminando hacia el vestíbulo con paso normal, sin cambiar el ritmo, sin mirar atrás.

El almacén de lencería no tenía acceso a las habitaciones. Pero sí tenía acceso, a través de un corredor de servicio que la mayoría del personal conocía y que ningún huésped debería conocer, al sistema de escaleras secundarias que subía directamente al tercer piso. Donde estaba la suite de Sir Arthur.

Amira llegó al vestíbulo, dejó la bandeja en el mostrador de recepción y fue al pequeño despacho que usaba como oficina. Cerró la puerta, se sentó y sacó el cuaderno del bolsillo del uniforme.

Escribió durante diez minutos. Cuando terminó, lo que tenía en el papel era una lista de observaciones con nombres, horas y una columna de preguntas sin respuesta todavía. Debajo de todo, una frase que subrayó dos veces: *Ninguno cambió sus planes por la tormenta. Eso no es casualidad.*

Cerró el cuaderno y fue a cumplir con el resto de sus obligaciones de la noche.

Pasó por el despacho del director, que luchaba con el radio de emergencia sin resultado.

—¿Todo en orden con los huéspedes? —le preguntó sin levantar la vista del aparato.

—Todo en orden —dijo Amira.

—Bien. Si hay cualquier cosa fuera de lo normal, cualquier cosa, dígamelo inmediatamente.

Amira lo miró durante un momento.

—¿Qué consideraría usted fuera de lo normal, señor director?

El director levantó por fin la vista. La miró con la expresión de alguien que ha dicho algo sin pensar del todo en lo que decía y que ahora, al verlo reflejado en la pregunta de otro, comprende que debería haber pensado más.

—Cualquier cosa que le parezca fuera de lugar —dijo finalmente.

—Entendido —dijo Amira.

Salió. Subió al tercer piso por la escalera principal. El corredor estaba vacío. Debajo de la puerta de la suite de Sir Arthur, la línea de luz de quien sigue despierto a esa hora. Amira permaneció un momento sin moverse, escuchando. Nada.

Bajó. Había cosas que podía hacer esta noche y cosas que no. Pero conocía el hotel lo suficientemente bien para saber que había otras maneras de saber lo que ocurría en ese corredor, y que la noche era todavía larga.

La tormenta rugía afuera con la constancia de las cosas que han venido para quedarse.

Antes de subir al tercer piso pasó por el bar una segunda vez. El grupo había cambiado ligeramente: la Condesa Volkova había sustituido el coñac por agua mineral, lo cual en la experiencia de Amira significaba que había decidido que había bebido suficiente y que a partir de ahora necesitaba tener la cabeza despejada. Lady Cynthia Ashworth había aparecido y ocupaba el sillón junto al de la Condesa con su taza de té y su expresión de calma que era siempre exactamente proporcional a la situación.

Amira recogió las copas sucias de las mesas con la eficiencia silenciosa del personal invisible y escuchó.

—Es una ciudad extraordinaria —decía Lady Cynthia, en inglés, con el tono de la viajera cultivada que encuentra belleza donde otros solo ven incomodidad—. He estado aquí tres veces y cada vez me parece distinta.

—Las ciudades antiguas son así —respondió la Condesa, en un inglés con acento marcado—. Cambian según quien las mira, no según lo que son.

—Qué frase tan elegante.

—Es solo la verdad —dijo la Condesa—. San Petersburgo era diferente para los zaristas y para los bolcheviques. El mismo río, la misma piedra. Distinta ciudad.

Lady Cynthia la miró con una atención que duró un segundo más de lo que la conversación requería.

—¿Extraña Rusia? —preguntó.

—Extraño lo que Rusia era —dijo la Condesa—. Lo que es ahora no lo conozco del todo. Nadie que se haya marchado lo conoce del todo.

Hubo un silencio breve. Lady Cynthia bebió su té. La Condesa miró la ventana donde la arena golpeaba el cristal con ese sonido continuo que era como lluvia pero más pesado, más permanente.

—¿Y Sir Arthur? —dijo la Condesa, con una casualidad que era demasiado precisa para ser casual—. ¿Lo conoce desde hace mucho?

—Desde hace veinte años —dijo Lady Cynthia—. Es un hombre complicado. Los hombres que hacen lo que él hace suelen serlo.

—¿Y qué hace exactamente?

Lady Cynthia la miró con una sonrisa que contenía algo difícil de nombrar.

—Petróleo —dijo—. Como todos aquí, de una manera u otra.

Amira terminó de recoger las copas y salió del bar sin que ninguna de las dos mujeres la mirara, que era exactamente lo que buscaba. En el corredor, mientras bajaba hacia el primer piso con la bandeja, pensó en el intercambio que acababa de escuchar. Dos mujeres inteligentes hablando de ciudades y de exilios con la fluidez de quienes han aprendido que la conversación elegante es la mejor cobertura para las preguntas reales. La Condesa había preguntado por Sir Arthur con la casualidad del que ya sabe la respuesta y quiere saber qué dice el otro. Lady Cynthia había respondido con la precisión del que da exactamente la información que ha decidido dar y nada más.

Ambas sabían más de lo que habían dicho. Eso también era información.

Amira anotó todo en el cuaderno antes de subir al tercer piso. Luego subió, verificó el corredor, encontró la línea de luz bajo la puerta de Sir Arthur y bajó de nuevo.

La tormenta rugía afuera con la constancia de las cosas que han venido para quedarse. Dentro del Al-Rashid, los huéspedes de Sir Arthur bebían y conversaban y guardaban sus silencios estratégicos, y nadie que los observara desde afuera habría podido decir con certeza quién de ellos dormiría esa noche y quién no.

Amira tenía sus hipótesis. Pero las hipótesis, había aprendido en cuatro años de observación silenciosa, valen exactamente lo que vale la evidencia que las sostiene.

Y la evidencia, de momento, era todavía insuficiente.

CAPÍTULO 2

La última cena

Hotel Al-Rashid, esa misma noche

Sir Arthur Vance apareció en el vestíbulo a las nueve menos cuarto con el aspecto de alguien que ha decidido que la situación requiere ser gestionada y que él es la persona adecuada para gestionarla. Llevaba el traje de noche que Amira recordaba de visitas anteriores, un hábito que encontraba revelador: los hombres que se visten para cenar en medio de una tormenta de arena son hombres que necesitan que las formas externas permanezcan intactas cuando el mundo exterior se desordena.

Habló con el director del hotel durante cinco minutos en el despacho, con la puerta entreabierta. Amira, que pasaba por el corredor con una excusa preparada en caso de que alguien la viera detenerse, escuchó lo suficiente para entender que Sir Arthur quería el salón reservado del segundo piso para una cena privada, que esa noche, que los huéspedes que él indicara serían avisados por el personal del hotel, y que agradecería que el servicio fuera discreto.

El director dijo que por supuesto.

Sir Arthur salió del despacho y Amira continuó su camino hacia el mostrador de recepción sin cambiar el paso. Pero en el espejo ovalado que colgaba sobre el aparador del corredor vio el reflejo de Sir Arthur deteniéndose un momento en el umbral del despacho y mirando en su dirección antes de subir las escaleras. Amira no giró la cabeza. Siguió hacia el mostrador.

La lista de invitados a la cena privada llegó al personal de servicio quince minutos después, escrita a mano en papel con membrete del hotel y firmada por el director: Kaelen Vance, Lady Cynthia Ashworth, Raymond Dupont, la Condesa Irina Volkova, el jeque Tariq Al-Mansoor y el doctor Klaus Müller. Y al final, añadida con diferente bolígrafo, una línea que indicaba que se requería intérprete para la velada.

Amira leyó esa última línea dos veces. Luego fue a cambiarse el uniforme por el de las cenas formales, que era más oscuro y más discreto, y subió al segundo piso.

El salón reservado del Al-Rashid era una sala de proporciones generosas con paneles de madera de cedro en las paredes y una lámpara de araña que el generador alimentaba con suficiente potencia para que la cena tuviera la luz adecuada, ni demasiado brillante ni demasiado íntima. La mesa larga había sido preparada para ocho comensales. Los cubiertos eran de plata. Las copas de cristal captaban la luz de la araña y la devolvían en pequeños destellos que recorrían las paredes con cada movimiento del aire.

Los huéspedes llegaron en el plazo de veinte minutos. Amira los recibió en la puerta y los fue acomodando según las indicaciones que Sir Arthur había

dejado al maitre, indicaciones que Amira había leído con el cuidado que dedicaba a todo lo que pasaba por sus manos: Sir Arthur en la cabecera, Kaelen a su derecha, Lady Cynthia a su izquierda. Dupont y Müller en el centro, uno frente al otro. La Condesa Volkova y el jeque Tariq en los extremos opuestos de la mesa, cada uno con un vecino que Sir Arthur había elegido con una lógica que Amira no terminaba de entender pero que claramente existía.

—¿Por qué no se sienta? —le dijo la Condesa a Amira cuando esta la ayudó a acomodar la silla—. En Rusia los intérpretes se sentaban a la mesa.

—En el Al-Rashid los intérpretes trabajan mejor de pie —dijo Amira—. Pero le agradezco la sugerencia, Condesa.

La Condesa la miró con algo que podría haber sido aprobación.

La cena transcurrió en tres registros simultáneos que Amira fue cartografiando con la precisión del geógrafo que trabaja en tiempo real. En la superficie, la conversación tenía la fluidez de las personas educadas que saben hablar de todo sin comprometerse con nada: la tormenta, el hotel, la ciudad, los cambios que el petróleo había traído a la región en los últimos años, la situación política en Europa con el tono elevado de quien opina desde lejos y sin consecuencias.

Debajo de esa superficie, una red de tensiones que solo eran visibles si uno sabía dónde mirar.

Dupont y Sir Arthur se trataban con la cortesía impecable de dos hombres que se han perjudicado mutuamente y que han aprendido que la hostilidad abierta es una forma de debilidad que ninguno puede permitirse. Pero cuando Sir Arthur propuso un brindis por los negocios prósperos en la región, Dupont levantó la copa con una fracción de segundo de retraso que pasó desapercibida para todos excepto para Amira y, posiblemente, para la Condesa, que observó el gesto desde su extremo de la mesa con una atención que no era curiosidad social.

—Prósperos para todos —dijo Dupont, con la sonrisa del que añade una condición a un acuerdo que ya está firmado.

—Para todos —repitió Sir Arthur, sin registrar el matiz o fingiendo no registrarlo.

El jeque Tariq Al-Mansoor esperó a que los brindis terminaran antes de hablar por primera vez desde que se había sentado a la mesa. Lo hizo en árabe, dirigiéndose a Amira con la naturalidad de quien utiliza su propio idioma en su propio país, y pidiendo que tradujera.

—El jeque pregunta —dijo Amira, en inglés— si los prósperos negocios que se celebran incluyen una participación justa para el pueblo iraquí o si se trata de la misma prosperidad de siempre, que prospera en una dirección.

Hubo un silencio de tres segundos que fue suficiente para que todos en la mesa entendieran que el registro de la cena había cambiado.

Sir Arthur respondió en inglés, con la calma de quien ha tenido esta conversación muchas veces y que ha aprendido que la mejor respuesta es la que no parece una defensa.

—Traduzca, por favor —dijo, mirando a Amira—: Las concesiones que la compañía opera en Irak generan ingresos que el gobierno iraquí invierte según su propio criterio. No soy yo quien decide cómo se distribuye esa prosperidad dentro del país.

Amira tradujo. Tariq escuchó y respondió sin apartar los ojos de Sir Arthur, como si la traducción fuera un trámite menor en una conversación que en realidad era directa.

—El jeque dice que esa respuesta es técnicamente correcta —tradujo Amira— y que precisamente por eso no responde a la pregunta.

Lady Cynthia intervino en ese momento con la habilidad del catalizador social que ha visto demasiadas cenas arruinadas por conversaciones que llegaron demasiado lejos demasiado pronto.

—Lo que es fascinante —dijo, con una calidez que desarmaba sin parecer que lo intentaba— es que todos en esta mesa tienen perspectivas distintas sobre la misma región y sin embargo están aquí, cenando juntos, bajo la misma tormenta. Eso tiene algo de extraordinario, ¿no?

—O de inevitable —dijo la Condesa, con su precisión habitual—. Las tormentas reúnen a personas que de otra manera no estarían en la misma habitación. Es uno de sus usos.

—¿Usted cree que las tormentas tienen usos? —preguntó Kaelen, mirando a la Condesa con una atención que Amira notó como más específica que la curiosidad social.

—Todo tiene usos —dijo la Condesa—. La cuestión es quién los aprovecha.

Müller, que había permanecido callado desde el principio con la actitud del hombre que prefiere escuchar a hablar, levantó la vista de su plato en ese momento y miró a la Condesa durante un segundo que duró lo suficiente para ser algo más que una mirada casual. La Condesa no lo miró de vuelta. Siguió con su copa de vino.

Amira lo vio. Lo anotó internamente con el registro de los detalles que no tienen explicación inmediata pero que la tienen.

La cena continuó durante dos horas con esa alternancia entre la conversación ligera y los momentos de tensión que son característicos de las reuniones donde todos los presentes tienen algo que ocultar y que todos, en distintos grados, saben que los demás también lo tienen. Dupont bebió más de lo prudente y habló más de lo conveniente sobre contratos y concesiones y la manera en que ciertos acuerdos se habían cerrado en los últimos años en la región, sin nombrar a nadie directamente pero con suficiente especificidad para que los que sabían de qué hablaba entendieran perfectamente. Sir Arthur lo escuchó con la compostura del que ha calculado que ignorar es más eficaz que responder.

Tariq Al-Mansoor preguntó, a través de Amira, cuánto tiempo iba a durar la presencia de la compañía en Irak y qué pasaría con las instalaciones cuando los contratos vencieran. Sir Arthur dijo que los contratos eran largos y que esa conversación pertenecía a otro foro. Tariq dijo, a través de Amira, que los foros que decidían el futuro del petróleo iraquí raramente incluían iraquíes, y que tal vez eso era precisamente el problema.

Lady Cynthia intervino de nuevo. Müller observó. La Condesa bebió con parsimonia.

Cuando la cena terminó y los comensales empezaron a retirarse, Sir Arthur se quedó un momento de pie junto a su silla con una copa en la mano, mirando a los huéspedes salir con esa expresión que Amira había visto en su cara varias veces esa noche: la de alguien que está buscando algo en los rostros de las personas que tiene delante y que todavía no lo ha encontrado del todo.

Kaelen fue el último en salir después de Sir Arthur. En la puerta del salón se detuvo y miró a Amira.

—Gracias —dijo—. Por la traducción.

—Es mi trabajo —dijo Amira.

—Lo hace con más cuidado del que requiere el trabajo —dijo Kaelen.

Era una observación, no un cumplido. Amira lo recibió así.

—Buenas noches, señor Vance —dijo.

Kaelen salió. Amira empezó a ayudar al personal de servicio a recoger la mesa. Cuando el salón quedó vacío, se quedó un momento sola en él con las últimas copas en la bandeja y el silencio del generador como fondo.

Pensó en la mirada de Müller hacia la Condesa. Pensó en el retraso de Dupont al levantar la copa. Pensó en Sir Arthur buscando algo en los rostros de sus invitados sin encontrarlo del todo. Pensó en Lady Cynthia interviniendo en cada momento de tensión con una precisión que requería haber calculado de antemano cuándo iban a ocurrir esos momentos.

Cuatro observaciones. Cuatro preguntas sin respuesta todavía.

Bajó al primer piso con la bandeja, dejó las copas en la cocina y fue a su despacho. Abrió el cuaderno y escribió durante un cuarto de hora sin detenerse. Cuando terminó, la página tenía nombres, horas, frases textuales y, al final, una observación subrayada: *Sir Arthur tendió algo esta noche. La pregunta es si lo que buscaba cayó en ello.*

Cerró el cuaderno.

La tormenta seguía afuera, constante e indiferente.

En algún momento de esa noche, mientras el hotel dormía o fingía dormir, alguien en el tercer piso tomó una decisión.

Amira no lo supo hasta la mañana siguiente.

Lo que Amira no anotó en el cuaderno esa noche, porque todavía no tenía los elementos para formularlo con precisión, era la sensación que le había dejado la cena como conjunto: no la de una reunión social forzada por las circunstancias de la tormenta, sino la de una reunión que habría ocurrido de todas maneras, con o sin tormenta, porque alguien la había organizado con un propósito que la cortesía de la conversación no había conseguido disimular del todo.

Sir Arthur había invitado a esas personas específicas. Había elegido sus lugares en la mesa con una lógica que no era decorativa. Había escuchado con más atención de la que participaba. Y al final, cuando todos se retiraban, los había mirado uno a uno con esa expresión de quien busca algo y verifica si lo ha encontrado.

¿Qué buscaba?

Amira lo escribió como pregunta al margen de la página, en letra más pequeña que el resto de las notas, porque era el tipo de pregunta que no debía ocupar demasiado espacio antes de tener respuesta: las preguntas que se escriben grande tienden a crecer hasta llenar el espacio disponible y a empujar fuera de él cosas que merecen estar.

Guardó el cuaderno y apagó la pequeña lámpara del despacho.

En el corredor, al salir, se cruzó con uno de los mozos nocturnos que empujaba un carrito de servicio de habitaciones hacia las escaleras. Le preguntó a quién subía algo.

—Suite trescientos cuatro —dijo el mozo—. Una infusión de hierbas. Llamaron hace un momento.

La suite trescientos cuatro era la de Sir Arthur.

—¿Llamó el señor Vance? —preguntó Amira.

—No sé quién llamó —dijo el mozo—. La llamada llegó al teléfono de la cocina. El cocinero la preparó y me la dio.

Amira asintió y dejó pasar al mozo. Luego permaneció un momento en el corredor, mirando el carrito alejarse hacia las escaleras.

Sir Arthur había pedido una infusión. O alguien había pedido una infusión a nombre de Sir Arthur.

Subió detrás del mozo a una distancia prudente, por la escalera principal. Cuando llegó al segundo piso y miró hacia el corredor del tercero a través de la barandilla, vio al mozo llamar a la puerta de la suite trescientos cuatro, esperar, y luego dejar la bandeja en el suelo frente a la puerta, que se había entreabierto apenas lo suficiente para que una mano la recogiera desde dentro.

La mano que recogió la bandeja tenía unas uñas cuidadas y un anillo en el dedo índice que Amira, desde esa distancia y con esa luz, no pudo identificar.

El mozo regresó hacia las escaleras. Amira ya había bajado.

En el despacho, abrió el cuaderno de nuevo y añadió tres líneas al final de la página. Luego lo cerró con más firmeza que antes, como si el gesto pudiera contener lo que había escrito.

No podía dormir. Pero no había ninguna razón legítima para seguir en el hotel a esa hora, y quedarse sin razón legítima era el tipo de error que no podía permitirse.

Fue a buscar su abrigo, salió por la puerta del personal y cruzó el patio interior hacia el pequeño edificio anexo donde vivía durante las semanas de guardia larga. La arena crujía bajo sus pies con el sonido específico de las tormentas grandes, ese sonido que en la infancia le había parecido el lenguaje de algo muy antiguo intentando decir algo que los seres humanos habían olvidado cómo escuchar.

Esa noche, mientras la tormenta rugía sobre el Al-Rashid y sus huéspedes dormían o fingían dormir, Amira Al-Sayed tardó mucho tiempo en cerrar los ojos.

Y cuando finalmente lo hizo, lo primero que escuchó a la mañana siguiente fue el sonido de alguien corriendo por el corredor del piso superior con una urgencia que no necesitaba palabras para comunicar lo que había ocurrido.

CAPÍTULO 3

El cadáver de la habitación cerrada

Hotel Al-Rashid, la mañana siguiente

El sonido que despertó a Amira no era el de alguien corriendo. Era el de alguien intentando no correr y no consiguiéndolo del todo: los pasos rápidos y contenidos del personal que ha recibido una instrucción de mantener la calma y que la mantiene en la superficie mientras el cuerpo se niega a obedecer del todo. Lo reconoció antes de abrir los ojos porque lo había escuchado antes, la mañana en que el huésped alemán tuvo el infarto tres años atrás, y el sonido de la emergencia contenida tiene una calidad que no se confunde con ningún otro ruido del hotel.

Se vistió en dos minutos y cruzó el patio hacia el edificio principal.

En el corredor del tercer piso había tres personas: el mayordomo de ese piso, un hombre llamado Hassan que llevaba doce años en el hotel y que en ese momento tenía la expresión de quien ha visto algo que no esperaba ver y que no sabe todavía qué hacer con eso. El director, que había llegado antes que Amira con el batín puesto encima del pijama y que miraba la puerta cerrada de la suite trescientos cuatro con la mirada de quien reza para que el problema sea más pequeño de lo que parece. Y Kaelen Vance, completamente vestido, con la corbata mal anudada de la prisa y los ojos que registraban el corredor con esa atención específica que Amira había aprendido a reconocer como la de alguien que ya está trabajando.

—¿Cuándo? —dijo Amira, dirigiéndose a Hassan.

Hassan la miró con el alivio de quien reconoce a alguien capaz de hacer las preguntas correctas.

—Llamé tres veces desde las siete y cuarto —dijo—. A las siete y media pedí autorización al director para forzar la puerta.

—¿Estaba cerrada por dentro?

—El pestillo adicional —dijo Hassan—. Tuvimos que usar la herramienta de la conserjería.

El pestillo adicional era el sistema de doble cierre que las suites del tercer piso tenían instalado desde 1951: una palanca interior que bloqueaba la puerta de manera que la llave maestra del hotel no podía abrirla desde fuera. Solo podía accionarse desde dentro. Solo podía desaccionarse desde dentro.

Amira miró a Kaelen. Kaelen la miraba a ella.

—¿Puedo entrar? —preguntó Amira al director.

El director hizo un gesto que significaba que sí y que también significaba que agradecería que alguien más capaz que él estuviera a cargo de lo que venía.

La suite trescientos cuatro olía al aire cerrado de las habitaciones que han pasado la noche con las ventanas selladas y a algo más que Amira identificó antes de ver el cuerpo: un olor medicinal muy leve, casi imperceptible, que no correspondía a ninguno de los productos de tocador del hotel.

Sir Arthur Vance yacía en la cama con la serenidad específica de los que mueren sin saberlo: la postura de alguien que se acostó a dormir en una posición cómoda y que simplemente no se despertó. Los ojos cerrados. Las manos sobre el pecho con una naturalidad que no tenía nada de teatral. La expresión, en la medida en que una expresión puede leerse en un muerto, de quien no tuvo tiempo de registrar lo que le ocurría.

Amira se quedó en el umbral del dormitorio durante unos segundos, sin entrar, tomando el espacio como conjunto antes de examinarlo en detalle. Era un hábito que había desarrollado en cuatro años de observación: el conjunto dice cosas que los detalles, una vez que uno empieza a mirarlos, ocultan.

Lo que el conjunto decía era esto: la habitación estaba en orden. No en el orden artificial de quien limpia después de algo sino en el orden real de alguien que se acostó sin dejar pendiente ninguna actividad. El traje de noche doblado sobre la silla. Los zapatos en el suelo junto a la cama, paralelos. Los papeles del escritorio organizados con la meticulosidad de Sir Arthur. La copa de whisky sobre la mesita de noche, vacía. Y junto a la copa, una taza con los restos de una infusión de hierbas.

Amira miró la taza durante un momento más de lo que miró el resto.

Kaelen entró detrás de ella y se detuvo al pie de la cama. Miró a su tío con una expresión que Amira observó con la atención que dedicaba a todo en ese momento y que le produjo algo que no había anticipado: no incomodidad ante el duelo ajeno sino reconocimiento. Kaelen no estaba haciendo el duelo de alguien que ha perdido a un familiar. Estaba haciendo el duelo de alguien que ha perdido una certeza, que es un duelo más silencioso y más complejo y que en los hombres entrenados para no mostrar lo que sienten tiene esa forma específica: la mandíbula apretada, la mirada fija en un punto sin mirar realmente ese punto, el cuerpo que ocupa el espacio con la misma eficiencia de siempre pero que ha perdido algo que la eficiencia no puede reemplazar.

—¿Llamó usted al médico? —preguntó Amira al director, que había entrado detrás de ellos y permanecía junto a la puerta.

—Al doctor Müller —dijo el director—. Está de camino.

—¿Y a las autoridades?

El director hizo una pausa que lo decía todo.

—Las líneas siguen cortadas —dijo—. El radio de emergencia tampoco funciona. Estamos intentando restablecer la comunicación pero con la tormenta...

—Entendido —dijo Amira.

Se acercó al escritorio sin tocar nada. Los papeles estaban organizados en dos montones: documentos de la compañía en el izquierdo, correspondencia personal en el derecho. Sobre los dos montones, un pisapapeles de cristal. Nada fuera de lugar. Nada que indicara que alguien había revisado esos papeles durante la noche.

Nada excepto el armario, cuya puerta estaba entornada un centímetro y cuyo interior, cuando Amira se acercó lo suficiente para ver sin tocar, mostraba la caja fuerte con la palanca de combinación girada un milímetro más allá de la posición de bloqueo. Era un detalle que requería saber exactamente dónde mirar y qué significaba lo que se veía: la caja fuerte había sido abierta y vuelto a cerrar con una rapidez que no había permitido reposicionarla exactamente.

Amira se apartó del armario sin decir nada. Kaelen, que la había observado moverse por la habitación con una atención que le resultaba visible, se acercó.

—¿Qué vio? —dijo en voz baja.

—Nada que pueda decirle todavía —dijo Amira, igualmente en voz baja—. Cuando pueda, se lo digo.

Müller llegó siete minutos después con su maletín médico y la expresión compuesta del profesional que ha aprendido a entrar en habitaciones donde hay muertos sin que eso le altere el pulso. Examinó el cuerpo con competencia: los ojos, la boca, el cuello, las manos, la temperatura, la rigidez. Luego se incorporó y miró a los presentes.

—No puedo determinar la causa con certeza sin análisis de laboratorio —dijo, en inglés—. Pero la ausencia de signos de lucha, la posición del cuerpo y el estado general sugieren que murió durante el sueño. Sin dolor aparente. Probablemente por ingestión de algo.

—¿Veneno? —dijo Kaelen.

—Es una posibilidad —dijo Müller, con la cautela del médico que sabe que la palabra veneno tiene consecuencias—. Hay sustancias que producen exactamente este cuadro: muerte tranquila durante el sueño, sin convulsiones, sin señales externas. Pero sin laboratorio no puedo confirmarlo.

—¿Y la taza? —dijo Amira.

Todos la miraron. Amira señaló la taza de la mesita de noche con un gesto mínimo.

—La infusión —dijo—. Sir Arthur la pidió anoche, o alguien la pidió en su nombre. El mozo la subió pasadas las once.

Müller se acercó a la taza sin tocarla, se inclinó sobre ella y la olió desde unos centímetros de distancia. Su expresión no cambió de manera significativa, pero sus hombros se tensaron levemente. Un detalle pequeño que Amira registró y guardó.

—Habría que analizar los residuos —dijo Müller, incorporándose—. Sin laboratorio, tampoco puedo hacer nada con esto.

—¿Reconoció algo? —preguntó Kaelen.

Müller lo miró.

—El olor de ciertas infusiones de hierbas es similar al de ciertos compuestos —dijo—. No es concluyente.

Era una respuesta que decía algo y escondía más. Kaelen lo sabía. Amira también.

El director carraspeó desde la puerta.

—Necesito tomar algunas decisiones —dijo, con la voz del hombre que afronta algo para lo que no tiene protocolo—. Sobre los demás huéspedes. Sobre la habitación. Sobre...

—La habitación se sella —dijo Kaelen, con una firmeza que no era agresiva pero que tampoco admitía discusión—. Nadie entra hasta que podamos comunicarnos con las autoridades. Y los demás huéspedes serán informados de que Sir Arthur ha muerto, sin más detalles por el momento.

El director lo miró con el alivio de quien acaba de ser relevado de una responsabilidad que no quería.

—Por supuesto —dijo.

Kaelen se giró hacia Amira.

—¿Puede quedarse un momento más? —dijo.

—Sí —dijo Amira.

El director y Müller salieron. Hassan cerró la puerta desde fuera. Kaelen y Amira se quedaron solos en la suite con el cuerpo de Sir Arthur y el sonido de la tormenta golpeando los ventanales.

—La caja fuerte —dijo Kaelen.

—Alguien la abrió durante la noche y no la cerró del todo bien —dijo Amira—. Para saber eso hay que saber dónde está y cuál es su posición de bloqueo exacta. No es algo que se descubra por casualidad.

Kaelen fue al armario y abrió la caja fuerte con la combinación que conocía. Dentro: documentos de la compañía, su propio pasaporte, dinero en efectivo en tres divisas.

Ningún sobre de papel manila.

—¿Qué falta? —preguntó Amira.

Kaelen tardó un momento en responder.

—Algo que mi tío guardó ahí ayer por la tarde —dijo—. Algo que no debería haber traído a Bagdad.

—¿Qué tipo de algo?

Kaelen la miró durante un momento, evaluando, y Amira reconoció ese proceso porque era el mismo que ella misma hacía: calcular cuánto decir, a quién, en qué momento.

—Un documento —dijo finalmente—. Clasificado. Con implicaciones que van bastante más allá de la compañía petrolera.

—¿Y cree que lo mataron por ese documento?

—Creo que alguien en este hotel sabía que existía —dijo Kaelen—, sabía que Sir Arthur lo tenía, y tenía los medios y el conocimiento para entrar en esta habitación cerrada por dentro, obtenerlo y salir sin que nada pareciera fuera de lugar. Eso no es un crimen pasional. Es una operación.

Amira miró la taza de la mesita de noche.

—La infusión que pidió alguien a su nombre —dijo—. Si el veneno estaba ahí, quien lo puso sabía que Sir Arthur la iba a beber. Lo cual significa que conocía sus hábitos o que él mismo los pidió.

—O que alguien los había observado durante suficiente tiempo —dijo Kaelen.

Se miraron durante un momento en el silencio de la habitación con el muerto.

—Nadie puede salir del hotel —dijo Amira—. Eso significa que quien hizo esto sigue aquí.

—Sí —dijo Kaelen.

—¿Tiene experiencia investigativa?

—Algo —dijo Kaelen, con la precisión del que no dice más de lo necesario.

—Yo conozco este hotel mejor que nadie —dijo Amira—. Conozco a los huéspedes, al personal, los espacios que los huéspedes no deberían conocer y que alguien conoce. —Hizo una pausa—. Solos, ninguno de los dos llegará muy lejos.

Kaelen la miró con esa atención recalibrada que ella había visto la noche anterior en el bar.

—¿Me está proponiendo una colaboración? —dijo.

—Le estoy diciendo lo que es evidente —dijo Amira—. Lo que usted decida hacer con eso es asunto suyo.

Kaelen asintió despacio.

—De acuerdo —dijo.

Salieron de la suite. Hassan selló la puerta con la llave maestra y un precinto improvisado que el director había ordenado preparar. En el corredor, los demás huéspedes empezaban a aparecer atraídos por el movimiento y el silencio cargado que precede a las malas noticias.

Amira los observó llegar uno a uno desde su posición junto a la pared, con el cuaderno en el bolsillo y la atención de siempre. Lady Cynthia, que llegó la primera, preguntó qué había ocurrido con una voz que transmitía exactamente la cantidad correcta de alarma. La Condesa Volkova llegó la segunda y no preguntó nada: se quedó observando la puerta sellada con una expresión que Amira no supo clasificar en ninguna de las categorías habituales. Dupont llegó el tercero con el aspecto de quien ha dormido mal y que empeora al ver lo que tiene delante. Müller ya estaba ahí. El jeque Tariq llegó el último, en silencio, y cuando el director anunció con voz temblorosa que Sir Arthur Vance había fallecido durante la noche, fue el único de todos los presentes que no cambió de expresión.

Amira anotó eso.

Luego anotó otra cosa: que en el momento en que el director pronunció las palabras, alguien entre los presentes exhaló muy levemente, casi imperceptiblemente, con la respiración específica del alivio.

No supo quién. Pero lo sabía.

CAPÍTULO 4

Los cautivos de la tormenta

Hotel Al-Rashid, primera tarde

La noticia de la muerte de Sir Arthur recorrió el hotel con la velocidad específica de las noticias que no pueden contenerse aunque nadie las diga en voz alta: el personal que había estado en el tercer piso se lo dijo al personal que no había estado, con la discreción insuficiente de los que comparten algo demasiado grande para guardarlo solos. Para mediodía, todos en el Al-Rashid sabían que había un muerto en la suite trescientos cuatro, que la puerta estaba sellada, que el doctor Müller había examinado

el cuerpo y que las autoridades no podían ser contactadas porque la tormenta seguía cortando todas las comunicaciones con el exterior.

Lo que nadie decía en voz alta, pero que flotaba en el aire del comedor durante el almuerzo con la densidad de las cosas que todo el mundo piensa y nadie quiere ser el primero en nombrar, era la conclusión que la combinación de esos hechos producía inevitablemente: que alguien en ese hotel había matado a Sir Arthur Vance y que ese alguien estaba sentado a alguna de esas mesas comiendo el mismo menú que todos los demás.

Kaelen y Amira se habían reunido brevemente esa mañana para dividir el trabajo antes del almuerzo. La conversación había sido corta y práctica, con la eficiencia de las personas que no necesitan establecer protocolos porque ambas entienden la lógica de lo que hay que hacer.

—Los huéspedes europeos —dijo Kaelen—. Tengo acceso natural a ellos. Puedo hablar con Dupont, con Müller, con Lady Cynthia sin que resulte extraño.

—El personal y los huéspedes iraquíes —dijo Amira—. Y los espacios que usted no conoce. Los corredores de servicio, la lavandería, la cocina. Lo que ocurrió en esa habitación requirió conocimiento del hotel que ningún huésped debería tener.

—¿Y el jeque Tariq?

—Lo conozco —dijo Amira—. Déjelo para mí.

Kaelen la miró.

—¿Lo conoce o lo conoce?

—Lo suficiente para que una conversación sea posible —dijo Amira—. Más que eso no puedo garantizarle todavía.

Habían acordado compartir todo lo que encontraran antes de las seis de cada tarde. Sin filtros, sin selección previa de lo que parecía relevante y lo que no. En una investigación donde ninguno de los dos tenía el panorama completo, decidir de antemano qué era importante era el error más fácil de cometer y el más costoso.

Dupont fue el primero al que Kaelen buscó, esa tarde, en el pequeño salón de lectura del primer piso donde el francés se había instalado con un periódico de tres días antes y una copa de coñac que claramente no era la primera de la jornada.

—Señor Dupont —dijo Kaelen, sentándose en el sillón frente a él sin esperar invitación—. Me gustaría hablar con usted sobre Sir Arthur.

Dupont dejó el periódico sobre la rodilla y lo miró con una expresión que mezclaba la irritación de quien es interrumpido con algo más difícil de clasificar: la tensión de quien esperaba que esto ocurriera y que ahora que ocurre no sabe del todo cómo manejarlo.

—¿En qué calidad me habla usted? —dijo Dupont—. ¿Como sobrino del difunto o como algo más?

—Como alguien que quiere entender qué ocurrió —dijo Kaelen—. No tengo autoridad oficial en este hotel ni en este país. Pero tengo tiempo y tengo preguntas, y usted también tiene tiempo porque ninguno de los dos puede salir de aquí.

Dupont lo miró durante un momento. Luego dejó el periódico sobre la mesa y cruzó los brazos.

—¿Qué quiere saber?

—¿Cuánto tiempo lleva conociendo a Sir Arthur?

—Cinco años. Desde una negociación en Beirut en el cuarenta y nueve.

—¿Y la relación entre ustedes era...?

—Competitiva —dijo Dupont, con la precisión de quien ha elegido esa palabra específicamente porque es la más neutral disponible—. Representábamos intereses distintos en la misma región. Eso genera fricción.

—¿Solo fricción?

Dupont descruza los brazos.

—Su tío —dijo, con una lentitud que indicaba que estaba eligiendo cada palabra— era un hombre que confundía la habilidad con el derecho. Era hábil, eso es innegable. Pero creía que la habilidad lo autorizaba a hacer cosas que en mi opinión no estaba autorizado a hacer.

—¿Cosas como cuáles?

—Cosas como manipular los términos de un acuerdo en el que yo era parte —dijo Dupont—. En el cincuenta y dos. Un contrato de suministro que me costó dinero propio y dinero de personas que habían confiado en mí. Su tío lo sabía. Lo sabía desde el principio. Y lo hizo de todas maneras porque podía.

—¿Presentó una denuncia?

—Presenté un abogado —dijo Dupont—. Mi abogado retiró el caso tres semanas después sin explicación. Dos semanas más tarde abrió un despacho nuevo en un edificio que pertenecía a una sociedad vinculada a la compañía de su tío. —Hizo una pausa—. No necesito explicarle el resto.

Kaelen no respondió de inmediato. Procesó la información con la calma del entrenamiento, buscando lo que confirmaba y lo que no encajaba.

—¿Dónde estaba usted anoche entre las once y las seis de la mañana? —preguntó.

Dupont lo miró con algo que podría haber sido indignación o podría haber sido la expresión practicada de quien sabe que esa pregunta iba a llegar.

—En mi habitación —dijo—. Dormí mal. La tormenta. Si quiere puedo describirle el techo de la habitación doscientos ocho con bastante detalle.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—A menos que el hotel instale personal de vigilancia en los pasillos durante la noche —dijo Dupont—, no.

—Gracias, señor Dupont —dijo Kaelen, levantándose.

—Una cosa —dijo Dupont, antes de que Kaelen se marchara. El francés lo miró con una expresión que había perdido parte de la compostura inicial—. Lo que le dije esta noche no cambia el hecho de que yo no maté a ese hombre. No porque no tuviera razones. Sino porque matar a alguien por dinero perdido hace dos años es el tipo de cálculo que solo hacen las personas que no tienen más opciones. Yo tengo otras opciones.

—Eso espero —dijo Kaelen, y se fue.

Mientras Kaelen hablaba con Dupont, Amira hacía su propia ronda por los espacios invisibles del hotel. Empezó por la cocina, donde el cocinero jefe, un hombre corpulento llamado Ibrahim que llevaba ocho años en el Al-Rashid y que gobernaba su territorio con la autoridad tranquila del que sabe que sin él el hotel no funciona, la recibió con la hospitalidad automática del que ofrece té antes de preguntar qué se quiere.

Amira tomó el té y preguntó sobre la infusión de la noche anterior.

—La pedí yo —dijo Ibrahim, sin rodeos—. Llamaron al teléfono de la cocina alrededor de las once y cuarto. Dijeron que era de parte del señor de la trescientos cuatro. Pedían una infusión de manzanilla con algo de miel.

—¿Reconoció la voz?

Ibrahim frunció el ceño.

—Era una voz de mujer —dijo—. Pensé que era la doncella del señor Vance o alguna acompañante. No pregunté. No es mi trabajo preguntar.

—¿Una voz de mujer —repitió Amira—. ¿Con acento?

—Hablaban en árabe —dijo Ibrahim—. Bien. Sin acento marcado. Podría ser iraquí o podría ser alguien que habla árabe desde hace mucho tiempo.

Amira pensó en las mujeres del hotel que hablaban árabe. La Condesa Volkova no: su árabe era básico y con acento ruso inconfundible. Lady Cynthia tenía un árabe funcional pero con acento británico que Ibrahim habría reconocido. Lo que quedaba era más incómodo de considerar pero no podía ignorarse.

Dejó la cocina y fue a hablar con el personal de limpieza del tercer piso. La camarera que atendía ese corredor se llamaba Fatima, tenía diecinueve años y el aspecto de quien lleva varios días sin dormir bien, que en ese caso era literal. Le preguntó si había notado algo fuera de lo ordinario en las últimas cuarenta y ocho horas.

Fatima dudó un momento antes de responder, con la vacilación de quien tiene algo que decir y no está segura de si debe decirlo.

—Ayer por la tarde —dijo finalmente, en árabe—, cuando fui a cambiar las toallas del trescientos cuatro, el señor Vance ya había entrado. La puerta estaba entreabierta. Escuché voces adentro.

—¿Cuántas voces?

—Dos. El señor Vance y otra persona. No pude escuchar lo que decían porque hablaban en inglés y muy bajo. Pero...

—¿Pero?

—La otra voz era de mujer —dijo Fatima—. Una voz tranquila. Como si estuvieran hablando de algo completamente normal.

Amira le dio las gracias y salió.

Una voz de mujer en la llamada a la cocina. Una voz de mujer en la habitación de Sir Arthur por la tarde. No era todavía una prueba de nada. Pero era un patrón, y los patrones en una investigación son lo más parecido que existe a un mapa antes de tener el mapa.

A las seis de la tarde, Kaelen y Amira se reunieron en el pequeño despacho que ella usaba como oficina, con la puerta cerrada y las notas de ambos sobre la mesa. El intercambio fue sistemático: Kaelen contó su conversación con Dupont. Amira contó la llamada a la cocina y el testimonio de Fatima. Kaelen añadió que Müller había declinado hablar con él esa tarde con una excusa que sonaba preparada. Amira añadió que el personal de mantenimiento había confirmado que el corredor de servicio que conectaba el almacén de lencería con las escaleras secundarias del tercer piso no tenía llave fija: cualquiera que supiera de su existencia podía usarlo.

Cuando terminaron, el silencio que siguió era el de dos personas procesando la misma información desde perspectivas distintas y llegando a conclusiones que se superponen sin ser idénticas.

—Lo que tenemos —dijo Kaelen— es un asesino que conocía los hábitos de Sir Arthur, conocía la estructura interna del hotel, tenía acceso a una sustancia que Müller reconoció pero no quiso nombrar, y que es casi con certeza una mujer.

—Lo que tenemos —dijo Amira— es todo eso más una pregunta que usted no ha hecho todavía.

Kaelen la miró.

—¿Cuál?

—Por qué Sir Arthur reunió anoche a esas personas específicas —dijo Amira—. No fue casualidad. Él los convocó. Lo que no sé todavía es si buscaba identificar al asesino antes de que el asesino actuara, o si el asesino lo sabía y actuó primero.

Kaelen permaneció en silencio durante un momento.

—Mi tío tendió una trampa —dijo finalmente—. Eso es lo que creo. Trajo algo a este hotel deliberadamente para atraer a alguien. El problema es que la trampa funcionó al revés.

—¿Al revés cómo?

—Quien cayó en ella fue él —dijo Kaelen.

La tormenta rugía afuera. En el corredor del primer piso, los pasos del personal se movían con la rutina de la tarde, indiferentes a lo que se estaba construyendo en ese despacho pequeño con sus notas sobre la mesa y sus dos investigadores que llevaban menos de un día trabajando juntos y que ya sabían que lo que tenían delante era considerablemente más grande de lo que parecía desde fuera.

—Mañana los interrogatorios formales —dijo Amira—. Los seis. Uno por uno.

—¿Formales en qué sentido? —dijo Kaelen—. No tenemos autoridad para interrogar a nadie.

—Tenemos tiempo —dijo Amira—. Y tenemos el hotel. En un espacio cerrado, con suficiente tiempo, las personas hablan. No siempre dicen lo que quieren decir. Pero hablan.

Kaelen la miró con esa atención recalibrada que Amira ya reconocía como su señal de que había registrado algo que no esperaba.

—¿Lo ha hecho antes? —preguntó.

—No exactamente —dijo Amira—. Pero llevo cuatro años aprendiendo cómo funciona la gente cuando cree que nadie la observa. Algo de eso tiene que servir para algo.

Kaelen recogió sus notas.

—A las nueve —dijo—. Empezamos con Müller.

—Con Dupont —dijo Amira—. Müller sabe algo que todavía no está listo para decir. Dupont dice más de lo que quiere cuando está nervioso. Y esta mañana estaba nervioso.

Kaelen la miró durante un momento.

—De acuerdo —dijo—. Con Dupont.

Salió del despacho. Amira se quedó un momento sola, mirando las notas sobre la mesa. Luego las recogió, las guardó en el cuaderno y apagó la lámpara.

Afuera, la tormenta seguía. Dentro, alguien en el hotel había cometido un crimen que creía perfecto y que se estaba descubriendo que no lo era.

Eso era suficiente por esta noche.

CAPÍTULO 5

Las máscaras de Sir Arthur

Hotel Al-Rashid, segundo día

Kaelen pasó la noche en la suite contigua a la de su tío con el sueño interrumpido de quien tiene demasiadas cosas en la cabeza para dejar que el cuerpo descanse del todo. A las cinco de la mañana dejó de intentarlo, se vistió en la oscuridad y fue al escritorio a revisar las notas que había

tomado el día anterior. No las notas de la investigación, que estaban en el cuaderno que compartía con Amira, sino las que había tomado para sí mismo: una lista de preguntas sobre Sir Arthur que no podía hacerle a nadie porque nadie más las habría entendido de la manera en que él necesitaba entenderlas.

La primera era la más sencilla y la más difícil: ¿cuándo había dejado de ser su tío el hombre que él creía que era?

No era una pregunta retórica. Era una pregunta con respuesta, o con varias respuestas posibles, y Kaelen la examinó con la metodología del analista que ha aprendido a separar lo que sabe de lo que supone y lo que supone de lo que desea. Lo que sabía sobre Sir Arthur era esto: había trabajado para la inteligencia británica durante la guerra, con resultados que sus superiores describían como brillantes. Había entrado en la compañía petrolera en 1947, primero como asesor y luego como director, con una rapidez de ascenso que en su momento Kaelen había atribuido al mérito y que ahora empezaba a preguntarse si no tenía otras explicaciones. Había mantenido, durante todos esos años, una red de contactos que abarcaba varios gobiernos y que él describía como relaciones profesionales pero que los documentos que Kaelen había visto en el maletín la tarde anterior sugerían que eran algo considerablemente más estructurado que eso.

El maletín. Kaelen lo había revisado durante una hora la noche anterior, con la linterna para no encender las luces de la habitación. Lo que había encontrado no era exactamente sorprendente, porque los años en inteligencia le habían enseñado que los hombres como Sir Arthur rara vez eran completamente lo que parecían. Pero había una diferencia entre saber eso de manera abstracta y encontrar las pruebas concretas en el maletín de un muerto que además era tu familia.

Los documentos cifrados eran el problema mayor. Kaelen reconocía el tipo de cifrado pero no la clave, lo cual significaba que podía identificar que eran comunicaciones de inteligencia pero no leer su contenido. Para eso necesitaba a Amira.

Bajó a buscarla a las seis y media, cuando el hotel empezaba a moverse con la lentitud de las mañanas difíciles. La encontró en el comedor del personal, con una taza de té y el aspecto de quien tampoco había dormido especialmente bien pero que ha decidido que eso no va a afectar lo que tiene que hacer.

—Los documentos cifrados del maletín —dijo Kaelen, sentándose frente a ella sin preámbulo—. Necesito que los revise.

Amira lo miró.

—¿Tiene el maletín aquí?

—En mi habitación.

—¿Y su tío lo sabría?

Era una pregunta extraña en apariencia y completamente pertinente en realidad: le estaba preguntando si Sir Arthur habría aprobado que los documentos que guardaba fueran leídos por ella. La respuesta honesta era que Kaelen no lo sabía. La respuesta pragmática era que Sir Arthur estaba muerto y que alguien había matado por esos documentos, lo cual los hacía más importantes que cualquier protocolo de confidencialidad.

—Venga —dijo Kaelen.

Trabajaron en la habitación de Kaelen durante dos horas, con los documentos extendidos sobre el escritorio y la luz del generador que parpadeaba levemente cada vez que el viento era más fuerte. Amira descifró el sistema con una metodología que Kaelen observó con una admiración que no expresó pero que registró: no era el método estándar que se enseñaba en los cursos de inteligencia, era algo que ella había construido por su cuenta, probando combinaciones con la paciencia sistemática del matemático que trabaja hacia atrás desde el resultado.

—¿Dónde aprendió a hacer esto? —preguntó Kaelen en un momento dado.

—No lo aprendí —dijo Amira, sin levantar la vista del papel—. Lo deduje. Lleva más tiempo pero es más fiable porque uno entiende la lógica en lugar de seguir las instrucciones.

Cuando el cifrado cedió, lo que reveló no fue exactamente lo que Kaelen esperaba.

Las comunicaciones de Sir Arthur con sus contactos en los últimos seis meses documentaban una operación que él había concebido y ejecutado sin autorización de sus superiores en Londres. El objetivo de esa operación era identificar a un agente conocido en los círculos de inteligencia como el Camaleón: una figura que llevaba décadas operando simultáneamente para varios gobiernos y organizaciones, vendiendo información al mejor postor, y que nunca había podido ser identificada porque cambiaba de identidad con una habilidad que hacía casi imposible rastrear un patrón consistente.

Sir Arthur creía saber quién era el Camaleón. Y había construido una trampa para probarlo.

—El Protocolo de Bagdad —dijo Amira, leyendo una de las páginas—. Lo fabricó él. No es real.

—Un señuelo —dijo Kaelen.

—Un señuelo diseñado para que alguien con acceso a información clasificada británica lo buscara —dijo Amira—. Alguien que supiera de su existencia solo podría saberlo si tuviera acceso a los niveles más altos del servicio.

—Lo cual limitaba el número de sospechosos —dijo Kaelen.

—A las personas en este hotel —dijo Amira.

Se miraron sobre los documentos extendidos.

—Mi tío sospechaba de alguien en este hotel específicamente —dijo Kaelen—. Por eso los reunió a todos. Para verificar.

—Y quien era el Camaleón lo supo —dijo Amira—. Y actuó antes de que Sir Arthur pudiera confirmar lo que sospechaba.

Kaelen recogió los documentos y los ordenó con cuidado. El proceso de reconstruir quién era su tío en realidad había producido algo que no había anticipado: no la demolición de una figura admirada, que era lo que había temido que produciría, sino algo más complejo y en cierta manera más tolerable. Sir Arthur no había sido una persona simple con una vida sencilla que resultaba tener un lado oscuro. Había sido una persona compleja que había tomado decisiones complejas durante décadas, algunas de las cuales habían sido brillantes y otras habían sido errores graves, y que al final había intentado hacer algo que consideraba correcto por métodos que nadie había autorizado y que le habían costado la vida.

Eso no lo convertía en el héroe que Kaelen había creído que era. Pero tampoco lo convertía en el villano que la historia de Dupont sugería.

Lo convertía en un hombre. Con todo lo que eso implicaba.

—Hay algo más —dijo Amira, señalando la última página de los documentos cifrados.

Era una lista de nombres, cinco en total, con fechas y lugares al lado. Kaelen los leyó dos veces. Reconoció dos de los nombres como personas que habían muerto en los últimos tres años en circunstancias que en su momento habían sido clasificadas como accidentes o causas naturales.

—Personas que el Camaleón eliminó antes —dijo Kaelen.

—O que Sir Arthur creía que el Camaleón había eliminado —dijo Amira—. No es lo mismo. Pero si tenía razón, nos dice algo sobre los métodos y sobre el nivel de experiencia.

—Experiencia larga —dijo Kaelen.

—Y acceso a sustancias que no están disponibles para cualquiera —dijo Amira—. Müller lo reconoció. Lo vi en sus hombros cuando olió la taza.

Kaelen la miró.

—¿Lo vio?

—Lo vi —dijo Amira—. No sé qué reconoció. Pero reconoció algo. Y tiene miedo.

Guardaron los documentos en el maletín y bajaron al comedor principal, donde los huéspedes empezaban a congregarse para el desayuno con esa mezcla de cautela y necesidad social que produce el encierro prolongado. La atmósfera había cambiado desde la mañana anterior: la muerte de Sir Arthur había transformado el hotel de un espacio de refugio involuntario en algo más parecido a una trampa, y todos los presentes lo sabían, y nadie quería ser el primero en decirlo en voz alta.

Lady Cynthia saludó a Kaelen con la calidez de siempre, con la misma exactitud de siempre.

—¿Cómo estás, querido? —le dijo, en inglés, con una mano brevemente sobre su brazo—. Debe de ser terrible para ti.

—Lo es —dijo Kaelen—. Gracias, Cynthia.

—Arthur era un hombre extraordinario —dijo Lady Cynthia—. Complicado, como todos los hombres extraordinarios. Pero extraordinario.

—¿Complicado en qué sentido? —dijo Kaelen, con el tono casual de quien pregunta algo sin importancia.

Lady Cynthia lo miró con una sonrisa que contenía algo difícil de nombrar.

—En el sentido en que los hombres que hacen lo que él hacía siempre son complicados —dijo—. Uno aprende a quererlos por lo que son, no por lo que uno querría que fueran.

Era una respuesta que decía mucho y no comprometía nada. Kaelen la recibió así y cambió el tema hacia el desayuno.

Amira, desde su posición junto al aparador donde supervisaba el servicio, observó ese intercambio con la atención de siempre y anotó en el cuaderno una sola frase: *Lady Cynthia habla de Sir Arthur como alguien que lo conocía de verdad. La pregunta es desde qué ángulo lo conocía.*

Debajo, añadió otra: *Nadie en este hotel ha preguntado todavía quién lo mató. Eso también es información.*

Tenía razón. En un espacio cerrado con un muerto y sin comunicación con el exterior, lo que las personas no preguntaban era tan revelador como lo que preguntaban. Y nadie, en todo el desayuno, había formulado la pregunta obvia.

Como si todos, de una manera u otra, creyeran ya saber la respuesta.

Después del desayuno, Kaelen buscó a Müller.

Lo encontró en la sala de lectura del primer piso, en el mismo sillón donde Dupont había estado el día anterior, con un libro diferente y la misma incapacidad para leerlo que había mostrado durante la cena de dos noches atrás. Cuando Kaelen entró y cerró la puerta, Müller levantó la vista con la expresión de quien sabía que esta conversación llegaría y que ha estado calculando cómo manejarla.

—Doctor Müller —dijo Kaelen, sentándose frente a él—. Ayer me dijo que el olor de la infusión le recordaba al de ciertos compuestos. Me gustaría que fuera más específico.

—Ya le dije que sin laboratorio no puedo ser concluyente —dijo Müller.

—No le pido conclusiones —dijo Kaelen—. Le pido lo que sabe.

Müller cerró el libro y lo dejó sobre la rodilla. Miró por la ventana, donde la arena seguía golpeando el cristal con esa insistencia que ya nadie

registraba conscientemente porque llevaba demasiadas horas siendo el sonido de fondo de todo.

—Lo que sé —dijo finalmente— es que ese olor lo he encontrado antes. En un contexto muy específico. Berlín, 1944. Trabajaba para una agencia de investigación que prefiero no nombrar. Había una sustancia que se estaba desarrollando para uso operativo. Sin sabor. Sin olor propio. Soluble en líquidos. Producía la muerte durante el sueño sin señales externas visibles.

—¿Y reconoció ese olor en la infusión de Sir Arthur?

—Reconocí algo compatible —dijo Müller, con la precisión del hombre que elige sus palabras porque sabe que pueden usarse en su contra—. No puedo afirmar con certeza que sea la misma sustancia. Han pasado diez años. Mi memoria olfativa tiene límites.

—¿Quién más tuvo acceso a esa sustancia en Berlín?

Müller la miró durante un momento que duró suficiente para decir lo que sus palabras no decían.

—Varias personas —dijo—. Investigadores. Operativos. Y una mujer que trabajaba como coordinadora de las pruebas. Una mujer muy competente. Con un don particular para estar en el lugar correcto en el momento correcto y parecer exactamente lo que el contexto requería.

—¿Tiene nombre esa mujer?

—Tenía varios —dijo Müller—. En Berlín usaba uno. En Viena, donde la vi después de la guerra, usaba otro. —Hizo una pausa—. La última vez que la vi fue en Londres. En 1952. Usaba un tercer nombre.

—¿Y ese tercer nombre es el que usa ahora? —dijo Kaelen.

Müller lo miró durante un momento largo.

—Señor Vance —dijo—, quiero que entienda algo. Estoy en este hotel por razones que no tienen nada que ver con Sir Arthur ni con lo que ha ocurrido. Soy un médico que viaja por la región con fines académicos. No soy un agente de nadie. No tengo protección de nadie. Y si digo lo que creo que sé, hay exactamente una persona en este hotel que tiene razones para que yo no lo diga.

—Lo sé —dijo Kaelen—. Por eso necesito que me lo diga ahora, mientras aún puede.

Müller lo miró durante otro momento largo. Luego abrió la boca para responder.

En ese momento, el director del hotel abrió la puerta de la sala de lectura y asomó la cabeza con la expresión de alguien que interrumpe porque no tiene alternativa.

—Señor Vance —dijo—. Hay un huésped que ha tenido un incidente en su habitación. Dice que necesita asistencia médica urgente. Necesito al doctor Müller.

Kaelen y Müller se miraron.

—Voy enseguida —dijo Müller, levantándose.

—Terminaremos esta conversación —dijo Kaelen.

—Sí —dijo Müller—. Terminaremos.

Pero había algo en su voz cuando dijo eso, una leve vacilación que Kaelen registró sin poder interpretarla del todo, que sonaba menos a una promesa que a una esperanza.

Kaelen se quedó en la sala de lectura después de que Müller se marchara. Sacó sus notas y añadió lo que acababa de escuchar: la sustancia de Berlín, la mujer de los tres nombres, Londres en 1952. Luego dibujó una línea y debajo escribió una pregunta que todavía no tenía respuesta pero que la conversación con Müller había acercado considerablemente: ¿cuándo había visto Müller a esa mujer en el Al-Rashid y cuándo había decidido que lo que veía era suficientemente peligroso como para no decir nada durante dos días?

Porque dos días era mucho tiempo para guardar un secreto de esa magnitud. A menos que durante esos dos días estuviera calculando el riesgo de decirlo.

Y el riesgo de no decirlo.

Kaelen guardó las notas, se levantó y fue a buscar a Amira. Tenían mucho de qué hablar antes de las seis.

CAPÍTULO 6

El diplomático sin patria y la aristócrata sin país

Hotel Al-Rashid, segundo día, tarde

La tarde del segundo día trajo consigo una quietud relativa que no era calma sino agotamiento: el hotel llevaba más de cuarenta horas bajo la tormenta y el personal y los huéspedes habían alcanzado ese estado particular del encierro prolongado en que la energía del primer día ha cedido y lo que queda es una resistencia más sorda y más duradera. Los corredores estaban casi vacíos. El comedor olía a café que llevaba horas en la cafetera. La tormenta seguía con la misma intensidad de siempre, indiferente al cansancio de los que esperaban que terminara.

Kaelen encontró a Dupont en el bar a las dos de la tarde, más sobrio que la noche anterior y con esa claridad específica del hombre que ha tenido tiempo de pensar y que ha llegado a algunas conclusiones que no le gustan. Lo saludó con una brevedad que indicaba que no venía a conversar.

—Ayer me dijo que el acuerdo del cincuenta y dos fue deliberado —dijo Kaelen, sentándose sin ceremonias—. Hoy quiero saber si tiene pruebas de eso o si es una opinión.

Dupont lo miró con algo entre la irritación y el respeto del que reconoce que la persona que tiene delante no va a dejarse manejar fácilmente.

—Tengo documentos —dijo.

—¿Aquí?

—En París. En una caja de seguridad de mi banco. —Hizo una pausa—. Aquí tengo algo más pequeño pero más específico.

Abrió el maletín de cuero que llevaba consigo con una frecuencia que Amira había notado desde el primer día y que Kaelen había registrado también, y sacó una carpeta delgada. La dejó sobre la mesa pero no la abrió.

—Antes de mostrárselo —dijo Dupont—, quiero que me diga algo. ¿Está usted investigando la muerte de su tío porque era su familia o porque era algo más?

Kaelen lo miró durante un momento.

—Las dos cosas —dijo.

Dupont asintió, como si eso fuera la respuesta que esperaba y que requería para continuar. Abrió la carpeta. Dentro había tres páginas fotocopias: extractos de correspondencia comercial fechada en 1952 y 1953 entre Sir Arthur y un abogado de Londres, en los que se hacía referencia a la operación que había arruinado a Dupont con un lenguaje suficientemente específico para que quien supiera leer ese tipo de documentos entendiera exactamente lo que había ocurrido.

—¿Cómo los obtuvo? —preguntó Kaelen.

—El abogado tenía un socio —dijo Dupont—. El socio tenía principios, aunque los principios le llegaron tarde. Me los envió en el cincuenta y cuatro, cuando ya la situación era irreversible para mí. Creo que lo hizo para aliviar su conciencia más que para ayudarme.

Kaelen leyó los tres documentos dos veces. Lo que contenían era suficiente para establecer que Sir Arthur había maniobrado deliberadamente para excluir a Dupont de una concesión que debería haber sido compartida, usando información confidencial que solo podía haber obtenido a través de canales que no le correspondían legalmente.

—Esto establece un motivo —dijo Kaelen, devolviendo los documentos.

—Sí —dijo Dupont—. Y también establece que yo tenía esos documentos antes de llegar a este hotel, lo que significa que si quería usarlos podía haberlo hecho legalmente en cualquier momento. No necesitaba matar a nadie.

—A menos que hubiera algo en el hotel que cambiara el cálculo —dijo Kaelen.

Dupont lo miró.

—¿Como qué?

—Como la posibilidad de recuperar algo que valiera más que un proceso legal —dijo Kaelen, observando la reacción de Dupont con atención.

Dupont no parpadeó. Pero sus manos, sobre la mesa, se tensaron levemente.

—No sé de qué me habla —dijo.

—Creo que sí —dijo Kaelen—. Pero no voy a insistir esta tarde. Gracias por los documentos, señor Dupont.

Mientras Kaelen hablaba con Dupont en el bar, Amira subía al segundo piso hacia la habitación de la Condesa Volkova. Había pedido verla esa tarde con el pretexto de verificar que tenía todo lo que necesitaba para los días siguientes, un pretexto suficientemente plausible para alguien de su posición en el hotel y suficientemente transparente para que la Condesa, que era una mujer que reconocía los pretextos cuando los veía, entendiera que la conversación que se proponía era otra.

La Condesa la recibió en bata, con el pelo recogido y sin el maquillaje impecable que llevaba en los espacios comunes, lo que le daba un aspecto más anciano y al mismo tiempo más interesante: sin la armadura de la presentación pública, los rasgos de Irina Volkova tenían la textura de alguien que ha vivido mucho y que ha aprendido a llevar eso con elegancia pero sin pretender que no ha ocurrido.

—Siéntese —dijo la Condesa, en árabe, con ese acento ruso inconfundible—. Y no me cuente lo de las toallas. Las toallas están bien.

Amira se sentó.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para el KGB? —preguntó, en árabe también, con la misma calma con que habría preguntado cuánto tiempo llevaba en Bagdad.

La Condesa la miró durante un momento. Luego esbozó algo que en su cara hacía las veces de sonrisa.

—Directa —dijo—. Lo agradezco. La diplomacia en las conversaciones privadas es una pérdida de tiempo que ya no puedo permitirme a mi edad.

—¿Cuánto tiempo? —repitió Amira.

—Desde el cuarenta y siete —dijo la Condesa—. Cuando quedó claro que el exilio iba a ser permanente y que la única moneda de cambio que tenía era lo que sabía sobre ciertas personas en ciertos círculos europeos. Uno negocia con lo que tiene.

—¿Y qué tenía?

—Nombres —dijo la Condesa—. Relaciones. El tipo de información que se acumula cuando uno ha pasado veinte años en los salones correctos y ha aprendido a escuchar más de lo que habla. —Hizo una pausa—. No soy una espía de campo, señorita Al-Sayed. Soy una fuente. Hay una diferencia.

—¿Y su misión aquí?

La Condesa se levantó y fue a la mesita donde tenía la botella de coñac. Se sirvió una copa y ofreció otra a Amira con un gesto. Amira negó con la cabeza.

—Moscú quería saber si el Protocolo de Bagdad era real o una operación de desinformación británica —dijo la Condesa, volviéndose con la copa en la mano—. No me pidieron que lo robara. Me pidieron que verificara su existencia y, si era posible, su contenido.

—¿Y pudo verificarlo?

—Pude verificar que Sir Arthur creía que era real —dijo la Condesa—. Lo cual no es lo mismo, pero es algo.

—¿Cómo lo verificó?

—Observándolo —dijo la Condesa, con la sencillez de quien describe su método de trabajo—. Un hombre que lleva un documento real en la caja fuerte se comporta de manera diferente a uno que lleva un señuelo. Sir Arthur se comportaba como alguien que cargaba algo real. Pero también se comportaba como alguien que esperaba que alguien más fuera a buscarlo.

—Entonces sabía que era una trampa —dijo Amira.

—Sabía que podía serlo —dijo la Condesa—. La diferencia importa. No actué sobre el documento precisamente por esa razón.

—¿Y sobre la muerte de Sir Arthur?

La Condesa bebió su coñac con la parsimonia de quien no tiene prisa.

—No fui yo —dijo—. No porque me pareciera mal en términos morales, sino porque no era parte de mis instrucciones y porque matar a un director de la compañía petrolera anglo-iraquí en un hotel de Bagdad habría creado exactamente el tipo de incidente diplomático que Moscú quería evitar.

—¿Tiene idea de quién fue?

La Condesa la miró con una expresión que era algo entre la apreciación y la cautela.

—Una idea —dijo—. Nada que pueda probar. Y nada que vaya a decir en este momento, porque decirlo me pondría en una posición que prefiero no estar.

—¿Tiene miedo? —preguntó Amira.

—Tengo prudencia —dijo la Condesa—. Que es lo mismo que el miedo pero con más años de práctica.

Amira se levantó.

—Una cosa más —dijo—. Los microfilmes.

La Condesa levantó una ceja.

—¿Qué microfilmes?

—Los que guarda en los objetos de tocador —dijo Amira—. Los he visto. No tengo intención de hacer nada con esa información por el momento. Pero quería que supiera que los he visto.

La Condesa la miró durante un momento largo con esa mirada de inventario que Amira reconocía como profesional.

—Es usted más de lo que parece —dijo finalmente.

—Todo el mundo en este hotel es más de lo que parece —dijo Amira—. Buenos días, Condesa.

Salió de la habitación y cerró la puerta con suavidad.

En el corredor, se detuvo un momento. La conversación había producido dos cosas útiles: la confirmación de que la Condesa no había actuado sobre el documento ni sobre Sir Arthur, y algo más difícil de cuantificar pero igualmente importante: la Condesa tenía una idea de quién era el asesino y había decidido no decirla. Lo cual significaba que tenía miedo, prudencia o ambas cosas, del asesino específicamente. No de las autoridades ni de las consecuencias generales de involucrarse. Del asesino.

Eso decía algo sobre quién era el asesino que ningún interrogatorio directo podría haber revelado tan claramente.

Amira bajó las escaleras hacia el primer piso con el cuaderno en la mano, añadiendo notas mientras caminaba. A las seis tenía que compartir todo esto con Kaelen. Y a las seis, si habían calculado bien, tendrían suficiente para hacer la siguiente pregunta con la precisión necesaria.

La tormenta seguía. En el bar del segundo piso, Dupont pedía otro coñac con los movimientos del hombre que intenta calmar algo que el alcohol no va a calmar. En la habitación de la Condesa Volkova, Irina bebía su copa despacio y miraba la ventana con la expresión de alguien que sabe más de lo que ha dicho y que está calculando, con la paciencia de los setenta años, cuándo será el momento correcto para decirlo.

Si es que ese momento llegaba.

A las seis, en el despacho de Amira, el intercambio fue más rápido que el del día anterior porque ambos habían aprendido el ritmo del otro: Kaelen primero, con precisión; Amira después, añadiendo lo que su perspectiva aportaba que la de él no tenía.

Kaelen contó la conversación con Dupont: los documentos, la tensión en las manos cuando mencionó la posibilidad de recuperar algo, la negativa a continuar cuando la presión aumentó.

—Sabe algo sobre el Protocolo —dijo Amira.

—O sospecha algo —dijo Kaelen—. No estoy seguro de que sepa exactamente qué era. Pero sabía que valía algo. Y eso lo hace sospechoso de una manera diferente a ayer.

—¿Cómplice?

—Posiblemente —dijo Kaelen—. Alguien que conocía la existencia del documento y que tal vez facilitó información sobre los movimientos de Sir Arthur a cambio de una parte. Pero no el autor directo. No tiene el perfil.

Amira contó la conversación con la Condesa: el trabajo para el KGB desde el cuarenta y siete, la misión de verificar el Protocolo, la negativa a nombrar al asesino.

—Tiene miedo del asesino específicamente —dijo Amira—. No de las consecuencias generales. Eso significa que sabe quién es y que quien es tiene la capacidad de hacerle daño aunque esté protegida por Moscú.

—Lo cual limita mucho el número de personas que podrían ser —dijo Kaelen.

—Sí —dijo Amira—. Y añade algo más: si la Condesa tiene miedo, el asesino sabe que la Condesa podría identificarla. Lo que significa que la Condesa también está en peligro.

Kaelen procesó eso durante un momento.

—¿Debería advertírselo?

—Ya lo sabe —dijo Amira—. Por eso no dijo el nombre.

Había una tercera cosa que Amira había observado esa tarde y que no tenía todavía la forma de una conclusión pero que había anotado en el cuaderno porque los detalles sin forma a veces se convierten en los más importantes: al pasar frente a la habitación de Lady Cynthia a las cuatro de la tarde, había escuchado un sonido muy leve a través de la puerta cerrada. No voces. No movimiento. Algo más difícil de identificar: el sonido de algo pequeño y metálico que se manipulaba con cuidado, con esa concentración específica de los gestos que requieren precisión.

No lo mencionó a Kaelen todavía. No porque quisiera ocultárselo sino porque todavía no sabía qué significaba, y las observaciones que no saben qué significan tienen que madurar antes de poder compartirse de manera útil.

Lo que sí compartió fue la conclusión general de la tarde: tenían un cómplice probable en Dupont, una testigo aterrorizada en la Condesa y un asesino que la Condesa podía identificar pero no quería hacerlo. El círculo se estrechaba. No tanto como para hacer una acusación, pero sí lo suficiente para saber en qué dirección mirar.

—Mañana —dijo Kaelen— necesito hablar con Müller. Antes de que alguien más lo haga.

—Mañana —dijo Amira— necesito ver el contenido del baúl de Lady Cynthia.

Kaelen la miró.

—¿Cómo?

—Eso es problema mío —dijo Amira—. Concéntrese en Müller.

Salió del despacho antes de que Kaelen pudiera preguntar más. En el corredor, mientras apagaba la pequeña lámpara y cerraba la puerta, pensó que había algo en la investigación que estaba cambiando de velocidad: como cuando una corriente de río que ha sido lenta se estrecha de pronto entre dos orillas y el agua se acelera sin que nadie la haya empujado.

Eso era bueno. Pero también era cuando los errores se volvían más costosos.

La tormenta seguía. Faltaban todavía varios días para que terminara, aunque nadie en el hotel lo sabía todavía. Lo que sí sabían todos, aunque nadie lo dijera, era que el tiempo que les quedaba juntos en ese edificio era finito, y que lo que no se resolviera dentro de esos muros tal vez no se resolviera nunca.

Amira lo sabía mejor que nadie. Por eso no podía permitirse el lujo de la lentitud.

CAPÍTULO 7

Los hijos del desierto

Hotel Al-Rashid, tercer día, mañana

El jeque Tariq Al-Mansoor no esperó a que lo buscaran. A las ocho de la mañana del tercer día mandó recado con uno de sus hombres, que había permanecido en el hotel desde la llegada y que circulaba por los corredores con la discreción de quien ha aprendido que la presencia silenciosa es más eficaz que cualquier otra, de que recibiría al señor Vance en su habitación a las nueve si el señor Vance consideraba que tenían cosas de qué hablar.

Kaelen consideró que sí.

La habitación de Tariq Al-Mansoor era la más austera del tercer piso, no porque fuera más pequeña sino porque el jeque había despojado el espacio de todo lo que no necesitaba: las alfombras persas del hotel enrolladas junto a la pared, los cuadros decorativos apilados en el armario, los cojines bordados del sillón en el suelo. Lo que quedaba era una habitación con una mesa, dos sillas, una alfombra de oración orientada hacia la Meca y los libros que Tariq había traído consigo, apilados en el único orden que importaba: el que determinaba cuál iba a leer primero.

Tariq señaló una silla. Kaelen se sentó. No había té ni café: una omisión que en el contexto árabe era una declaración, aunque Kaelen no estaba completamente seguro de qué declaraba exactamente.

—Habla usted árabe —dijo Tariq, en árabe, sin preguntar.

—Un poco —dijo Kaelen, en el mismo idioma—. Con errores.

—Suficiente para esta conversación o prefiere el inglés.

—El inglés, si no le importa. Para las cosas que necesito decir quiero estar seguro de que las digo bien.

Tariq asintió con la actitud del que concede algo sin que eso cambie la posición de ninguno de los dos.

—¿Qué quiere saber? —dijo, en inglés.

—¿Qué sabía usted del Protocolo de Bagdad antes de llegar al hotel —dijo Kaelen.

Tariq lo miró durante un momento con la expresión del hombre al que acaban de hacer la pregunta correcta y que está decidiendo si eso merece una respuesta honesta.

—Rumores —dijo finalmente—. En los círculos en que me muevo circula información sobre los movimientos de las compañías petroleras y de los gobiernos que las respaldan. Hace varios meses empezó a circular el nombre de ese documento. No su contenido. Solo su existencia y el hecho de que tenía implicaciones directas sobre las concesiones en Irak.

—¿Y eso lo trajo aquí?

—Eso me hizo aceptar la invitación de estar en Bagdad en este período —dijo Tariq—. No vine al hotel específicamente por el documento. Vine porque era el momento de estar en Bagdad.

—¿Y Sir Arthur?

—Sir Arthur era el símbolo más visible de lo que estoy intentando cambiar —dijo Tariq, con una precisión que no era hostilidad sino diagnóstico—. No el único. Ni siquiera el más importante. Pero el más visible en este momento.

—¿Lo conocía personalmente?

—Lo había visto en reuniones. Nunca habíamos hablado directamente. —Hizo una pausa—. Lo que sé de él lo sé por lo que ha hecho en este país. Eso es suficiente para tener una opinión.

—¿Y esa opinión incluía querer verlo muerto? —dijo Kaelen, directamente.

Tariq lo miró sin cambiar de expresión.

—La muerte de un hombre específico no cambia el sistema que ese hombre representa —dijo—. Si yo quisiera cambiar algo, mataría el sistema, no al hombre. Eso es más difícil y más lento, pero es lo único que funciona.

—Es una respuesta muy elegante —dijo Kaelen.

—Es la verdad —dijo Tariq—. Elegante o no, sigue siendo la verdad.

Kaelen cambió de ángulo.

—¿Sabe quién lo mató?

—No —dijo Tariq—. Pero sé que no fue ninguno de los iraquíes presentes en este hotel. Lo sé porque conozco a las personas en cuestión y porque el método que se usó no es el de alguien de aquí.

—¿Qué método?

—El veneno silencioso en la infusión —dijo Tariq, con una calma que indicaba que sabía más de lo que el hotel había hecho circular oficialmente—. No es un método árabe. Es un método europeo. Más específicamente, un método de ciertos servicios europeos que llevan décadas operando en esta región con la discreción de quien sabe que su presencia no es bienvenida.

—¿Cómo sabe lo del veneno? —preguntó Kaelen.

—Tengo personas en este hotel que me informan —dijo Tariq, con la sencillez del que no ve razón para disimular lo que es evidente—. Como usted tiene personas en este hotel que le informan a usted.

Kaelen no respondió a eso. Pensó en Amira y en si Tariq sabía quién era ella para él o si hablaba en términos más generales.

—¿Hay algo que quiera contarme? —dijo Kaelen—. Algo que considere relevante para encontrar al responsable.

Tariq pensó durante un momento.

—Una cosa —dijo—. La noche de la cena, cuando salimos del salón, vi a alguien en el corredor del tercer piso. No en el corredor principal. En el corredor de servicio paralelo. Una figura que se movía en dirección a la suite de Sir Arthur.

—¿A qué hora?

—Pasada la medianoche. No sé la hora exacta.

—¿Pudo ver quién era?

—No con claridad —dijo Tariq—. Había poca luz. Pero era alguien que conocía ese corredor. Se movía por él con la naturalidad de alguien que lo ha usado antes.

—¿Hombre o mujer?

—Por la silueta y por la manera de moverse —dijo Tariq—, diría que mujer. Pero no pondría mi mano en el fuego.

Kaelen asintió. Era la tercera referencia a una figura femenina en el corredor de servicio en dos días, contando la figura que Amira había visto en el almacén de lencería la primera noche. El patrón era ya demasiado consistente para ser coincidencia.

—¿Por qué no lo dijo antes? —preguntó Kaelen.

—Porque nadie me lo preguntó —dijo Tariq—. Y porque no es mi costumbre ofrecer información a quien no la solicita.

Kaelen se levantó.

—Una última cosa —dijo—. La operación política que dirige. El movimiento nacionalista.

Tariq lo miró con algo que podría haber sido cauteloso.

—¿Qué pasa con ella?

—Nada —dijo Kaelen—. Solo quiero que sepa que lo que ha dicho hoy, sobre el sistema y sobre el método, no ha caído en saco roto. —Hizo una pausa—. No significa que esté de acuerdo. Significa que lo escuché.

Tariq lo miró durante un momento con una expresión que Kaelen no supo clasificar del todo.

—Es más de lo que la mayoría de los hombres en su posición hacen —dijo Tariq.

Kaelen salió.

En el corredor, mientras bajaba hacia el segundo piso, pensó en la conversación con una intensidad que no era solo analítica. Tariq Al-Mansoor había dicho cosas que Kaelen había escuchado antes, en otros contextos, formuladas de maneras que le habían resultado más fáciles de rechazar porque venían de personas que no tenían la misma claridad de razonamiento. Formuladas por Tariq, con esa precisión tranquila y sin retórica, resultaban más difíciles de apartar. No porque fueran nuevas sino porque eran correctas en una manera que Kaelen no estaba todavía preparado para procesar completamente.

El sistema. No el hombre.

Mientras tanto, Amira había utilizado la mañana de otra manera.

Había esperado a que Lady Cynthia bajara al desayuno, lo cual ocurrió a las ocho y cuarenta con la puntualidad de alguien que organiza sus días con precisión. Cuando el corredor del segundo piso quedó vacío y el personal de limpieza estaba en el ala norte, Amira entró a la habitación de Lady Cynthia con la llave maestra que el director le había dado para supervisar el estado de las habitaciones durante la tormenta.

Tenía diez minutos antes de que el personal de limpieza llegara a esa zona.

El baúl estaba en el fondo del armario, cubierto con un chal de cachemira. Era de cuero oscuro con herrajes de latón, del tipo que se usaba para viajes largos, y tenía dos cierres con llave que Amira no esperaba poder abrir. Pero no necesitaba abrirlo: necesitaba confirmar lo que había sospechado desde que la doncella le dijo que pesaba más de lo que debería.

Lo levantó con las dos manos. El peso era el de un baúl lleno de ropa más algo adicional y distribuido de manera no uniforme: más pesado en un extremo que en el otro, lo que indicaba un compartimento o un objeto de peso concentrado. La diferencia entre el peso total y el peso que correspondería a las ropas que contenía, calculó Amira, era de varios kilos.

Varios kilos que Lady Cynthia había traído de Londres sin que el personal del hotel supiera qué eran.

Volvió a colocar el baúl exactamente como estaba, cubrió el chal con los mismos pliegues y salió de la habitación con tres minutos de margen antes de que llegara el personal de limpieza.

En el corredor se encontró con Lady Cynthia, que volvía del comedor con una taza de té en la mano y que la miró con esa sonrisa cálida de siempre.

—Buenos días, Amira —dijo Lady Cynthia, en inglés—. ¿Todo en orden?

—Todo en orden, Lady Cynthia —dijo Amira—. ¿Necesita algo para esta mañana?

—Estoy perfectamente bien, gracias. —Una pausa—. ¿Ha podido dormir? Con toda esta situación...

—Duermo lo necesario —dijo Amira.

Lady Cynthia la miró durante un momento con una atención que era levemente diferente a la de otras veces: no la amabilidad automática del huésped con el personal sino algo más específico, más evaluativo.

—Qué eficiente es usted —dijo Lady Cynthia—. Arthur siempre decía que el personal de este hotel era el mejor de Oriente Medio.

—Sir Arthur era generoso en sus opiniones —dijo Amira.

—Era muchas cosas —dijo Lady Cynthia, con algo en la voz que no era exactamente tristeza pero que ocupaba el mismo espacio—. Muchas de ellas contradictorias.

Entró a su habitación y cerró la puerta.

Amira permaneció un momento en el corredor, mirando la puerta cerrada. Luego sacó el cuaderno y añadió dos líneas: *El baúl pesa más de lo que debería. Lady Cynthia sabe que estuve en su habitación.* Y debajo, subrayado: *No hizo nada al respecto.*

Eso también era información. Tal vez la más importante de la mañana.

A las seis de la tarde, en el despacho de Amira, el intercambio fue más tenso que el de los días anteriores porque lo que habían encontrado ese día tenía más peso y más urgencia.

Kaelen contó la conversación con Tariq: la figura en el corredor de servicio pasada la medianoche, la silueta que parecía femenina, la afirmación de que se movía por ese corredor con naturalidad de quien lo ha usado antes.

—Tercera referencia a una figura femenina en ese espacio —dijo Amira.

—Sí —dijo Kaelen—. Y Tariq sabía lo del veneno en la infusión. Tiene fuentes en el hotel.

—Lo sé —dijo Amira—. Dos de los empleados nocturnos hablan con él regularmente. No es espionaje, es comunidad. Confían en él más de lo que confían en la dirección del hotel.

—¿Eso es un problema?

—No para nosotros —dijo Amira—. Para el asesino sí. Significa que hay más ojos de los que calculó.

Amira contó el baúl. El peso adicional. La reacción de Lady Cynthia en el corredor.

—Sabe que estuve en su habitación —dijo Amira—. Y no reaccionó.

—¿Por qué no reaccionaría? —dijo Kaelen.

—Porque reaccionar llamaría la atención sobre el baúl —dijo Amira—. O porque considera que lo que encontré, que es solo el peso, no es suficiente para hacerle daño. —Hizo una pausa—. O porque es tan buena en lo que hace que su respuesta predeterminada ante cualquier amenaza es la indiferencia calculada.

—Las tres cosas podrían ser ciertas a la vez —dijo Kaelen.

—Sí —dijo Amira.

Hubo un silencio mientras los dos procesaban lo que tenían.

—Necesitamos el baúl —dijo Kaelen.

—Lo sé —dijo Amira—. Pero no podemos abrirlo sin una razón que pueda sostenerse. Si lo hacemos de manera forzada y resulta que estamos equivocados, perdemos cualquier ventaja que todavía tenemos.

—¿Y si no estamos equivocados?

—Si no estamos equivocados —dijo Amira— necesitamos ser suficientemente cuidadosos para que lo que encontremos sea utilizable cuando lleguen las autoridades. Un registro ilegal no sirve de nada ante un tribunal.

Kaelen la miró.

—Está pensando en términos legales —dijo, con algo que no era exactamente sorpresa.

—Estoy pensando en términos de resultado —dijo Amira—. No sirve de nada atrapar a alguien si no podemos probarlo.

—¿Y cómo conseguimos el baúl de manera que sirva?

—Necesitamos una razón legítima para inspeccionarlo —dijo Amira—. Una que no pueda rechazarse.

—¿Como cuál?

Amira miró el cuaderno durante un momento.

—Como un segundo crimen —dijo en voz baja.

Kaelen la miró.

—No estoy sugiriendo que lo provoquemos —dijo Amira, antes de que él pudiera decir nada—. Estoy diciendo que si el asesino actúa de nuevo, lo que es posible si se siente presionado, la situación cambia. El director del hotel tendría justificación para una inspección de todas las habitaciones.

—Müller —dijo Kaelen.

—Müller —dijo Amira.

El nombre quedó entre los dos con el peso de lo que ninguno de los dos quería decir en voz alta pero que los dos sabían: que Müller estaba en peligro, que lo sabía, y que esa tarde todavía estaba vivo pero que cada

hora que pasaba sin que pudieran protegerlo era una hora en que el asesino tenía la oportunidad de actuar.

—Mañana a primera hora —dijo Kaelen— hablaré con Müller. Antes de que pueda salir de su habitación.

—Yo me quedo en el corredor del segundo piso esta noche —dijo Amira.

—¿Toda la noche?

—Lo que haga falta —dijo Amira.

Kaelen la miró durante un momento con esa atención que había ido cambiando de naturaleza a lo largo de los últimos tres días: ya no era la evaluación inicial de alguien desconocido sino algo más parecido al reconocimiento de quien ha visto a otra persona trabajar bajo presión y ha formado una opinión que no necesita palabras.

—Tenga cuidado —dijo.

—Siempre —dijo Amira.

No era una garantía. Los dos lo sabían. Pero era lo que había.

La tormenta seguía afuera, constante e indiferente, y dentro del Al-Rashid la noche del tercer día comenzaba con la tensión específica de los espacios donde algo está a punto de ocurrir y nadie sabe exactamente cuándo ni dónde ni cómo va a desencadenarse.

CAPÍTULO 8

La señora de las sombras

Hotel Al-Rashid, tercer día, noche — cuarto día, mañana

Amira pasó la noche en el corredor del segundo piso.

No de manera visible: había aprendido en cuatro años de trabajo en el Al-Rashid que la presencia visible produce comportamientos modificados, y lo que necesitaba observar era el comportamiento no modificado de alguien que creía no estar siendo observada. El corredor tenía un nicho al fondo donde se guardaban los carritos de servicio de habitaciones cuando no estaban en uso, un espacio en sombra entre dos grandes armarios de ropa blanca que ofrecía visibilidad hacia ambos extremos del pasillo sin ser visible desde ninguno de ellos. Amira lo conocía desde su primer mes en el hotel, cuando había pasado ahí media hora esperando a que terminara una conversación entre el director y un cliente conflictivo que no necesitaba presenciar.

Se instaló en ese nicho a las once de la noche con una linterna apagada, el cuaderno en el bolsillo y la paciencia que había aprendido no en ningún curso sino en la infancia, cuando su padre le enseñó que las cosas importantes rara vez ocurren cuando uno las busca activamente sino cuando uno ha aprendido a esperar sin perder la atención.

Las primeras dos horas fueron silenciosas. Los huéspedes habían subido a sus habitaciones antes de las diez, con la actitud de personas que han agotado la sociabilidad forzada del encierro y que necesitan la privacidad de sus cuartos aunque esa privacidad sea una ficción en un hotel donde las paredes son más delgadas de lo que parecen. El personal nocturno hacía sus rondas con la regularidad de un reloj, cada cuarenta minutos, con el mismo botones joven que empujaba el mismo carrito por el mismo corredor en el mismo orden.

A la una y cuarto, el corredor del segundo piso quedó vacío.

A la una y veintidós, la puerta de la habitación doscientos siete se abrió.

La habitación doscientos siete era la de Lady Cynthia Ashworth.

Lo que salió de esa puerta no era Lady Cynthia tal como Amira la había visto durante los últimos tres días. Era la misma mujer, sí, pero con ropa oscura que no era la ropa de dormir ni la ropa de estar en el hotel, sino algo más funcional y más anónimo: pantalones oscuros, jersey oscuro, los cabellos recogidos de manera que no pudieran agarrarse ni identificarla desde atrás. Llevaba algo en la mano derecha que Amira, en la oscuridad del corredor, no pudo identificar con precisión: un objeto pequeño, metálico, que captó un reflejo leve de la luz de emergencia al fondo del pasillo.

Lady Cynthia caminó hacia las escaleras. No hacia las principales, que habrían sido lo natural, sino hacia la puerta lateral al fondo del corredor que daba a la escalera de servicio. La misma escalera que conectaba con el corredor de servicio paralelo al principal. La misma que Tariq había descrito como el camino que la figura de aquella primera noche había tomado hacia la suite de Sir Arthur.

Amira esperó cinco segundos después de que la puerta lateral se cerrara. Luego salió del nicho y fue hacia ella con pasos rápidos y silenciosos.

La escalera de servicio olía al aceite de máquinas y al polvo de los espacios que no reciben la atención de los corredores principales. Amira subió despacio, apoyando solo la parte delantera del pie para reducir el sonido, con la mano sobre la barandilla de hierro pero sin apoyarse del todo. Arriba, en el tercer piso, escuchó antes de abrir la puerta.

Silencio. Luego, muy leve, el sonido de algo metálico contra el marco de una puerta.

Abrió la puerta con cuidado de no hacer ruido y miró hacia el corredor de servicio del tercer piso.

Lady Cynthia estaba frente a la puerta sellada de la suite de Sir Arthur, de espaldas a Amira, con el instrumento pequeño que llevaba en la mano derecha introducido en el mecanismo del marco. No era la cerradura principal lo que manipulaba: era el pestillo adicional, el mismo mecanismo de doble cierre que Hassan había tenido que forzar la mañana del

descubrimiento. Lo manipulaba con la concentración y la precisión de quien ha hecho este mismo gesto antes, en otro lugar, con otro pestillo.

Amira retrocedió detrás de la puerta de la escalera antes de que Lady Cynthia pudiera girarse. Permaneció ahí durante un momento, con el corazón acelerado de una manera que el entrenamiento no hubiera podido controlar y que en ella no provenía del miedo sino del reconocimiento: acababa de ver con sus propios ojos cómo se había hecho el crimen. Lady Cynthia sabía cómo funcionaba ese mecanismo porque ella misma lo había manipulado la noche en que Sir Arthur murió.

Esperó en la escalera de servicio durante doce minutos. Cuando volvió a mirar por la puerta entreabierta, el corredor del tercer piso estaba vacío. Lady Cynthia había regresado a su habitación por donde había venido.

Amira bajó al segundo piso, volvió al nicho entre los armarios y permaneció ahí hasta las seis de la mañana sin que ocurriera nada más. Luego fue a su despacho, se lavó la cara con el agua fría del lavabo pequeño que había junto al armario de archivos, y fue a buscar a Kaelen.

Lo encontró en el comedor del personal, exactamente donde lo había encontrado el día anterior. Llevaba la corbata bien anudada esta vez, lo cual le dijo a Amira que no había dormido mucho pero que había tenido tiempo de vestirse con cuidado, que en ciertos hombres era una manera de recuperar el control sobre algo.

—La vi —dijo Amira, sentándose frente a él sin preámbulo.

Kaelen la miró.

—¿A quién?

—A Lady Cynthia. Anoche, a la una y veintidós. Salió de su habitación con ropa oscura y fue a la escalera de servicio. La seguí hasta el tercer piso. Estaba frente a la suite de Sir Arthur manipulando el pestillo adicional desde afuera con un instrumento pequeño de metal.

Kaelen no dijo nada durante un momento. Amira observó su cara con la atención de siempre: la mandíbula apretada, los ojos fijos en un punto de la mesa, el proceso visible de alguien que está colocando una pieza en un mapa que ya conocía y que ahora tiene una forma que no puede ignorar.

—¿Pudo verla claramente? —dijo finalmente.

—Con suficiente claridad para identificarla —dijo Amira—. No hay duda.

—¿Y el instrumento?

—Lo mismo que usó la noche que mató a Sir Arthur —dijo Amira—. Volvió para verificar algo. O para recuperar algo que dejó.

—O para asegurarse de que el mecanismo no dejara rastros —dijo Kaelen.

—También.

Kaelen bebió su café sin saborearlo.

—¿Y ahora? —dijo.

—Ahora tenemos lo que vimos —dijo Amira—. Que es suficiente para estar seguros nosotros pero no suficiente para que sea una prueba ante nadie más. Necesitamos el baúl. Y necesitamos que Müller hable antes de que ella sepa que tenemos esto.

—¿Ella sabe que la seguiste?

—No creo —dijo Amira—. Pero Lady Cynthia es alguien que calcula los riesgos con más cuidado que nadie en este hotel. Si tiene alguna razón para sospechar que fue vista, actuará antes de que nosotros podamos actuar.

—Entonces tenemos que actuar hoy —dijo Kaelen.

—Sí —dijo Amira—. Müller primero. Tiene que decirnos el nombre de la mujer de Berlín antes de esta tarde.

Kaelen asintió. Se levantó, recogió la taza y la llevó al fregadero con el gesto automático de alguien cuya cabeza está en otro lugar. En la puerta del comedor se detuvo.

—¿Cuántas horas lleva despierta? —preguntó.

—Las necesarias —dijo Amira.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo —dijo Amira—. Vaya a buscar a Müller. Yo subo en veinte minutos.

Kaelen salió. Amira permaneció un momento sentada en el comedor vacío del personal, con las manos alrededor de la taza de té que se había servido y que todavía no había bebido. El cansancio era real pero manejable: había aprendido en los años de guardias largas en el hotel que el cuerpo tiene reservas que no conoce hasta que las necesita, y que la mente, cuando tiene suficiente en qué concentrarse, postpone el agotamiento con una eficiencia que no deja de sorprenderla.

Lo que no podía postergar era la incomodidad específica de lo que había visto esa noche. No el crimen en sí, que ya habían deducido en sus líneas generales. Sino Lady Cynthia en el corredor oscuro, con esa ropa funcional y anónima, manipulando el mecanismo del pestillo con la precisión de alguien para quien ese gesto era tan natural como para Amira lo era escribir en el cuaderno o para Kaelen lo era registrar el espacio al entrar en una sala. Era una habilidad que se adquiría con práctica. Y la práctica requería repetición, lo cual significaba que no era la primera vez.

Lo que estaban viendo no era un crimen cometido en un momento de desesperación o de oportunidad. Era el trabajo de alguien que llevaba décadas haciéndolo.

Eso debería haberla aterrado más de lo que la aterraba. El hecho de que no la aterrara completamente era, pensó Amira mientras bebía el té por fin, un signo de que los últimos cuatro días habían cambiado algo en su manera de procesar el peligro.

No sabía todavía si eso era bueno o malo.

Lo anotaría en el cuaderno más tarde. Ahora tenía que subir.

Kaelen encontró a Müller en su habitación, no en los espacios comunes donde lo había visto los días anteriores. La puerta estaba cerrada y tardó en responder, lo cual decía algo sobre el estado en que había pasado la noche.

Cuando abrió, tenía el aspecto de alguien que ha dormido con la ropa puesta: el traje arrugado, el cuello de la camisa abierto, los ojos con esa claridad específica del cansancio que ha durado demasiado para producir sueño y que en cambio produce una especie de lucidez incómoda.

—Necesito que me diga el nombre —dijo Kaelen, sin entrar todavía—. El nombre de la mujer de Berlín.

Müller lo miró durante un momento. Luego se hizo a un lado para dejarlo pasar.

La habitación olía al aire cerrado de los espacios donde alguien ha permanecido sin moverse durante horas. Sobre la mesa, un vaso de agua y los papeles que Müller había estado revisando: Kaelen los reconoció como notas médicas, aunque no las de ningún paciente presente. Eran más antiguas. Con fechas de los años cuarenta.

—¿Por qué ahora? —dijo Müller, sentándose en el borde de la cama—. Ayer no quise decirlo. Hoy tampoco quiero. Pero usted está aquí de todas maneras.

—Porque anoche alguien fue a la suite de Sir Arthur —dijo Kaelen—. No a robarse nada. A verificar algo. Y si verificó lo que creo que verificó, sabe que estamos cerca.

Müller cerró los ojos durante un segundo.

—¿La vio alguien?

—Sí.

—¿Sabe que la vieron?

—Todavía no —dijo Kaelen—. Pero ese margen se está cerrando. Y cuando se cierre, usted es el siguiente problema que ella necesita resolver. Porque usted sabe quién es.

Müller abrió los ojos y miró a Kaelen con la expresión del hombre que ha llegado al punto donde el cálculo ya no cambia el resultado.

—Se llamaba Elsa Brenner en Berlín —dijo—. Era coordinadora de investigaciones para una agencia militar cuyo nombre nunca supe con certeza. Trabajaba con una eficiencia que en ese momento me pareció admirable. Tardé en entender que lo que coordinaba no era solo investigación.

—¿La volvió a ver después de Berlín?

—En Viena, en el cuarenta y ocho. Con otro nombre. Con otro pelo, otra manera de moverse, otra voz casi. Pero los ojos no cambian. Reconocí los ojos.

—¿Y en Londres?

—En Londres usaba el nombre con el que la conocemos aquí —dijo Müller—. La vi en una reunión social. Un club privado. Estaba con personas del servicio británico como si fuera de los suyos. —Hizo una pausa—. Tal vez para ese entonces ya lo era. O tal vez siempre lo fue, y Berlín fue otra misión con otra cobertura.

—¿Le dijo algo cuando la vio en Londres?

—Me miró —dijo Müller—. Solo eso. Me miró durante un segundo, con una expresión que no era reconocimiento sino advertencia, y luego desvió la vista. No me habló. No se acercó. Pero el mensaje fue perfectamente claro.

—¿Qué mensaje?

—Que sabía que yo la había reconocido —dijo Müller—. Y que si yo decía algo, ella también diría algo. Sobre mí. Sobre lo que yo hice en Berlín en los años que trabajé para esa agencia. —Hizo una pausa larga—. Yo no soy un hombre sin culpas, señor Vance. Lo que hice en esos años no lo hice porque me lo ordenaran. Lo hice porque creí que era necesario. Y ese es el tipo de error que no se cura con el tiempo.

Kaelen permaneció en silencio durante un momento.

—Gracias —dijo finalmente.

—No me dé las gracias todavía —dijo Müller—. Espere a ver si sirve de algo.

Kaelen salió. En el corredor encontró a Amira, que había subido como había dicho y que lo esperaba apoyada en la pared con el cuaderno abierto y la pluma en la mano.

—¿Lo dijo? —preguntó.

—Lo dijo —dijo Kaelen.

Amira asintió. No preguntó el nombre todavía: lo haría en privado, en el despacho, cuando tuvieran tiempo de procesar todo lo que ese nombre implicaba. Ahora lo que importaba era otra cosa.

—Tenemos que movernos antes de que oscurezca —dijo Amira—. Si esperamos a mañana perdemos la ventaja que tenemos.

—¿Qué propone?

—Que esta tarde obliguemos a que la situación cambie —dijo Amira—. No podemos seguir esperando que ella cometa un error. Tenemos que darle una razón para actuar antes de que esté lista.

Kaelen la miró.

—¿Y si actúa contra nosotros?

—Eso también es un error —dijo Amira—. Y los errores dejan rastros.

La tormenta, afuera, seguía con la misma constancia de siempre. Pero algo en el interior del hotel había cambiado esa mañana, con una velocidad que ninguno de los dos había anticipado completamente: el ritmo de la investigación había dejado de ser el de la acumulación paciente de evidencia y se había convertido en otra cosa. En una carrera.

Y las carreras, a diferencia de las investigaciones, se ganaban o se perdían. No había término medio.

CAPÍTULO 9

El hombre que sabía demasiado

Hotel Al-Rashid, cuarto día, tarde

El plan que Amira propuso a las diez de la mañana era simple en su estructura y arriesgado en su ejecución: hacer correr la información de que Müller había identificado al asesino y estaba dispuesto a dar un nombre en cuanto las autoridades pudieran ser contactadas. No como una declaración formal sino como un rumor, filtrado a través de los canales que en un hotel cerrado por una tormenta funcionaban con la velocidad y la inevitabilidad de los sistemas de ventilación: todo llegaba a todas partes aunque nadie pudiera decir exactamente cómo.

—¿Y si reacciona de manera que no podemos controlar? —dijo Kaelen.

—Eso es lo que queremos —dijo Amira—. Una reacción. Algo que deje rastro.

—¿Y Müller?

—Müller tiene que saber lo que estamos haciendo —dijo Amira—. Y tiene que estar de acuerdo. No podemos usarlo como cebo sin su consentimiento. Volvieron a la habitación de Müller. Kaelen explicó el plan con la misma brevedad con que explicaba todo: los hechos, el riesgo, lo que se esperaba conseguir. Müller escuchó sin interrumpir. Cuando Kaelen terminó, permaneció en silencio durante un momento mirando el vaso de agua sobre la mesa.

—Si ella cree que voy a hablar —dijo Müller— vendrá por mí antes de que pueda hacerlo.

—Sí —dijo Kaelen.

—Y ustedes esperan estar ahí cuando lo haga.

—Sí —dijo Amira.

Müller miró a Amira durante un momento con la expresión de alguien que está evaluando no el plan sino a la persona que lo propone.

—¿Ha hecho esto antes? —preguntó.

—No exactamente —dijo Amira—. Pero conozco este hotel mejor que nadie. Y sé dónde estaremos y dónde no podrá actuar sin que la veamos.

—¿Y si se equivoca?

—Entonces me equivoco —dijo Amira, con una calma que no era indiferencia sino la calma específica de quien ha calculado los riesgos y ha decidido que son aceptables—. Pero si no hacemos nada, usted tiene el mismo problema igualmente. Solo que sin que nadie esté mirando.

Müller asintió despacio.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué necesitan de mí?

—Que baje al salón de lectura esta tarde a las tres —dijo Amira—. Con sus notas. Como si fuera a trabajar. Y que cuando Dupont o la Condesa o cualquier otro huésped le pregunte cómo está, diga que está mejor. Que las cosas se están aclarando. Nada más específico que eso.

—¿Nada más específico?

—Las personas inteligentes llenan los espacios vacíos con lo que más temen —dijo Amira—. No hace falta decir más.

Müller los miró a los dos durante un último momento.

—Si esto sale mal —dijo—, quiero que sepan que el nombre completo era Elsa Brenner-Ashworth. Elsa Brenner en Berlín, Elsa algo en Viena, Lady Cynthia Ashworth en Londres y aquí. Ese es el patrón. Siempre mantiene algo del nombre original, lo suficiente para que los documentos tengan una continuidad que resiste el escrutinio superficial.

—Brenner-Ashworth —repitió Kaelen.

—El apellido Ashworth es real —dijo Müller—. Lo adoptó en algún momento de la posguerra. Hay un Lord Ashworth que murió en el cuarenta y seis. No sé si hubo un matrimonio real o solo documentos. Pero el apellido tiene historia y eso le da cobertura.

Kaelen y Amira salieron de la habitación. En el corredor, Kaelen se detuvo un momento con la mano en el pasamanos de la escalera.

—Un apellido con historia —dijo en voz baja, más para sí mismo que para Amira—. Eso es exactamente lo que alguien necesita si va a infiltrarse en los círculos donde Arthur se movía. Los círculos donde yo me muevo.

—Sí —dijo Amira.

—Lo que significa que probablemente llevaba años cerca de él —dijo Kaelen—. No solo aquí. En Londres. En las reuniones del club. En los eventos donde Arthur aparecía.

—Sí —dijo Amira de nuevo.

Kaelen no dijo nada más. Bajaron las escaleras en silencio.

El rumor tardó menos de dos horas en circular por el hotel con la velocidad que Amira había calculado. Lo inició ella misma, con la discreción específica de quien sabe que la discreción en un espacio cerrado es la mejor manera de garantizar que algo se escuche: una frase dirigida a uno de los botones en el corredor del primer piso, suficientemente audible para que el camarero que pasaba al fondo pudiera escucharla si prestaba atención. El

camarero la escuchó. Dos horas después, cuando Amira pasó por el bar y escuchó un fragmento de conversación entre dos empleados de la cocina, la frase había mutado y amplificado con la lógica de los rumores en espacios cerrados: ya no era que Müller estaba dispuesto a dar un nombre, sino que Müller ya había dado el nombre y estaba esperando que llegaran las autoridades para hacer la declaración formal.

Era más de lo que Amira había planeado. Pero en la dirección correcta.

Müller bajó al salón de lectura a las tres en punto, con sus notas y el libro que no leía, y se instaló en el sillón del fondo con la actitud de alguien que ha decidido que la normalidad es la mejor defensa. Kaelen estaba en el bar contiguo, con visibilidad hacia la puerta del salón. Amira estaba en el corredor, en una posición desde la que podía ver tanto el bar como la escalera.

Los primeros cuarenta minutos no ocurrió nada. Dupont pasó frente al salón de lectura, miró hacia adentro a través del vidrio de la puerta, y continuó hacia el bar sin detenerse. La Condesa bajó del segundo piso y fue directamente al comedor. El jeque Tariq no apareció. El personal hacía sus rondas con la regularidad de siempre.

A las cuatro menos diez, Lady Cynthia Ashworth bajó del segundo piso.

Lo hizo con la misma presencia de siempre: el vestido correcto, los cabellos perfectos, la taza de té en la mano. Saludó a uno de los empleados que pasaba con una sonrisa que este devolvió automáticamente. Luego caminó hacia el salón de lectura con el paso tranquilo de alguien que no tiene ningún destino urgente.

Amira tensó la atención sin moverse.

Lady Cynthia abrió la puerta del salón de lectura y entró.

Amira se movió hacia el bar, donde Kaelen estaba ya de pie, y asintió brevemente. Kaelen entró al salón de lectura veinte segundos después de Lady Cynthia.

Lo que encontró al entrar era una escena que desde afuera parecía perfectamente normal: Lady Cynthia sentada en el sillón junto a Müller, con su taza de té, hablando con él en el tono bajo de las conversaciones privadas en espacios comunes. Müller con sus notas sobre la rodilla y una expresión que Kaelen, desde la puerta, identificó inmediatamente como la de alguien que está manteniendo la compostura con un esfuerzo que no quiere que se vea.

—Kaelen —dijo Lady Cynthia, levantando la vista con su sonrisa habitual—. Ven a sentarte. El pobre Klaus estaba solo.

Kaelen se sentó. Miró a Müller brevemente: este asintió de manera imperceptible. Estaba bien. Todavía.

—¿Cómo están los ánimos esta tarde? —dijo Lady Cynthia, dirigiéndose a los dos—. Es difícil mantener la calma con todo lo que ha ocurrido.

—Mejor —dijo Müller, con la palabra que Amira le había indicado—. Las cosas se están aclarando.

Lady Cynthia lo miró durante un momento con una expresión que desde afuera parecía de interés genuino y que Kaelen, que ahora la miraba con ojos diferentes, reconoció como algo completamente distinto: la evaluación rápida y precisa de alguien que está calculando.

—Me alegra oír eso —dijo Lady Cynthia—. ¿Han podido contactar con las autoridades?

—Todavía no —dijo Kaelen—. Pero la tormenta está cediendo. Es cuestión de horas.

—Horas —repitió Lady Cynthia, con una suavidad en la voz que no correspondía completamente a la palabra.

En ese momento la puerta del salón de lectura se abrió y Amira entró con una bandeja de café que nadie había pedido pero que en el contexto del hotel resultaba perfectamente plausible. Dejó las tazas sobre la mesa con la eficiencia de siempre, y al inclinarse para dejar la de Lady Cynthia, su mirada se encontró brevemente con la de esta.

Lady Cynthia sostuvo esa mirada durante un segundo exacto. Luego la desvió hacia el café con una naturalidad perfecta.

Fue ese segundo el que lo dijo todo. No la mirada en sí misma, que era completamente neutral, sino lo que había detrás de ella: el reconocimiento. Lady Cynthia sabía que Amira la había visto la noche anterior en el corredor del tercer piso.

Amira salió del salón con la bandeja vacía y fue directamente al despacho del director.

—Necesito que reúna a todos los huéspedes en el salón principal en veinte minutos —dijo, cerrando la puerta detrás de ella—. Con el pretexto que usted considere apropiado. Una actualización sobre la tormenta, el estado de las comunicaciones, lo que quiera. Pero todos, en el mismo lugar, en veinte minutos.

El director la miró.

—¿Por qué?

—Porque si no lo hacemos —dijo Amira—, puede que tengamos un tercer muerto antes de que la tormenta termine.

El director abrió la boca, la cerró, y descolgó el teléfono interno.

Veinte minutos eran suficientes o no eran suficientes. Amira no lo sabía con certeza. Pero era lo que tenían.

Subió al segundo piso corriendo por la escalera de servicio.

Kaelen permaneció en el salón de lectura con Müller y Lady Cynthia hasta que el empleado del director llegó a convocarlos al salón principal. Lady Cynthia se levantó con la compostura de siempre, dejó la taza de té sobre

la mesa y dijo que bajaría en un momento, que necesitaba recoger su chal de la habitación porque los salones del hotel estaban fríos en esos días de tormenta. Kaelen dijo que la acompañaría, que él también tenía algo que recoger. Lady Cynthia lo miró durante un segundo.

—No hace falta, querido —dijo—. Bajo en cinco minutos.

—Lo sé —dijo Kaelen—. Pero subo de todas maneras.

Lady Cynthia asintió con una sonrisa que no llegó a los ojos y subió las escaleras. Kaelen fue detrás, a una distancia que no era discreta porque ya no tenía sentido serlo.

Amira había llegado al segundo piso por la escalera de servicio antes que ellos. Estaba en el corredor cuando Lady Cynthia salió del ascensor y caminó hacia su habitación con ese paso tranquilo que era su modo predeterminado de moverse por el mundo. Al verla, Amira se colocó entre Lady Cynthia y la puerta de su habitación.

—Lady Cynthia —dijo Amira.

Lady Cynthia se detuvo. Las miró a ambas durante un momento: a Amira frente a ella, a Kaelen que llegaba por el otro extremo del corredor. Luego miró la puerta de su habitación, que Amira tenía a su espalda.

—Qué eficientes —dijo Lady Cynthia, con una suavidad en la voz que ya no pretendía ser calidez—. Los dos.

—El baúl —dijo Amira—. Necesitamos el baúl.

Lady Cynthia miró a Kaelen.

—¿Esto es lo que querías conseguir? —dijo—. ¿Una confrontación en un corredor de hotel?

—Lo que quiero —dijo Kaelen— es saber por qué mató a mi tío. El resto ya lo sé.

Lady Cynthia permaneció un momento en silencio. La tormenta rugía afuera con la intensidad de siempre, indiferente. En el corredor, los tres permanecían inmóviles con la tensión específica de los momentos donde el siguiente movimiento lo cambia todo.

—Arthur descubrió quién era —dijo Lady Cynthia finalmente, con la calma del que ha decidido que la negación ya no es útil—. No completamente. Pero lo suficiente. Ese documento que fabricó no era solo una trampa genérica. Era una trampa para mí específicamente. Lo supe cuando lo vi guardarlo en la caja fuerte con esa manera suya de hacerse el casual que nunca fue casual.

—¿Y lo mató por eso? —dijo Kaelen.

—Lo maté porque si no lo hacía, él me habría entregado —dijo Lady Cynthia, con una precisión que no era fría sino simplemente exacta—. Y lo que yo sé, Kaelen, sobre personas en posiciones muy específicas en tu gobierno, habría producido consecuencias que van bastante más allá de Arthur y de mí.

—¿Y Müller?

—Müller era un problema que reconocí demasiado tarde —dijo Lady Cynthia—. En Berlín era joven y asustado y creí que el miedo sería suficiente para mantenerlo callado. En Londres comprendí que el miedo tiene fecha de caducidad.

Kaelen la miró durante un momento largo.

—Cynthia —dijo, con una fatiga en la voz que era algo más que física—. Te conocí cuando tenía doce años.

—Lo sé —dijo Lady Cynthia—. Y fui genuinamente amable contigo. Eso también es verdad.

—Las dos cosas pueden ser verdad a la vez —dijo Amira, desde detrás.

Lady Cynthia la miró.

—Sí —dijo—. Pueden.

El empleado del director apareció al fondo del corredor en ese momento, con el aspecto de quien ha recibido instrucciones contradictorias y no sabe cuál ejecutar primero. Kaelen lo miró y le hizo un gesto que significaba que esperara. El empleado esperó.

—El baúl —repitió Amira—. Ahora.

Lady Cynthia los miró a los dos durante un último momento. Luego sacó la llave de su habitación del bolsillo y la sostuvo en la mano.

—No voy a resistirme —dijo—. No aquí. No de esta manera. —Miró a Kaelen—. Pero quiero que sepas que lo que hice con Arthur no fue lo único que hice. Y que algunas de las otras cosas que hice salvaron vidas. Las cuentas son complicadas cuando se llevan décadas.

—Las cuentas siempre son complicadas cuando las hace quien las debe —dijo Amira.

Lady Cynthia la miró con algo que en otra circunstancia podría haber sido apreciación. Luego abrió la puerta de su habitación.

—Pasen —dijo.

Pasaron.

El baúl estaba donde Amira lo había dejado, en el fondo del armario cubierto con el chal de cachemira. Lady Cynthia lo abrió con su propia llave, con los mismos movimientos precisos de siempre, y lo dejó abierto frente a ellos.

Lo que contenía era suficiente para que la investigación que Amira había llevado en su cuaderno durante cuatro días se convirtiera en algo que ningún tribunal podría ignorar.

Kaelen lo miró durante un momento. Luego se volvió hacia Lady Cynthia.

—Siéntese —dijo—. Las autoridades llegarán cuando ceda la tormenta. Hasta entonces, ninguno de los tres va a moverse de esta habitación.

Lady Cynthia se sentó en el sillón junto a la ventana con la compostura de los que han estado en situaciones peores y han aprendido que la compostura es lo único que nadie puede quitarles. Miró la ventana donde la arena golpeaba el cristal con esa insistencia que llevaba cuatro días siendo el sonido de fondo de todo.

—¿Cuánto falta para que termine? —dijo.

—La tormenta —dijo Amira, mirando también la ventana—, probablemente un día más. Lo que viene después durará considerablemente más.

Lady Cynthia asintió. No dijo nada más.

Afuera, la *umm al-ramaal* seguía. Pero algo en el interior del hotel se había resuelto con esa claridad específica de las cosas que han estado en movimiento durante demasiado tiempo y que finalmente encuentran el lugar donde detenerse.

No era el final. Pero era el principio del final.

Y a veces, pensó Amira mientras se sentaba en la silla junto a la puerta y abría el cuaderno, eso es suficiente.

CAPÍTULO 10

Sombras de Berlín

Hotel Al-Rashid, cuarto día, noche — quinto día, mañana

La habitación de Lady Cynthia se convirtió en algo entre una celda y una sala de espera durante las horas que siguieron a la confrontación del corredor. El director del hotel, cuando Kaelen le explicó la situación con la brevedad suficiente para que entendiera lo esencial sin los detalles que habrían paralizado su capacidad de actuar, tomó las tres decisiones correctas en el orden correcto: canceló la reunión en el salón principal, asignó a uno de los empleados de mayor confianza a permanecer en el corredor del segundo piso, y fue a buscar el radio de emergencia con la determinación de alguien que por fin tiene una razón concreta para conseguir que funcione.

Lady Cynthia permaneció en su sillón junto a la ventana con la compostura de quien ha decidido que lo que viene ya no puede cambiarse y que la dignidad en la espera es la única variable que todavía controla. No intentó hablar con Kaelen. No intentó negociar con Amira. Miraba la ventana donde la arena golpeaba el cristal con ese sonido que en cuatro días había pasado de ser amenazante a ser simplemente el sonido de fondo de todo, como el latido de algo muy grande que respiraba afuera.

Kaelen y Amira hablaron en el corredor, fuera del alcance del oído de Lady Cynthia, con la puerta entornada suficiente para mantener visibilidad.

—El baúl —dijo Kaelen, en voz baja—. Necesito entender lo que hay dentro antes de que lleguen las autoridades. Si hay material que afecta a personas

vivas en posiciones activas, entregarlo sin filtro puede hacer daño que no pretendemos hacer.

—¿Está sugiriendo que seleccionemos lo que entregamos? —dijo Amira.

—Estoy sugiriendo que lo revisemos primero —dijo Kaelen—. Con ojos que entiendan lo que están viendo. No para ocultarlo sino para contextualizarlo.

Amira lo miró durante un momento.

—El problema de ese razonamiento —dijo— es que es exactamente el razonamiento que usó Sir Arthur para justificar su operación no autorizada. Y mire cómo terminó.

Kaelen no respondió de inmediato.

—¿Qué propone usted?

—Que lo inventariemos —dijo Amira—. Todo. Con testigos. Y que lo entreguemos todo, sin selección. Lo que se haga con ello después no es nuestra responsabilidad.

—¿Y las personas que se vean comprometidas?

—Tampoco es nuestra responsabilidad —dijo Amira—. Nuestra responsabilidad era encontrar al asesino de Sir Arthur. Eso está hecho.

Kaelen la miró con esa atención recalibrada que Amira ya conocía.

—Usted tiene razón —dijo.

—Lo sé —dijo Amira, sin énfasis.

Inventariaron el contenido del baúl durante dos horas, con el empleado de confianza del director como testigo, mientras Lady Cynthia permanecía en su sillón sin mirarlos. Lo que el baúl contenía era una biblioteca de trabajo: microfilmes, documentos fotografiados, registros cifrados, correspondencia en varios idiomas con remitentes que usaban nombres que no correspondían a ninguna persona real. Y en el compartimento inferior, separado del resto por una placa de metal que había que saber cómo deslizar, el verdadero Protocolo de Bagdad junto con el instrumento de metal que había usado para manipular el pestillo de la suite de Sir Arthur.

Kaelen fotografió cada documento con la cámara que había traído en su equipaje. Amira tomó notas escritas de cada elemento. El empleado firmó el inventario al final como testigo. Luego Kaelen cerró el baúl y lo selló con la cinta adhesiva del hotel.

—¿Qué son estos documentos realmente? —le preguntó Amira a Lady Cynthia cuando terminaron, no porque esperara que respondiera sino porque parecía justo preguntarlo.

Lady Cynthia la miró desde su sillón.

—Décadas de trabajo —dijo—. De varios trabajos, en varios lados. No todos para el mismo empleador. —Hizo una pausa—. Lo que encontraron en ese baúl es la historia real de varias decisiones que cambiaron el curso de cosas que la historia oficial describe de otra manera.

—¿Y el Protocolo de Bagdad? —dijo Amira—. El real, el que estaba debajo. Lady Cynthia la miró durante un momento.

—El Protocolo real establece los términos de un acuerdo entre el gobierno británico y tres compañías petroleras para la distribución de los beneficios de las concesiones iraquíes durante los próximos veinte años —dijo—. Sin participación iraquí en la negociación. Sin conocimiento del gobierno iraquí de los términos reales. —Hizo una pausa—. Arthur lo tenía porque lo había robado de sus propios superiores. Lo quería como seguro. Como garantía de que nadie podría prescindir de él.

—¿Y usted lo quería por razones diferentes?

—Yo lo quería para entregárselo a alguien que pudiera usarlo para cambiar lo que describe —dijo Lady Cynthia—. No soy patriota de ningún país, señorita Al-Sayed. Pero tampoco soy completamente amoral. Algunas cosas merecen ser expuestas.

—¿Y matar a Sir Arthur? —dijo Amira.

—Era necesario para obtener el documento —dijo Lady Cynthia—. No lo digo como justificación. Lo digo como descripción de la lógica que seguí.

—La lógica —dijo Amira— que hace que las personas como usted sean tan peligrosas.

Lady Cynthia la miró.

—Sí —dijo—. Exactamente esa.

La mañana del quinto día trajo consigo algo que el hotel llevaba cuatro días sin tener: una reducción visible de la tormenta. No su fin, todavía, pero sí una disminución de la intensidad del viento que hacía que los ventanales no vibraran con la frecuencia de los días anteriores y que la nube de polvo al otro lado del cristal tuviera una translucidez que no había tenido desde el inicio. Los empleados que salieron al patio interior esa mañana pudieron ver el muro de la casa de enfrente por primera vez en cuatro días. No era mucho. Era suficiente para saber que la tormenta estaba cediendo.

Kaelen pasó la noche en una silla en la habitación de Lady Cynthia. No porque creyera que ella intentaría escapar, porque había algo en su actitud de las últimas horas que hacía eso poco probable, sino porque le parecía que dejarlo solo con ella habría sido una forma de incorrección que no podía permitirse.

Amira pasó la noche en el despacho, escribiendo. No el cuaderno de la investigación sino algo diferente: una crónica de los cinco días desde la perspectiva de alguien que los había vivido desde dentro del hotel, desde esa posición intermedia entre el mundo de los huéspedes y el mundo del personal que le había dado acceso a ambos sin pertenecer completamente a ninguno. Lo escribió en árabe, con la letra apretada que usaba cuando tenía mucho que decir y poco espacio, y cuando terminó tenía doce páginas que no sabía todavía qué iban a ser ni para quién.

Las guardó en el bolso junto al cuaderno de la investigación.

Por la mañana, cuando el director recibió la primera comunicación de radio desde el exterior en cuatro días, la noticia que transmitió al personal tenía dos partes: las autoridades llegarían antes de mediodía, y la tormenta se disiparía completamente antes del anochecer.

Amira escuchó esas dos noticias desde el corredor del primer piso y pensó en lo que cada una de ellas implicaba. Las autoridades llegarían. Lady Cynthia sería detenida. El baúl y su contenido serían entregados y seguirían un camino que Amira no podía predecir ni controlar. Müller daría su testimonio y cargaría con las consecuencias de lo que ese testimonio revelaría sobre su propio pasado. Dupont enfrentaría preguntas sobre su papel como posible cómplice. La Condesa Volkova tendría que explicar su presencia y sus microfilmes a personas que tendrían razones para no encontrar satisfactoria ninguna explicación.

Y el Protocolo de Bagdad, el real, el que describía los términos del acuerdo que el gobierno de Irak no sabía que existía, estaría en manos de personas que decidirían qué hacer con él en función de intereses que Amira no conocía y sobre los que no tenía influencia.

Eso era lo que podía controlarse. Lo que no podía controlarse era todo lo demás.

Fue a buscar a Kaelen.

Lo encontró en el corredor del segundo piso, donde había salido de la habitación de Lady Cynthia para estirarse y respirar un poco del aire del corredor, que seguía siendo el aire cerrado del hotel pero que después de una noche en esa habitación le parecía fresco.

—Las autoridades llegan antes de mediodía —dijo Amira.

—Lo sé —dijo Kaelen—. El director me avisó hace un momento.

—¿Cómo está ella?

—Igual —dijo Kaelen—. Cynthia es alguien que ha estado en situaciones difíciles muchas veces. Sabe cómo estar en ellas sin desmoronarse.

—¿La admira?

Kaelen la miró.

—No —dijo—. Pero la entiendo más de lo que me gustaría.

Amira asintió.

—Hay algo que quiero preguntarle —dijo—. Antes de que lleguen las autoridades y todo se vuelva oficial y formal.

—Diga.

—¿Qué va a hacer con lo que descubrió sobre Sir Arthur? —dijo Amira—. No sobre el crimen. Sobre quién era. Lo que hizo con Dupont, los métodos que usó, las operaciones no autorizadas.

Kaelen permaneció en silencio durante un momento.

—No lo sé todavía —dijo—. Lo que sé es que ya no puedo hacer como si no lo supiera. Y que eso cambia lo que puedo volver a ser cuando regrese a Londres.

—¿Va a regresar a Londres?

—No lo sé —dijo Kaelen—. No inmediatamente.

Amira asintió.

—Hay cosas que este país está a punto de vivir —dijo, con la calma de quien describe algo que ha pensado durante mucho tiempo— que van a ser importantes. El Protocolo que encontramos en ese baúl es solo el síntoma de algo más grande. Y las personas que estén aquí cuando ocurra van a tener que elegir de qué lado están.

Kaelen la miró.

—¿Está reclutándome para algo?

—Estoy describiendo una realidad —dijo Amira—. Lo que usted haga con esa descripción es asunto suyo.

Kaelen casi sonrió. Era la primera vez en cinco días que algo parecido a una sonrisa cruzaba su cara.

—Usted habla como Tariq —dijo.

—Tariq tiene razón en algunas cosas —dijo Amira—. No en todas. Pero en algunas.

Se quedaron en silencio un momento en el corredor del segundo piso, con la tormenta que cedía afuera y el hotel que respiraba distinto, más lentamente, como algo que ha estado conteniendo la respiración durante días y que empieza a soltar el aire.

—Gracias —dijo Kaelen finalmente.

—No me dé las gracias —dijo Amira—. No lo hice por usted.

—Lo sé —dijo Kaelen—. Por eso se las doy.

Bajaron las escaleras juntos hacia el vestíbulo, donde el director ya estaba preparando el hotel para la llegada de las autoridades con la eficiencia de quien ha encontrado por fin algo concreto que hacer. Afuera, el sol de octubre de Bagdad comenzaba a filtrarse entre la nube de polvo residual con esa luz dorada y pesada que tienen las ciudades del desierto cuando una tormenta termina y el mundo recuerda sus colores.

Faltaban pocas horas. Pero las horas que faltaban eran todavía suyas.

Müller bajó al comedor a las nueve de la mañana con el aspecto de alguien que ha dormido mal pero que ha dormido, que después de cuatro días de vigilia era un progreso considerable. Se sentó en la mesa del fondo, la misma donde había estado durante la cena y durante los días siguientes con su libro que no leía, y pidió café con la voz de quien empieza a creer que tal vez va a sobrevivir a la semana.

Amira se sentó frente a él.

—¿Sabe lo que le espera cuando lleguen las autoridades? —dijo.

—Sí —dijo Müller—. Un testimonio extenso y algunas preguntas sobre Berlín que no voy a poder responder de manera que me deje bien parado.

—¿Está preparado?

—Preparado —repitió Müller, con algo en la voz que no era exactamente humor pero que ocupaba el mismo espacio—. Llevo diez años preparándome para esta conversación. En el sentido de temerla. No en el sentido de estar listo para tenerla.

—¿Hay diferencia?

—Toda la diferencia del mundo —dijo Müller—. Temer algo no es lo mismo que saber cómo manejarlo cuando llega. Solo significa que uno ha tenido mucho tiempo para imaginar lo peor.

Amira lo miró durante un momento.

—Lo que hizo en Berlín —dijo— no es lo único que hizo en su vida.

—No —dijo Müller—. Pero es lo que más pesa.

—Eso es algo con lo que usted tiene que vivir —dijo Amira—. Lo que hizo aquí estos días, en cambio, fue lo correcto.

Müller bebió su café sin responder. Pero algo en su postura cambió levemente, como si una tensión que llevaba días en sus hombros hubiera cedido un milímetro.

—¿Cómo supo? —dijo finalmente—. Que era Lady Cynthia. Antes de que yo dijera nada.

—La mirada de la Condesa en la cena —dijo Amira—. La manera en que intervino en cada momento de tensión con demasiada precisión. El peso del baúl. El sonido metálico en su habitación. El corredor de servicio. —Hizo una pausa—. Y el hecho de que era la única persona en ese salón que conocía a Sir Arthur lo suficientemente bien como para saber dónde buscar lo que estaba buscando.

Müller la miró durante un momento largo.

—¿Dónde aprendió a hacer esto? —preguntó.

—Aquí —dijo Amira—. En este hotel. En cuatro años de observar a personas que creían que nadie las observaba.

Müller asintió despacio.

—Es un lugar extraordinario para aprender —dijo.

—O para cualquier cosa que requiera estar en el cruce de caminos donde las personas revelan lo que son —dijo Amira—. Bagdad es ese cruce de caminos. Siempre lo ha sido.

Müller terminó su café en silencio. Afuera, el sonido de la tormenta había cambiado de tono: ya no el rugido constante de los días anteriores sino algo más intermitente, más variable, la respiración de algo que se cansa. Antes

del mediodía el primer coche de las autoridades entraría por la calle Al-Rashid y el hotel dejaría de ser una isla.

Amira pensó en eso mientras miraba el comedor vacío: las mesas con sus manteles blancos, las sillas en su orden habitual, las ventanas que pronto volverían a mostrar la ciudad en lugar de la pared de polvo. En dos o tres horas ese espacio volvería a ser simplemente el comedor de un hotel. Y lo que había ocurrido en él durante cinco días quedaría como una historia que el Al-Rashid preferiría no contar y que sin embargo había ocurrido, con toda la irreversibilidad de las cosas que ocurren.

Se levantó, le dijo a Müller que las autoridades llegarían pronto y que estaría bien, y fue a prepararse para recibirlas.

Había trabajo que hacer. Como siempre.

Pero esta vez el trabajo había sido diferente, y esa diferencia, pensó Amira mientras subía las escaleras hacia su despacho, no iba a desaparecer cuando la tormenta terminara. Se quedaba con ella. Como el polvo fino que la *umm al-ramaal* dejaba en todos los rincones del hotel después de una semana y que por mucho que se limpiara siempre aparecía de nuevo en algún lugar que uno no había pensado revisar.

Algunas cosas, una vez que han entrado, no salen del todo.

CAPÍTULO 11

La lavandería

Hotel Al-Rashid, quinto día, mañana

Las autoridades llegaron a las once y cuarenta con dos coches y cuatro personas: un oficial de la policía iraquí de alto rango que se presentó como el coronel Faisal Al-Rashidi, un funcionario de la embajada británica que llegó con el traje arrugado del que ha viajado rápido y que miró el hotel con la expresión de quien ya sabe que lo que va a encontrar adentro es más complicado de lo que le dijeron, un médico forense y un asistente que llevaba una maletín de cuero con el equipo que el doctor Müller no había tenido.

Amira los recibió en el vestíbulo porque el director, cuando vio llegar los coches desde la ventana de su despacho, tuvo un momento de parálisis que Amira resolvió yendo ella misma a la puerta. Era su hotel en el sentido más práctico: lo conocía mejor que él y sabía cómo presentarlo a quien llegara sin haberlo visto antes.

—Coronel Al-Rashidi —dijo, en árabe, con la formalidad correcta—. Soy Amira Al-Sayed, traductora e intérprete del hotel. He estado presente desde el inicio de los eventos y puedo orientarlos sobre lo ocurrido.

El coronel la miró durante un momento con la atención evaluativa de alguien que no esperaba que la primera persona que lo recibiera en el

vestíbulo fuera una mujer joven del personal, y que está recalculando en tiempo real.

—¿Y el director del hotel? —dijo.

—Viene —dijo Amira—. Pero yo tengo la información que necesitan.

El coronel asintió con la economía del hombre que no pierde tiempo en preguntar lo mismo dos veces.

Pasaron la mañana en movimiento constante entre los distintos espacios del hotel, con Amira traduciendo entre el coronel y el funcionario británico y facilitando el acceso a las habitaciones y a los espacios del personal con la fluidez de quien conoce cada corredor y cada puerta. Kaelen estuvo presente en todas las conversaciones con los huéspedes, aportando los elementos de contexto que su experiencia le permitía proporcionar y que Amira no podía proporcionar sin revelar más de lo que le correspondía revelar en ese momento. Müller dio su testimonio durante cuarenta minutos, sentado en el salón reservado del segundo piso, con el coronel tomando notas y el funcionario británico escuchando con una atención que se volvía visiblemente más tensa a medida que Müller avanzaba en su relato.

Lady Cynthia fue trasladada a uno de los coches de las autoridades a las doce y cuarto con una compostura que ninguno de los presentes olvidaría del todo. Caminó desde la puerta del hotel hasta el coche con los pasos exactos de siempre, ni más rápidos ni más lentos, con la cabeza ligeramente elevada de quien ha decidido que si tiene que hacer eso lo hará con dignidad. En la puerta del coche se detuvo un momento y miró hacia el vestíbulo del hotel, donde Kaelen estaba de pie junto a la entrada.

Lo que se dijeron desde esa distancia no necesitó palabras. Kaelen asintió levemente. Lady Cynthia también. Luego entró al coche y el coche se marchó.

Kaelen permaneció en el umbral del hotel durante un momento después de que el coche desapareciera por la calle Al-Rashid, que había recuperado su visibilidad aunque no todavía su normalidad: la arena cubría el asfalto con una capa fina y rojiza que el sol de mediodía convertía en algo casi hermoso. Luego entró de nuevo al hotel.

Fue entonces, en ese momento de transición entre la partida de Lady Cynthia y el regreso a lo que quedaba por hacer, cuando ocurrió lo que nadie había anticipado.

El sonido llegó de abajo: un golpe sordo seguido de un silencio que era diferente a los silencios normales del hotel, el tipo de silencio que produce la interrupción abrupta de un movimiento. Kaelen lo identificó antes de que su mente lo procesara conscientemente porque los años de entrenamiento habían convertido ese tipo de reconocimiento en algo anterior al pensamiento.

Fue hacia las escaleras de servicio.

La lavandería estaba en el sótano, accesible por una escalera estrecha que bajaba desde el corredor de servicio del primer piso. Era un espacio grande y húmedo, con máquinas industriales a lo largo de las paredes y cestos de ropa en el centro, iluminado por tubos fluorescentes de los que uno, el del fondo, parpadeaba con una frecuencia irritante que el personal había dejado de registrar porque llevaba semanas así.

Lo que Kaelen encontró al llegar al pie de la escalera fue a Amira.

Estaba en el suelo, junto a una de las máquinas del fondo, en la posición de quien ha caído o ha sido derribado: de costado, con el brazo derecho extendido y la mano todavía cerrada alrededor de una bolsa de papel que sostenía con una firmeza que no era la firmeza del inconsciente sino la del que ha decidido que eso no lo suelta pase lo que pase. La puerta lateral que daba al patio de servicio estaba abierta: el aire exterior entraba con el olor de la arena mojada que caracterizaba los días inmediatamente después de una tormenta.

Kaelen bajó los últimos escalones en tres pasos y se agachó junto a ella.

—Amira.

Ella abrió los ojos. Los tenía abiertos ya de hecho, mirando el techo con la concentración de quien está procesando qué ha pasado y qué tiene que hacer a continuación.

—Estoy bien —dijo, en inglés, con la voz de quien dice eso porque es la respuesta más eficiente disponible aunque no sea completamente exacta.

—¿Qué ocurrió?

—Alguien —dijo Amira, incorporándose despacio con la mano izquierda apoyada en la máquina— estaba aquí cuando bajé. Fui a revisar la ropa de cama de la suite de Sir Arthur antes de que el médico forense la examinara. Recordé que la habían retirado el primer día sin pensar. Si el veneno dejó residuos en las telas...

—¿La ropa de cama todavía estaba aquí?

—Parte de ella —dijo Amira—. La funda de la almohada. —Levantó la bolsa de papel—. La tengo.

Kaelen la miró durante un momento con algo que no era solo alivio.

—¿Pudo ver quién la atacó?

—No la cara —dijo Amira—. Fue rápido y desde atrás. Pero el peso, la altura, la manera de moverse. —Hizo una pausa—. No era Lady Cynthia. Lady Cynthia ya estaba en el coche.

—¿Dupont?

Amira pensó durante un momento.

—Posiblemente —dijo—. O alguien que trabaja para quien sea que Dupont sirve. —Se puso de pie completamente, con un gesto de dolor contenido en el costado derecho que Kaelen notó aunque ella no lo mencionara—. Lo que

importa ahora es esto. —Sostuvo la bolsa—. Si el médico forense puede analizar los residuos, confirma el veneno. Y si confirma el veneno, el caso contra Lady Cynthia es irrefutable aunque ella tenga los mejores abogados del mundo.

—¿Puede caminar?

—Puedo hacer lo que haga falta —dijo Amira, con una firmeza que no admitía discusión.

Kaelen no discutió. La acompañó por la escalera de servicio hacia el primer piso, con la mano levemente en su brazo que ella no rechazó aunque tampoco agradeció en voz alta.

En el corredor se encontraron con el médico forense, que buscaba a Amira porque le habían dicho que ella era la persona del hotel con más información sobre los eventos. Cuando vio el estado de ella y la bolsa de papel que llevaba, su expresión cambió.

—¿Qué tiene ahí? —preguntó.

—Ropa de cama de la habitación del difunto —dijo Amira—. Retirada la mañana del descubrimiento. Si hay residuos del agente que causó la muerte, estarán aquí.

El médico tomó la bolsa con los guantes que sacó del maletín, la examinó brevemente desde afuera y la guardó con el cuidado de quien reconoce el valor de lo que tiene.

—¿Cómo la obtuvo?

—Bajando a buscarla —dijo Amira.

El médico la miró durante un momento.

—¿Alguien intentó impedírselo?

—Alguien lo intentó —dijo Amira—. No lo consiguió.

El médico asintió con la seriedad del profesional que reconoce que lo que tiene delante no es una situación ordinaria y que ha decidido que eso es problema de otros.

El coronel Al-Rashidi apareció al fondo del corredor en ese momento, buscando al médico forense. Cuando llegó hasta ellos y vio el estado de Amira, frunció el ceño.

—¿Qué ocurrió?

—Un incidente en la lavandería —dijo Amira, en árabe—. Alguien intentó impedir que recuperara esto. —Señaló la bolsa que sostenía el médico—. Sugiero que hable con Raymond Dupont antes de que tenga tiempo de preparar su versión.

El coronel la miró con una atención que era diferente a la de cuando llegó: ya no la evaluación del que recalcula sus expectativas sino algo más parecido al reconocimiento de quien lleva suficiente tiempo en su trabajo

como para saber identificar a las personas que saben lo que están haciendo.

—¿Tiene algo más que decirme sobre lo que ocurrió en este hotel? —dijo el coronel.

—Tengo doce páginas escritas —dijo Amira—. Cronología, observaciones, testimonios y conclusiones. Se las doy cuando usted quiera.

El coronel asintió.

—Ahora —dijo.

Amira sacó las páginas del bolso. Las había escrito durante la noche, en árabe, con la letra apretada que usaba cuando tenía mucho que decir. No eran el cuaderno de la investigación: eran una versión limpia, organizada, redactada para alguien que necesitaba entender lo ocurrido sin los saltos y las intuiciones y las preguntas sin respuesta que llenaban el cuaderno. Era, pensó Amira mientras las entregaba, lo más parecido a un informe policial que alguien que no era policía podía escribir.

El coronel las tomó, las ojeó brevemente y luego miró a Amira con una expresión que era difícil de clasificar en las categorías habituales.

—¿Dónde estudió? —preguntó.

—En Bagdad —dijo Amira—. En esta ciudad. En este hotel.

El coronel asintió y se marchó con el médico forense y las doce páginas.

Kaelen se quedó junto a Amira en el corredor vacío.

—¿El costado? —dijo.

—Nada roto —dijo Amira—. Lo sabría.

—¿Cómo lo sabría?

—Porque sería considerablemente más difícil estar de pie —dijo Amira.

Kaelen casi sonrió de nuevo. Era la segunda vez en esa mañana.

—Cuando todo esto termine —dijo— y las autoridades se hayan marchado y el hotel vuelva a su rutina, ¿qué va a hacer usted?

Amira lo miró.

—Trabajar —dijo—. Aquí. Por ahora.

—¿Y después del por ahora?

—El por ahora tiene suficiente contenido como para no preocuparse todavía por lo que viene después —dijo Amira—. Eso es otra cosa que aprendí en este hotel.

Kaelen asintió.

Afuera, en la calle Al-Rashid, el sol de mediodía de Bagdad empezaba a calentar el asfalto cubierto de arena con esa intensidad específica del sol después de la tormenta, cuando el aire limpio de polvo deja pasar más luz de la habitual y la ciudad parece por unas horas más brillante y más expuesta que en cualquier otro momento.

Era una luz que no perdonaba nada. Pero tampoco ocultaba nada.

Eso, pensó Amira mientras se apoyaba en la pared del corredor con el costado dolorido y los cinco días más largos de su vida todavía frescos en la memoria, era suficiente para empezar.

La tarde del quinto día trajo consigo la lenta normalización del hotel: el médico forense en la suite trescientos cuatro durante dos horas, los agentes del coronel revisando las habitaciones de los huéspedes con la eficiencia de quien tiene un protocolo y lo sigue, el funcionario de la embajada británica al teléfono durante largos períodos con alguien en Londres cuya identidad no compartió con nadie.

Dupont fue interrogado por el coronel Al-Rashidi durante noventa minutos en el salón reservado del segundo piso. Amira no estuvo presente en el interrogatorio pero sí en el corredor después, cuando Dupont salió con el aspecto de alguien que ha dado más de lo que pretendía dar y que está calculando las consecuencias. Lo que el coronel le había preguntado, Dupont le dijo a Kaelen más tarde en el bar con esa compulsión de quien necesita hablar para procesar lo que acaba de ocurrir, era exactamente lo que Dupont más temía que le preguntaran: sus contactos con personas fuera del hotel en los días previos a la tormenta, los mensajes que había enviado y recibido, la información que había compartido sobre los movimientos de Sir Arthur.

—No le dije nada que causara su muerte —dijo Dupont, con una urgencia que era tanto para convencer a Kaelen como para convencerse a sí mismo—. Di información sobre sus reuniones, sus horarios. Nada más.

—¿Y a cambio de qué? —dijo Kaelen.

Dupont no respondió de inmediato.

—De la posibilidad de recuperar algo —dijo finalmente—. El dinero que perdí. En algún acuerdo con quien obtuviera el documento.

—¿Sabía que iban a matarlo?

—No —dijo Dupont—. Les juro que no.

Kaelen lo miró durante un momento con la expresión del hombre que evalúa si lo que escucha es verdad o es la mejor versión disponible de la verdad.

—Se lo creo —dijo—. Eso no lo convierte en inocente. Solo en menos culpable.

Dupont asintió con el alivio miserable del que ha recibido la absolución mínima disponible.

La Condesa Volkova pasó su propio interrogatorio con la serenidad de quien ha tenido décadas para prepararse para esa conversación. Lo que dijo al coronel, Amira lo supo después a través del propio coronel, que encontró en ella un interlocutor más útil de lo que había anticipado: la Condesa confirmó la existencia de *La Succession* sin nombrarlo así, describió su papel en el

hotel como el de una observadora que reportaba a Moscú sin participar en ninguna acción directa, y proporcionó varios nombres de personas vinculadas a las operaciones de Lady Cynthia en Europa que el coronel transmitió a sus superiores con la urgencia de quien sabe que esa información tiene fecha de caducidad.

A cambio, la Condesa negoció algo que solo alguien con su experiencia habría sabido negociar: que sus microfilmes fueran tratados como documentación clasificada sujeta a acuerdos diplomáticos y no como evidencia criminal. El coronel aceptó porque tenía suficiente en qué concentrarse sin añadir una crisis diplomática con la Unión Soviética.

El sol de octubre de Bagdad se ponía cuando los últimos coches de las autoridades salieron del Al-Rashid. El hotel quedó en esa quietud específica del después: no el silencio de antes, cuando la tormenta lo llenaba todo, sino el silencio más complejo de cuando algo ha terminado y lo que viene no ha comenzado todavía. Los empleados circulaban por los corredores con la rutina recuperada de quien vuelve a lo habitual después de un paréntesis que ha durado demasiado para ser fácil de cerrar.

Amira fue al despacho, se sentó en la silla, puso el cuaderno sobre la mesa y lo miró sin abrirlo durante un momento. Luego lo abrió en la primera página, leyó lo que había escrito el primer día y lo cerró de nuevo.

Había empezado ese cuaderno como un registro de observaciones sobre personas que no conocía. Lo cerraba habiendo aprendido cosas que no habría aprendido en ningún otro lugar de ninguna otra manera. Eso tampoco era un final. Era simplemente lo que había.

Apagó la lámpara del despacho y fue a terminar su turno.

CAPÍTULO 12

El niño y los pestillos

Hotel Al-Rashid, quinto día, tarde

Faris tenía dieciséis años y el aspecto de quien lleva varios días cargando algo que pesa más de lo que puede sostener solo. Amira lo había observado desde el primer día de la tormenta moviéndose por los corredores del hotel con esa manera específica de los adolescentes que han cometido un error y que no saben todavía si alguien lo sabe: los ojos que evitan ciertos espacios, el paso que se acelera cerca de determinadas puertas, la manera de ocupar las salas comunes en el extremo más alejado de donde están las personas con autoridad.

Era el tipo de señal que Amira había aprendido a leer en cuatro años de trabajo con personal joven, que llegaba al hotel sin experiencia y con la carga específica de quien necesita el trabajo más de lo que el trabajo lo necesita a él. Había hablado con Faris en varias ocasiones durante los días anteriores, sin presionarlo, dejando que la conversación fuera a donde él la

llevara, porque había aprendido también que presionar a alguien que tiene miedo produce silencio y no información.

Esa tarde, cuando las autoridades habían terminado sus primeras rondas y el hotel respiraba con la lentitud del después, fue a buscarlo.

Lo encontró en la sala de empleados del sótano, solo, con un vaso de té frío que no había bebido y la mirada puesta en la pared con esa concentración del que está teniendo una conversación interna que lo tiene completamente ocupado.

—Faris —dijo Amira, en árabe, sentándose frente a él con la informalidad de quien no viene a interrogar sino a hablar.

Faris la miró. Sus ojos tenían esa claridad específica del adolescente que sabe que el momento que teme ha llegado y que en algún lugar debajo del miedo hay también el alivio de no tener que seguir esperándolo.

—Sé que hiciste algo —dijo Amira, sin preámbulo pero sin dureza—. Y sé que no entendiste completamente qué era lo que hacías. Lo que necesito es que me lo cuentes. No a mí como empleada del hotel. A mí como la persona que lleva cinco días intentando entender qué ocurrió aquí.

Faris miró el vaso de té durante un momento.

—¿Me voy a meter en problemas? —dijo.

—Eso depende de lo que cuentes —dijo Amira—. Pero lo que sí sé es que si no lo cuentas, los problemas que ya tienes no desaparecen. Solo esperan.

Era la verdad, y Faris lo sabía, porque a los dieciséis años uno ya sabe cuándo le están diciendo la verdad aunque no siempre sepa qué hacer con ella.

Empezó a hablar.

Lo que contó tomó veinte minutos y una segunda taza de té caliente que Amira le trajo sin interrupción porque el ritmo de la narración era frágil y la fragilidad de los relatos que cuestan trabajo hacerse merece ser respetada. Faris hablaba mirando la mesa, con la voz de quien está describiendo algo que ha tenido guardado durante demasiado tiempo en un espacio demasiado pequeño.

Tres semanas antes de la llegada de los huéspedes, una mujer lo había llamado aparte en el corredor del primer piso. No era del hotel: había llegado a mediodía como visitante de uno de los huéspedes habituales de la planta baja, o al menos eso era lo que Faris creyó en ese momento. Era una mujer mayor, bien vestida, con esa manera de hablar con el personal que tenían ciertas personas, no condescendiente sino directa, que producía la sensación de que la conversación era entre iguales aunque no lo fuera del todo.

Le había preguntado sobre el sistema de cierre de las suites del tercer piso. No de manera general sino con una especificidad que Faris recordaba porque había sido esa especificidad lo que en ese momento le había

resultado normal y que después, mirando atrás, resultaba lo menos normal de todo: quería saber si el pestillo adicional podía accionarse desde afuera con algún instrumento, con qué tipo de instrumento, con cuánta dificultad. Faris le había explicado porque era una pregunta técnica y las preguntas técnicas no le parecían peligrosas.

Le había pagado. No una cantidad exagerada. Lo suficiente para que Faris creyera que era una propina por la información, que era el tipo de propina que ciertos huéspedes daban por ciertas informaciones en ese hotel y que el personal aceptaba sin preguntarse demasiado por qué.

—¿Y la segunda vez? —dijo Amira.

Faris levantó la vista.

—¿Cómo sabe que hubo una segunda vez?

—Porque la primera vez solo te dio información —dijo Amira—. Y la información sola no es suficiente para lo que ocurrió en esa habitación.

Faris asintió despacio.

La segunda vez había sido la tarde anterior a la muerte de Sir Arthur. La misma mujer, en el corredor de servicio del primer piso, con un instrumento de metal delgado que le puso en la mano y con instrucciones específicas sobre cómo usarlo. Le dijo que necesitaba que verificara que el mecanismo del pestillo de la suite trescientos cuatro funcionaba correctamente desde afuera, porque había habido quejas de huéspedes sobre los pestillos y era una revisión de mantenimiento rutinaria.

Faris no había cuestionado eso. Era un botones de dieciséis años en su primer empleo, y las personas con autoridad le decían cosas que él hacía sin cuestionarlas porque esa era la descripción implícita del trabajo. Había subido al tercer piso por la escalera de servicio, había introducido el instrumento en el mecanismo del pestillo de la suite trescientos cuatro siguiendo las instrucciones, había verificado que funcionaba correctamente en ambas direcciones, y había bajado. Le había dado el instrumento de vuelta a la mujer, que le había pagado de nuevo y le había dicho que no mencionara la revisión porque era un asunto de mantenimiento interno que el director prefería gestionar sin alarmar a los huéspedes.

Faris lo había creído porque era lo suficientemente plausible y porque necesitaba creerlo.

—¿Tiraste el instrumento? —preguntó Amira.

—Sí —dijo Faris—. Esa noche. Tenía miedo. Cuando supe lo que había pasado en esa habitación, lo tiré en el cubo de basura del corredor de servicio.

—Lo encontramos —dijo Amira—. Ya no está en el cubo. Está con las autoridades.

Faris la miró con los ojos del que calcula lo que eso significa para él.

—¿Y yo? —dijo.

—Tú vas a contarle al coronel Al-Rashidi exactamente lo que me contaste a mí —dijo Amira—. Con el mismo detalle. Sin omitir nada. Y vas a describir a esa mujer con la mayor precisión que puedas.

—¿Y después?

—Después —dijo Amira— eso dependerá de lo que el coronel decida. Pero yo te diré algo: lo que hiciste no fue un crimen. Fue un error que alguien muy hábil diseñó específicamente para que tú lo cometieras sin entender lo que estabas haciendo. Eso tiene consecuencias pero no las mismas consecuencias que si lo hubieras hecho sabiendo.

Faris asintió con la seriedad del adolescente que está procesando una distinción moral que acaba de importarle más que ninguna otra en su vida.

—¿Me creerán? —dijo.

—Si dices la verdad, sí —dijo Amira—. Y la verdad tiene la ventaja de que no hay que recordar qué versión se contó.

Subieron juntos al primer piso. Amira llevó a Faris al corredor donde el coronel Al-Rashidi revisaba con uno de sus agentes los documentos que habían recopilado durante la mañana, y le explicó al coronel con dos frases lo que Faris tenía que decir. El coronel lo miró durante un momento, miró a Amira, y luego miró a Faris con la expresión de alguien que ha visto suficientes versiones de esa situación como para saber reconocerla.

—Ven conmigo —le dijo a Faris, en árabe coloquial—. Quiero escuchar lo que tienes que decir.

Faris siguió al coronel. En la puerta del salón donde se habían hecho todos los interrogatorios de ese día, se giró y miró a Amira.

—Gracias —dijo.

Amira asintió.

—Di la verdad —dijo.

Faris entró. La puerta se cerró.

Amira permaneció un momento en el corredor. El instrumento de metal que Faris había tirado en el cubo del corredor de servicio y que ella había encontrado la mañana del segundo día estaba ahora en manos de las autoridades, como parte del inventario de evidencias del baúl y de lo que habían recopilado a lo largo de los cinco días. Con el testimonio de Faris, el mecanismo del crimen quedaba completamente reconstruido: quién, cómo y cuándo.

Lo que quedaba por cerrar eran los cabos que ninguna investigación cierra completamente: el fragmento del Protocolo que Lady Cynthia había separado antes de intentar quemarlo. El destinatario final de ese fragmento. Los nombres que la Condesa había proporcionado y que seguirían su propio camino en los servicios de inteligencia europeos durante meses o años. El dinero que Dupont había perdido y que no iba a recuperar aunque el proceso legal fuera tan lejos como pudiera ir.

Kaelen se acercó por el corredor. Había estado en el salón de lectura del primer piso durante la última hora con el funcionario de la embajada británica, en una conversación que ninguno de los dos había descrito con detalle a nadie.

—¿El chico? —dijo.

—Está con el coronel —dijo Amira—. Contará lo que sabe.

—¿Y lo que sabe es suficiente?

—Es suficiente para cerrar el cómo —dijo Amira—. El resto ya lo tenemos.

Kaelen asintió. Miró el corredor con la expresión de alguien que está pensando en algo que no es inmediatamente el hotel ni la investigación.

—El funcionario de la embajada quiere que regrese a Londres —dijo—. Hay personas que quieren hablar conmigo sobre lo que ocurrió aquí.

—¿Va a ir?

—Tengo que ir —dijo Kaelen—. Hay cosas que no pueden ignorarse solo porque uno preferiría no tener que manejarlas.

—¿Y después?

Kaelen la miró.

—No lo sé todavía —dijo—. Pero lo que aprendí aquí no se queda en este hotel.

—No —dijo Amira—. Eso no funciona así.

Kaelen estuvo a punto de decir algo más. Luego no lo dijo. Extendió la mano, en el gesto formal de quien se despide de alguien con quien ha compartido algo que la formalidad no alcanza a describir del todo pero que es lo que hay disponible.

Amira le dio la mano.

—Cuídese —dijo Kaelen.

—Siempre —dijo Amira.

Y como la vez anterior, no era una garantía. Pero era lo que había.

Kaelen fue hacia las escaleras. Amira lo vio subir y luego volvió la vista hacia la puerta cerrada del salón donde Faris seguía contando su parte de la historia, con la voz del adolescente que ha aprendido en cinco días algo sobre el peso de las decisiones de los adultos que ningún aula podría haberle enseñado de la misma manera.

La tarde avanzaba. El hotel recuperaba su ritmo. Y en algún lugar entre lo que había ocurrido y lo que vendría, Bagdad seguía siendo Bagdad: antigua, compleja, completamente ella misma, indiferente a las tormentas que pasaban sobre ella y a los secretos que sus hoteles guardaban y entregaban y volvían a guardar con la regularidad de las mareas.

Lo que el testimonio de Faris añadió a lo que ya tenían era, en términos estrictamente probatorios, la pieza que completaba el mecanismo: con el

instrumento recuperado, la descripción de las dos conversaciones con Lady Cynthia y la confirmación de que el pestillo había sido manipulado desde afuera la tarde anterior al crimen, el coronel Al-Rashidi tenía una cadena de evidencias que hacía el caso prácticamente irrefutable. Así se lo comunicó a Amira esa misma tarde, con la brevedad de quien reconoce el trabajo bien hecho sin necesitar elaborar.

Lo que también añadió, aunque de manera menos directa, fue algo más difícil de cuantificar: la imagen de la mujer que había acercado a Faris en el corredor del primer piso tres semanas antes de la tormenta. Faris la describió con la precisión fotográfica que tienen ciertos adolescentes para los detalles visuales cuando una experiencia los ha marcado suficientemente: la ropa, el peinado, el color de los ojos, la manera de hablar. El coronel lo escuchó y tomó notas. Amira, que leía las notas del coronel por encima del hombro con la naturalidad de quien lleva toda la jornada haciendo exactamente eso, reconoció en la descripción de Faris algo que confirmaba lo que ya sabían pero que lo confirmaba de una manera que ningún otro testimonio habría podido dar: la persona que reclutó a Faris tres semanas antes de llegar al hotel había planificado el crimen con una antelación y una precisión que no eran compatibles con ninguna versión de los hechos que incluyera la improvisación.

Lady Cynthia había llegado al Al-Rashid sabiendo exactamente qué iba a hacer y cuándo.

Lo que no había calculado, pensó Amira mientras el coronel cerraba su cuaderno y se levantaba para ir a su siguiente reunión, era que el hotel tenía una traductora que llevaba cuatro años aprendiendo a leer lo que las personas no decían.

Ese había sido su error.

Y los errores de las personas muy hábiles, aprendió Amira en esos cinco días, son siempre errores de soberbia: no errores de cálculo sino errores de subestimación. Subestimar a quien tienen delante porque quien tienen delante no es lo que ellos consideran una amenaza.

Era una lección que Amira no tenía intención de olvidar.

Subió al despacho, tomó el cuaderno de la investigación y lo guardó en el bolso junto a las doce páginas del informe y junto al cuaderno personal donde había escrito sus observaciones de los cinco días. Tres cuadernos. Tres maneras distintas de registrar lo mismo. Cada uno útil para algo diferente.

Apagó la lámpara, cerró la puerta y fue a terminar lo que quedaba del turno.

El hotel sonaba distinto esa noche. No el zumbido del generador ni el rugido de la arena: simplemente el ruido habitual de un hotel que funciona, con sus pasos y sus puertas y sus conversaciones al nivel correcto. Era el sonido de la normalidad recuperada, que después de cinco días de otra cosa

resultaba al mismo tiempo familiar y ligeramente extraño, como cuando uno vuelve a casa después de un viaje largo y todo está exactamente donde lo dejó y sin embargo uno tarda unos minutos en reconocerlo del todo.

Amira lo reconoció. Tardó exactamente lo que tenía que tardar.

Y luego se puso a trabajar.

CAPÍTULO 13

El protocolo fantasma

Hotel Al-Rashid y Bagdad, quinto y sexto día

El médico forense confirmó los residuos en la funda de almohada a las seis de la tarde del quinto día: trazas de un alcaloide sintético que el análisis preliminar identificó como compatible con la descripción que Müller había dado en su testimonio. No era una confirmación definitiva, que requería laboratorio y tiempo, pero era suficiente para el coronel Al-Rashidi, que tenía ya más que suficiente para sostener la detención de Lady Cynthia y para iniciar el proceso que llevaría esa información a los tribunales correspondientes, cuáles fueran esos tribunales dada la naturaleza internacional del caso.

Fue el funcionario de la embajada británica quien planteó esa complejidad esa tarde, en una conversación con el coronel que Kaelen presenció y de la que le dio a Amira un resumen esa noche: la jurisdicción era disputada. El crimen había ocurrido en Irak, lo cual favorecía la jurisdicción iraquí. La víctima era ciudadano británico, lo cual favorecía la jurisdicción británica. La acusada tenía documentos de identidad en dos países distintos y posiblemente una tercera ciudadanía que nadie había verificado todavía. Y el material encontrado en el baúl afectaba a personas e instituciones en al menos cuatro países, varios de los cuales iban a tener opiniones sobre quién debía tener acceso a qué información y en qué condiciones.

—¿Y el Protocolo? —preguntó Amira.

—El Protocolo es el problema más grande —dijo Kaelen—. El funcionario de la embajada quiere que sea clasificado y devuelto a Londres. El coronel dice que el Protocolo fue encontrado en suelo iraquí y que el gobierno iraquí tiene derecho a conocer su contenido dado que lo afecta directamente. Y Lady Cynthia, en el poco que ha dicho desde la detención, ha dejado entender que tiene información adicional sobre el Protocolo que podría usar como moneda de cambio en las negociaciones sobre su propio caso.

—¿Y el fragmento que falta?

Kaelen la miró.

—Nadie sabe dónde está —dijo—. Lady Cynthia no ha dicho nada sobre él. El funcionario cree que podría haberlo entregado antes de que la tormenta

empezara, en una de las visitas previas al hotel. El coronel cree que lo tiene alguien en este edificio.

Amira pensó en eso durante un momento.

—¿Cuándo llegó Lady Cynthia al hotel? —preguntó.

—El mismo día que los demás —dijo Kaelen—. Yo llegué con Sir Arthur. Los otros llegaron a lo largo de esa tarde.

—¿Y antes de ese día?

Kaelen la miró.

—No tenemos registro de visitas previas al hotel en los días anteriores a la tormenta —dijo—. Pero eso no significa que no las haya habido.

—No —dijo Amira—. No lo significa.

Recordó algo que había anotado en el cuaderno el primer día y que no había conectado todavía con nada: la figura en el almacén de lencería la primera noche de la tormenta, cuando todo acababa de empezar y Lady Cynthia todavía no era sospechosa de nada. La figura que se movía con la linterna, con los movimientos silenciosos del entrenamiento. Que salió por donde había entrado sin dejar nada visible.

O sin dejar nada visible para alguien que no supiera exactamente qué buscar.

—Necesito revisar el almacén de lencería —dijo Amira.

—¿Ahora?

—Ahora.

Bajaron al sótano por la escalera de servicio. El almacén de lencería estaba en el ala sur del primer piso y conectaba, a través del corredor estrecho que Amira había trazado en su mente desde el primer día, con las escaleras secundarias del tercer piso. Era un espacio con estantes de metal hasta el techo, llenos de sábanas dobladas y toallas y fundas de almohada clasificadas por color y tamaño con la meticulosidad del responsable de lencería, un hombre llamado Hasan que llevaba doce años en el hotel y que era una de las personas más ordenadas que Amira había conocido.

Ese orden era su ventaja.

Si algo había sido añadido o movido en ese espacio en los últimos días, Hasan lo sabía. Y si lo sabía Hasan, Amira podía saberlo también.

Encontró a Hasan en el almacén, revisando el inventario con la linterna porque la bombilla del fondo seguía sin funcionar. Le explicó en dos frases lo que buscaba: algo que no debería estar ahí, algo que no correspondía al inventario habitual, algo pequeño que pudiera haberse depositado entre las telas dobladas sin que alguien que no conociera el espacio lo encontrara.

Hasan la miró con la seriedad de quien entiende que la pregunta es importante.

—Hace tres días —dijo— encontré algo en el estante de las fundas de almohada del tercer piso que no había puesto yo. Una funda de más. No era del hotel: la tela era diferente, más gruesa, con un tacto que no correspondía a nuestra provisión habitual.

—¿Qué hizo con ella?

—La puse aparte —dijo Hasan—. Para preguntarle al director de dónde venía. Con todo lo que ha pasado no he tenido ocasión.

—¿Todavía la tiene?

Hasan fue hacia el estante del fondo del almacén y sacó, de un espacio entre dos pilas de fundas de almohada del hotel, una funda de tela más oscura y más gruesa que las demás. La sostuvo frente a la linterna y Amira vio inmediatamente lo que contenía: una forma rectangular, plana, del tamaño aproximado de varios documentos doblados en dos.

Lo llevaron al despacho de Amira, con Kaelen que había permanecido en silencio durante toda la búsqueda con la atención del que observa y espera. Abrieron la funda con guantes que Amira tomó del kit de primeros auxilios del botiquín del despacho.

Lo que salió era exactamente lo que el tamaño y el peso sugerían: varios documentos doblados en dos, con el tipo de papel y los sellos de clasificación que correspondían a documentación de alto nivel de un servicio de inteligencia. Y en la última página, escrita a mano con la caligrafía que Amira había aprendido a reconocer como la de Sir Arthur: *Esta es la parte que no puede quemarse. Si usted la tiene, Arthur tenía razón. Cuídela bien.*

Kaelen leyó esa línea dos veces.

—Mi tío lo sabía —dijo, en voz baja.

—¿Qué sabía?

—Que si la trampa funcionaba, quien cayera en ella intentaría destruir el documento —dijo Kaelen—. Por eso lo dividió. La parte que dejó en la caja fuerte era el señuelo, la que alguien buscaría y robaría y luego intentaría quemar. Y esta parte, la que tenía información que de verdad no podía perderse, la depositó aquí. Donde solo alguien que conociera el hotel como él lo conocía podría encontrarla.

—O alguien que trabajara en él —dijo Amira.

Kaelen la miró.

—¿Sir Arthur sabía de usted?

Amira pensó en eso durante un momento.

—Sir Arthur observaba a las personas —dijo—. Lo hacía en el salón la noche de la cena. Lo hacía desde que llegó. Tal vez me observó también a mí.

—Y confió en que si algo salía mal, alguien en este hotel con suficiente atención lo encontraría —dijo Kaelen.

—O tal vez simplemente lo escondió donde podía esconderlo y esperó lo mejor —dijo Amira—. No todo tiene que ser planificación. A veces es instinto.

Kaelen asintió. Miró los documentos que tenían sobre el escritorio.

—¿Qué contiene esta parte? —dijo.

Amira los había leído por encima mientras Kaelen hablaba. Eran cuatro páginas. Las dos primeras eran la continuación del texto que habían visto en el baúl: los términos del acuerdo sobre las concesiones petroleras, con las cifras que faltaban en la versión anterior y que hacían que lo que el documento decía fuera considerablemente más específico y más comprometedor que sin ellas. Las otras dos eran algo diferente: una lista de nombres con cargos y fechas, personas en posiciones de gobierno en varios países que habían sido informadas del acuerdo y que habían dado su aprobación en privado mientras públicamente afirmaban no saber nada de él.

Era, en términos de lo que podía hacerse con esa información, la pieza más peligrosa de todas.

—Esto no puede quedarse aquí —dijo Kaelen.

—No —dijo Amira.

—¿Y a quién se entrega?

Era la pregunta que los dos sabían que iba a llegar y que ninguno de los dos tenía una respuesta completamente satisfactoria. Las opciones eran las de siempre en ese tipo de situación: las autoridades iraquíes, que tenían jurisdicción sobre el lugar donde se había encontrado pero que podían no tener los recursos o la protección para gestionar lo que implicaba. La embajada británica, que tenía interés directo en que ciertas partes de ese documento no circularan. O alguien más, cuya existencia e identidad ninguno de los dos podía garantizar.

—El coronel —dijo Amira finalmente—. Todo va al coronel. Con inventario y con testigos. Igual que el baúl.

—El coronel puede no saber qué hacer con esto —dijo Kaelen.

—Ese es su problema —dijo Amira—. El nuestro era encontrarlo. Lo encontramos.

Kaelen la miró durante un momento.

—¿Usted siempre toma las decisiones difíciles con esa facilidad?

—No —dijo Amira—. Las tomo con esa firmeza porque si no lo hago nadie más lo hace. La facilidad es otra cosa.

Llamaron al coronel al despacho. Hasan firmó como testigo del hallazgo. Amira redactó en el acto una nota de dos páginas describiendo las circunstancias del hallazgo, el estado de los documentos y la cadena de custodia desde el momento en que Hasan separó la funda hasta el momento presente. El coronel leyó todo con la atención de quien sabe que

lo que tiene entre las manos va a producir consecuencias que van muy lejos de este despacho y de este hotel y de esta ciudad.

Cuando terminó, miró a Amira con esa expresión que ya conocía de esa mañana, la del reconocimiento.

—¿Sabe lo que va a ocurrir con esto? —dijo.

—No con certeza —dijo Amira—. Pero sé lo que debería ocurrir.

—¿Y qué es eso?

—Que las personas que firmaron ese acuerdo a espaldas del gobierno de este país tengan que responder por ello —dijo Amira—. No sé si ocurrirá. Pero debería.

El coronel asintió.

—Debería —dijo—. Tiene razón.

Guardó los documentos en su maletín, agradeció a Amira y a Kaelen su colaboración con la formalidad del funcionario que sabe cuándo el agradecimiento es también un reconocimiento, y salió del despacho.

Kaelen y Amira se quedaron solos en el despacho pequeño. El cuaderno de Amira estaba sobre la mesa, abierto en la última página escrita. La lámpara proyectaba una luz amarilla sobre los dos.

—¿Cree usted que Sir Arthur lo planeó así? —dijo Kaelen—. El documento dividido, el almacén de lencería, todo eso.

—Creo que Sir Arthur era un hombre que tenía demasiados planes al mismo tiempo —dijo Amira—. Y que algunos de ellos se cruzaron de maneras que él no anticipó del todo. La parte que funcionó fue la que dejó en el almacén. La que no funcionó fue él mismo.

Kaelen miró el cuaderno abierto sobre la mesa.

—¿Puedo? —dijo.

Amira lo miró durante un momento. Luego cerró el cuaderno y lo guardó en el bolso.

—No —dijo—. Pero puedo decirle lo que dice. Lo que dice es que este hotel tiene más capas de las que cualquier huésped imagina. Y que las personas que viven en esas capas, las que trabajan en ellas y las conocen desde adentro, son las únicas que pueden ver lo que los que pasan por aquí no pueden ver.

—¿Es un argumento para quedarse? —dijo Kaelen.

—Es una descripción de lo que existe —dijo Amira—. Lo que usted haga con esa descripción es asunto suyo. Ya se lo dije antes.

Kaelen casi sonrió. Era la tercera vez.

Salió del despacho. Amira se quedó un momento sola, con la lámpara y el silencio del hotel que seguía normalizándose piso a piso y corredor a corredor, como un organismo que recupera su ritmo después de algo que lo ha interrumpido durante más tiempo del habitual.

Cerró el cuaderno. Lo guardó.

Apagó la lámpara.

Y fue a hacer lo que seguía.

Esa noche, la primera noche completa sin tormenta, el hotel tuvo la calidad específica de los espacios que han recuperado sus sonidos habituales después de que algo los había cubierto durante demasiado tiempo. Las voces en los corredores a la hora correcta. Los pasos del personal nocturno con el ritmo de siempre. El crujido del edificio antiguo que respiraba con el frío de octubre sin el ruido de la arena encima.

Amira pasó parte de la noche revisando lo que había ocurrido en los últimos seis días con la distancia que solo da el cansancio y el saber que algo ha terminado. No en el cuaderno: había cerrado el cuaderno y no tenía intención de abrirlo esa noche. En la memoria, que es el archivo que no necesita papel y que no se pierde aunque se pierdan los cuadernos.

Lo que Sir Arthur había intentado hacer con el Protocolo dividido era, en el fondo, lo mismo que Amira había intentado hacer con sus observaciones: registrar algo que otros querían que no quedara registrado. La diferencia era el método y el objetivo: Sir Arthur lo había hecho por razones que incluían su propia supervivencia y su propio poder, Amira lo había hecho porque era la única manera de entender lo que había ocurrido y de contribuir a que tuviera consecuencias correctas. Pero la lógica subyacente era la misma. El registro como resistencia. La observación como acto político.

Eso también era algo que no había anticipado cuando empezó el cuaderno.

Cuando el personal de la mañana empezó a llegar al hotel con la rutina de los días normales, Amira estaba ya en el vestíbulo, con el uniforme del turno matutino y el bolso con los tres cuadernos colgado del hombro. Saludó a los que llegaban con la naturalidad de siempre. Fue al mostrador de recepción a revisar el estado de las reservas para los días siguientes.

El Al-Rashid volvía a ser el Al-Rashid.

Y ella volvía a ser la traductora del Al-Rashid. Solo que con seis días más de algo que no tenía nombre todavía pero que pesaba, en el sentido positivo de las cosas que pesan porque son reales, en el bolso junto a los cuadernos.

Afuera, en la calle Al-Rashid, Bagdad empezaba su día con el ruido y el movimiento habitual de la ciudad que no espera a que nadie esté listo para seguir. Los vendedores de los puestos que habían recogido sus mercancías antes de la tormenta las volvían a extender. Los coches circulaban sobre el asfalto todavía cubierto de arena. El Tigris brillaba a lo lejos con esa luz de octubre que hacía que todo pareciera más definido de lo habitual, más nítido, como si la tormenta hubiera lavado el aire de algo que llevaba demasiado tiempo acumulándose.

Era una ilusión, naturalmente. El aire de Bagdad en 1954 tenía capas que ninguna tormenta de arena podía lavar. Pero la ilusión duraba lo suficiente

para que, en las primeras horas de la mañana, la ciudad pareciera por un momento exactamente lo que podría ser si las cosas fueran de otra manera.

Amira lo vio desde la ventana del vestíbulo durante un momento antes de volver al mostrador y al trabajo del día.

Ese momento era suficiente.

CAPÍTULO 14

El rostro del Camaleón

Hotel Al-Rashid y Bagdad, sexto día

La confirmación definitiva de la identidad de Lady Cynthia llegó de tres direcciones simultáneas el sexto día, con esa convergencia que tienen las revelaciones que han sido construidas pacientemente y que de pronto alcanzan una masa crítica suficiente para hacer innecesaria cualquier duda residual.

La primera llegó del médico forense: los residuos en la funda de almohada eran compatibles con la sustancia que Müller había descrito, un alcaloide sintético de origen europeo cuya producción en cantidades utilizables requería acceso a laboratorios que no eran de uso civil. El informe preliminar lo describía con la precisión del lenguaje forense, pero lo que decía en términos prácticos era esto: la sustancia que mató a Sir Arthur no era algo que se comprara en ningún mercado ni se fabricara en ningún hogar. Era el producto de una cadena de producción y distribución que funcionaba completamente fuera de los canales legales, y quien la tenía había tenido acceso a esa cadena durante suficiente tiempo como para usarla con confianza.

La segunda llegó de Londres, a través del funcionario de la embajada que había estado al teléfono desde que llegó al hotel: una verificación de identidad que confirmaba que el nombre Cynthia Ashworth correspondía a una persona real, viuda de Lord Ashworth fallecido en 1946, con un historial documentado en los círculos sociales y diplomáticos británicos que se remontaba a los años cuarenta. Pero la verificación también confirmaba algo más: había lagunas en ese historial, períodos de varios meses en que Lady Cynthia no aparecía en ningún registro social ni diplomático, que correspondían con exactitud a los períodos en que Müller había visto a Elsa Brenner en Berlín y en Viena bajo identidades diferentes.

Las lagunas no eran prueba en sí mismas. Pero combinadas con todo lo demás eran la prueba de que el historial de Lady Cynthia había sido construido, no vivido.

La tercera llegó del baúl: entre los documentos que Amira y Kaelen habían inventariado la tarde anterior, había una serie de fotografías que en el momento del inventario no habían podido identificar con certeza y que esa mañana, con más luz y con el informe del médico forense como contexto,

resultaron ser algo significativo. Eran fotografías de personas, tomadas en distintos contextos y años, con anotaciones al dorso en una letra que no era la de Lady Cynthia pero que pertenecía a alguien que la conocía bien: nombres, fechas, cantidades. El álbum de trabajo de alguien que llevaba décadas gestionando relaciones que el mundo oficial no sabía que existían.

El coronel Al-Rashidi examinó las tres confirmaciones con la calma del hombre que tenía ya más que suficiente y que ahora estaba calculando cómo presentarlo a sus superiores de una manera que produjera el resultado correcto sin producir al mismo tiempo las crisis diplomáticas que el resultado correcto inevitablemente iba a desencadenar.

—¿Ha podido hablar con ella esta mañana? —preguntó Amira al coronel cuando este terminó de revisar el informe del médico forense.

—Brevemente —dijo el coronel—. Quiso saber si habíamos encontrado el fragmento del Protocolo que faltaba.

—¿Y qué le respondió?

—Que teníamos todo lo que necesitábamos —dijo el coronel—. Lo cual es verdad, aunque no exactamente en el sentido que ella preguntaba.

—¿Cómo reaccionó?

—Con esa compostura suya —dijo el coronel—. Es una mujer extraordinaria en el sentido más preciso de la palabra. Extraordinariamente hábil. Extraordinariamente peligrosa. Y completamente convencida de que lo que hizo tenía una justificación que usted y yo no somos capaces de ver desde nuestra posición.

—¿Y la tiene? —dijo Amira.

El coronel la miró.

—Eso —dijo— es una pregunta para filósofos. Yo soy un policía.

Amira asintió.

Kaelen, mientras el coronel hacía sus rondas de esa mañana, pasó dos horas en el salón de lectura del primer piso con el funcionario de la embajada en la conversación más larga y más difícil de todas las que había tenido en esos seis días. No con Amira presente: era una conversación entre dos personas del mismo mundo, con el mismo idioma y los mismos códigos, y Kaelen la había pedido en privado porque había cosas que necesitaba decir que requerían ese tipo de privacidad.

Lo que le dijo al funcionario, según el resumen que le dio a Amira después, fue esto: que lo que había encontrado en los documentos de Sir Arthur y en el baúl de Lady Cynthia revelaba un nivel de operaciones no oficiales dentro del servicio británico que no podía ignorarse. Que algunas de esas operaciones habían beneficiado a personas en posiciones que hacían que ignorarlas fuera imposible sin complicidad. Y que él, Kaelen, no estaba dispuesto a ser parte de ninguna versión de los hechos que convirtiera lo ocurrido en algo más manejable de lo que era.

El funcionario escuchó todo eso con la cara del hombre que esperaba escuchar algo así y que ha venido preparado para la conversación que viene después.

—¿Qué quieres que pase? —le preguntó al funcionario.

—Quiero que lo que está en esos documentos llegue a quien tiene que llegar —dijo Kaelen—. Sin filtrarse, sin seleccionarse, sin que nadie decida de antemano qué parte del problema es conveniente y qué parte no lo es.

—Eso va a causar problemas —dijo el funcionario.

—Sí —dijo Kaelen—. Pero los problemas que cause son problemas que ya existen. Causarlos no es lo mismo que crearlos.

El funcionario no respondió a eso de manera directa. Pero algo en la conversación que siguió indicó a Kaelen que había al menos una posibilidad de que lo que pedía ocurriera, aunque no en la forma exacta en que lo pedía y aunque con consecuencias que ninguno de los dos podía predecir completamente.

Era suficiente. No era todo lo que Kaelen habría querido. Pero era suficiente para que no se sintiera completamente en deuda con lo que había encontrado esa semana.

Müller se marchó del hotel a mediodía, en un coche que el coronel había dispuesto para llevarlo a la embajada austriaca, donde había solicitado refugio temporal mientras el proceso legal en torno a su testimonio tomaba forma. Se despidió de Amira en el vestíbulo con la brevedad de quien no tiene mucho que decir porque lo importante ya ha sido dicho y con una dignidad que Amira encontró conmovedora en el sentido específico de las cosas que conmueven porque son reales.

—¿Se arrepiente? —le preguntó Amira, sin saber exactamente por qué lo preguntaba pero sintiéndolo como la pregunta correcta.

—De Berlín, sí —dijo Müller—. De esta semana, no.

—Eso es suficiente —dijo Amira.

—Sí —dijo Müller—. Creo que sí.

Salió. El coche se marchó.

La Condesa Volkova se marchó dos horas después en un coche diferente, hacia un destino que el coronel no especificó y que Amira no preguntó. Antes de salir, se detuvo junto a Amira en el vestíbulo con esa postura erguida de siempre y le miró durante un momento con esos ojos oscuros que veían perfectamente lo que querían ver.

—Cuídese —dijo la Condesa, en árabe, con el acento ruso inconfundible.

—Usted también —dijo Amira.

—Yo siempre me cuido —dijo la Condesa—. Es una de mis habilidades más confiables.

Y salió con la elegancia de alguien que ha decidido que si tiene que salir de un lugar bajo cualquier tipo de presión, lo va a hacer exactamente como sale de cualquier otro lugar: con la cabeza alta y el paso correcto.

Amira la vio marcharse con algo que no era exactamente admiración pero que tampoco era su contrario.

Dupont fue el último en recibir instrucciones del coronel: libertad provisional bajo condiciones que el proceso legal iría definiendo, con la obligación de no abandonar Bagdad hasta que se determinara el alcance de su participación. Dupont recibió esas condiciones con el alivio miserable de quien ha obtenido lo mejor que podía obtener en una situación que él mismo contribuyó a crear. Se marchó al hotel más barato del barrio sin mirar atrás, con el maletín de cuero que había llevado con él desde el principio y que ahora, sin los documentos que había entregado al coronel, pesaba menos de lo que pesaba cuando llegó.

El jeque Tariq Al-Mansoor salió sin que nadie lo viera marcharse. Una mañana simplemente no estaba en el hotel, y cuando el director preguntó, uno de sus hombres dijo que el jeque había tenido que atender asuntos urgentes en la ciudad y que agradecía la hospitalidad del Al-Rashid. No había nada que impidiera su marcha: el coronel había dejado claro que Tariq no era sospechoso de ningún delito y que su testimonio había sido útil y voluntario.

Amira lo habría querido ver marcharse. Pero algunas personas tienen la habilidad de aparecer y desaparecer sin hacer ruido, y esa habilidad, pensó, era probablemente una de las razones por las que Tariq Al-Mansoor seguía vivo y activo en un mundo que hubiera preferido que no lo fuera.

Kaelen se marchó a las cuatro de la tarde, con una maleta pequeña y el maletín de Sir Arthur, que el coronel le había devuelto después de fotografiar y registrar todo su contenido. En el vestíbulo, antes de salir, se detuvo junto a Amira.

—Una cosa que no le pregunté —dijo.

—Diga.

—La noche que pasó en el corredor. Vigilando a Müller. ¿Tuvo miedo?

Amira lo pensó durante un momento real, no como pausa táctica.

—Sí —dijo—. Lo que no tuve fue la opción de dejar que el miedo decidiera lo que hacía.

Kaelen asintió.

—Eso es entrenamiento —dijo.

—No —dijo Amira—. Es experiencia. Son cosas distintas.

Kaelen la miró durante un momento con esa atención final que contenía todo lo que la semana había producido entre los dos y que ninguno de los dos habría sabido resumir con palabras sin perder algo esencial en el proceso.

—Si alguna vez necesita algo —dijo Kaelen.

—Lo mismo —dijo Amira.

Kaelen salió. El coche de la embajada lo esperaba en la calle. Amira lo vio alejarse a través del cristal del vestíbulo hasta que el coche giró en la esquina y desapareció en el tráfico de la tarde de Bagdad, que volvía a ser el tráfico normal de una ciudad que seguía su ritmo sin esperar a que nadie terminara de procesar lo que le había ocurrido.

Así era Bagdad. Así había sido siempre.

Amira se dio la vuelta y volvió al mostrador.

Había trabajo que hacer.

Lo que Amira tenía al final de ese sexto día era esto: un hotel que volvía a funcionar, un caso que las autoridades habían recogido con suficiente evidencia para que prosperara en cualquier tribunal que tuviera jurisdicción, y una serie de consecuencias que se propagarían durante meses en círculos que ella no vería y sobre los que no tendría influencia.

También tenía tres cuadernos en el bolso y algo más difícil de cuantificar: la confirmación de que lo que había aprendido en cuatro años de trabajo en ese hotel tenía un valor que nadie le había asignado porque nadie había pensado en asignárselo, y que ese valor era real independientemente de si alguien lo reconocía o no.

Esa confirmación era útil. No en el sentido de que cambiara su situación inmediata, que seguía siendo la de una traductora en un hotel de Bagdad con un sueldo que pagaba el alquiler y poco más. Sino en el sentido de que cambiaba la manera en que Amira miraba esa situación: no como el espacio donde estaba mientras esperaba algo diferente, sino como el espacio que había resultado ser exactamente lo que necesitaba ser para que ella pudiera ser exactamente lo que resultó que era.

Eso también era una lección. Una de las menos esperadas de la semana.

La noche del sexto día, cuando el turno terminó y Amira cruzó el patio hacia el edificio anexo donde vivía durante las guardias largas, el cielo de Bagdad estaba completamente limpio por primera vez en una semana. Las estrellas sobre el desierto tienen una densidad que las ciudades con luz eléctrica no pueden ver, pero esa noche, con el polvo de la tormenta todavía asentándose en los últimos estratos de la atmósfera, había algo en el cielo que Amira no había visto exactamente así antes: una claridad que no era solo la ausencia de nubes sino el resultado de que algo había pasado y había dejado el aire más limpio de lo que estaba antes.

Era una ilusión, claro. El aire no era más limpio. Las cosas que estaban en él antes de la tormenta seguían estando. Pero la ilusión era suficientemente hermosa para merecer unos minutos de atención antes de entrar y cerrar la puerta y dormir.

Amira se quedó en el patio durante esos minutos.

Luego entró, cerró la puerta y durmió con la profundidad específica del cansancio que no tiene nada pendiente que lo interrumpa.

En el hotel, el turno nocturno hacía su ronda con la regularidad de siempre. En algún lugar de la ciudad, en una de las embajadas o en uno de los despachos gubernamentales donde las decisiones importantes se toman sin que nadie fuera de esas paredes lo sepa, alguien estaba leyendo el Protocolo de Bagdad por primera vez y comprendiendo lo que significaba para el país que lo rodeaba.

Lo que haría con esa comprensión era otra historia.

Una que Bagdad todavía no había terminado de escribir.

CAPÍTULO 15

La tormenta termina

Hotel Al-Rashid y Bagdad, séptimo día

La tormenta terminó completamente a las tres de la madrugada del séptimo día, con esa gradualidad que tienen las tormentas grandes en sus últimas horas: el viento que iba cediendo por tramos, cada tramo más largo que el anterior, hasta que hubo un momento en que el silencio fue más largo que el ruido y luego otro en que el ruido dejó de volver. El personal del turno nocturno lo notó antes de que ningún instrumento lo confirmara porque las personas que trabajan en un edificio durante años aprenden a escuchar lo que el edificio escucha, y el Al-Rashid esa noche sonó distinto en sus marcos y en sus ventanas, con esa respiración diferente que tienen las estructuras cuando la presión exterior desaparece.

Amira lo escuchó desde el edificio anexo sin despertarse del todo, en ese estado semilúcido donde la mente registra lo que el cuerpo todavía no está listo para procesar. Lo registró y volvió a dormirse.

Por la mañana, el Al-Rashid amaneció con el primer sol de octubre que sus ventanas dejaban entrar sin la barrera de la arena desde hacía siete días. Era un sol diferente al de antes de la tormenta: más bajo en el horizonte, con el ángulo específico del otoño que alarga las sombras y hace que los edificios de piedra tengan una textura que la luz de verano borra. Bagdad bajo ese sol parecía más vieja y más honesta que de costumbre, como si la tormenta le hubiera quitado una capa de algo que no era suciedad sino más bien la pátina de la rutina, y lo que quedaba debajo era la ciudad real, la que estaba ahí antes de que llegaran los hoteles y las embajadas y las compañías petroleras con sus contratos y sus protocolos.

El coronel Al-Rashidi llegó al hotel a las nueve para las últimas gestiones de cierre del caso en el Al-Rashid: recuperar los sellos de la suite trescientos cuatro, recibir los últimos testimonios que habían quedado pendientes del personal de servicio, y firmar con el director los documentos que certificaban que el hotel quedaba libre de cualquier restricción adicional. Era un proceso burocrático que el coronel condujo con la eficiencia de quien

ha hecho esto muchas veces y que sabe que la burocracia, aunque sea lenta, es la única manera de que las cosas terminen de una manera que pueda sostenerse.

Amira estuvo presente en esas gestiones finales en su capacidad oficial de traductora, que era lo que había sido cuando todo esto empezó y lo que seguía siendo ahora que terminaba. Pero había algo diferente en cómo el coronel la trataba esa mañana respecto a cómo la había tratado cuando llegó el día anterior: con la consideración específica de quien ha formado una opinión sobre alguien y no tiene intención de ocultarla.

—Señorita Al-Sayed —le dijo el coronel cuando las últimas gestiones estaban terminadas y el director se había retirado a su despacho a procesar lo que había vivido—, necesito preguntarle algo.

—Diga.

—¿Ha pensado en lo que va a hacer después de esto?

Amira lo miró.

—Seguir trabajando aquí —dijo—. Por ahora.

—¿Y después del por ahora?

Era exactamente la pregunta que Kaelen le había hecho el día anterior. Amira consideró si la respuesta que le había dado a Kaelen era también la correcta para el coronel, y decidió que no exactamente, porque el coronel la hacía desde una posición diferente y con una implicación que Kaelen no había tenido.

—¿Qué está insinuando, coronel? —dijo.

El coronel la miró con algo que podría haber sido una sonrisa si hubiera tenido un poco más de espacio para serlo.

—Que las personas que saben hacer lo que usted hizo esta semana son escasas —dijo—. Y que en este país, en los años que vienen, van a ser necesarias.

—¿En qué sentido necesarias?

—En el sentido de que lo que está en ese Protocolo —dijo el coronel— va a salir a la luz tarde o temprano. Y cuando salga, Irak va a necesitar personas que entiendan cómo funciona el mundo desde adentro, no solo desde los libros o desde los discursos.

—Hay mucha gente que entiende eso —dijo Amira.

—Sí —dijo el coronel—. Pero no tanta que además sepa cómo usarlo sin perder de vista lo que importa.

Amira permaneció en silencio durante un momento.

—¿Me está ofreciendo algo? —dijo.

—Le estoy describiendo una posibilidad —dijo el coronel—. Lo que usted haga con esa descripción es asunto suyo.

Era la misma frase que Amira le había dicho a Kaelen. Lo notó y casi sonrió.

—Lo pensaré —dijo.

—Es todo lo que pido —dijo el coronel.

Se marchó con su equipo a las once y media, en los mismos dos coches con los que había llegado, ahora con el baúl de Lady Cynthia en el maletero del primero y los documentos catalogados en el del segundo. Amira los vio salir desde el vestíbulo con esa sensación específica del momento en que algo que ha estado en movimiento durante días se detiene y lo que queda es el espacio que ocupaba.

El Al-Rashid quedó en silencio durante un momento que fue exactamente tan largo como necesitaba ser. Luego el director salió de su despacho, el personal de cocina empezó a preparar el almuerzo, los empleados del turno de mañana retomaron sus rutinas y el hotel volvió a ser el hotel.

Amira fue a su despacho. Se sentó. Puso los tres cuadernos sobre la mesa y los miró durante un momento.

Luego abrió el primero, el de la investigación, en la última página escrita. La última entrada era la del cuarto día, cuando había anotado la posibilidad de que Müller estuviera en peligro y la decisión de pasar la noche en el corredor. Debajo añadió una línea: *Séptimo día. La tormenta terminó. El caso, también.*

Cerró el cuaderno.

Abrió el segundo, el personal, en la primera página en blanco después de las doce que había escrito durante la noche de los días anteriores. Pensó durante un momento en qué escribir. Luego escribió: *Lo que aprendí esta semana no cabe en este cuaderno. Pero empezar a escribirlo aquí es suficiente para empezar.*

Cerró también ese cuaderno.

El tercero, el de las observaciones del hotel, lo dejó cerrado. Ya sabía lo que decía.

Fue a la ventana del despacho, que era pequeña y daba al patio interior, y miró el patio. La arena que la tormenta había depositado en las macetas y en los bordes de los pasillos estaba siendo barrida por uno de los empleados de mantenimiento con la concentración específica del trabajo repetitivo que uno hace bien precisamente porque no requiere concentración especial. Era un trabajo útil y silencioso y completamente ajeno a todo lo que había ocurrido en ese edificio en los últimos siete días.

Amira lo miró durante un momento con algo que no era envidia sino reconocimiento: había tipos de trabajo que eran más simples que otros, y esa simplicidad tenía su propio valor que no era inferior al valor de los trabajos más complejos. Era solo diferente.

Luego volvió al mostrador, porque había huéspedes que atender y reservas que confirmar y el trabajo del hotel que seguía siendo el trabajo del hotel, con toda la continuidad indiferente de las instituciones que sobreviven a los eventos que ocurren dentro de ellas.

Esa tarde, cuando el turno terminó, Amira salió a la calle Al-Rashid por primera vez en siete días.

La ciudad la recibió con su ruido y su movimiento habitual, con los vendedores de los puestos y los coches y el olor específico de Bagdad en octubre que era polvo y río y especias y humo de cocina en proporciones que Amira conocía desde la infancia y que no habían cambiado porque la ciudad no cambia en sus proporciones fundamentales aunque cambie en todo lo demás.

Caminó hasta el Tigris. No había ninguna razón específica para hacerlo excepto que necesitaba ver agua en lugar de arena, que necesitaba el horizonte abierto del río en lugar de los corredores del hotel, y que había algo en la decisión de caminar sin destino urgente que le parecía el cierre correcto para una semana que había tenido demasiados destinos urgentes.

El Tigris brillaba con esa luz de última hora de la tarde que convertía la superficie del agua en algo entre espejo y película, reflejo incompleto del cielo pero más hermoso que el cielo por ser incompleto. Amira se quedó en la orilla durante un rato, sin pensar en nada concreto, que era exactamente lo que necesitaba después de siete días de pensar en demasiadas cosas concretas.

Luego volvió al hotel.

Había trabajo que hacer mañana. Y al día siguiente. Y en todos los días que venían después, que serían días normales con sus huéspedes y sus reservas y sus traducciones y sus observaciones, hasta que dejaran de serlo.

Porque las cosas dejan de ser normales con o sin aviso, y lo único que se puede hacer al respecto es estar lo suficientemente atenta para notarlo cuando ocurra.

Eso también lo había aprendido esta semana.

Y eso, pensó Amira mientras subía los escalones del Al-Rashid y empujaba la puerta de entrada que crujía siempre en el mismo punto porque llevaba años crujiendo en el mismo punto y nadie la había arreglado porque en algunos hoteles hay cosas que se dejan como están precisamente porque así es como siempre han sido, era suficiente para seguir.

Esa noche, en el turno de cierre, pasó algo pequeño que en otras circunstancias no habría registrado y que esa noche registró porque la semana anterior había cambiado la manera en que miraba las cosas pequeñas.

Un hombre llegó al mostrador de recepción a las nueve de la noche pidiendo una habitación para esa noche. Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto discreto, con un maletín de cuero pequeño que llevaba él mismo sin entregárselo al mozo. Habló en inglés con el acento del que lleva años usando ese idioma pero que no es el primero. Pagó en efectivo. Pidió la habitación más tranquila disponible.

Era exactamente el tipo de huésped que no llamaba la atención precisamente porque había sido diseñado para no llamarla.

Amira le asignó la habitación doscientos dos, que era la más tranquila del segundo piso y que daba al patio interior en lugar de a la calle. Le dio la llave con la fórmula habitual. El hombre la tomó con un gesto de agradecimiento breve y fue hacia las escaleras.

En el último escalón antes del rellano se detuvo un momento, como si hubiera recordado algo, y se giró.

—Perdone —dijo—. ¿Cuánto tiempo lleva la tormenta?

—Terminó esta madrugada —dijo Amira—. Siete días.

—Una larga —dijo el hombre.

—Las de octubre suelen serlo —dijo Amira.

El hombre asintió y subió las escaleras.

Amira lo siguió con la mirada hasta que desapareció en el rellano del segundo piso. Luego miró el registro de entrada donde él había firmado con un nombre que era perfectamente corriente y perfectamente imposible de verificar a esa hora de la noche.

Sacó el cuaderno del bolso.

No el de la investigación. El personal.

Lo abrió en la página donde había escrito esa tarde: *Lo que aprendí esta semana no cabe en este cuaderno. Pero empezar a escribirlo aquí es suficiente para empezar.*

Debajo añadió: *Nuevo huésped. Maletín que no entrega. Acento que no corresponde al idioma que usa. Habitación tranquila, pago en efectivo.*

Hizo una pausa. Luego añadió la última línea:

La tormenta terminó. El hotel sigue.

Cerró el cuaderno y lo guardó en el bolso.

Siguió con el turno.

Lo que el capítulo final de esa semana dejaba sin resolver, Amira lo sabía, era también lo más importante: el destino del Protocolo de Bagdad en manos de las autoridades iraquíes, que dependía de decisiones que se tomarían en despachos donde ella no estaba y sobre las que no tenía influencia. Las personas en esa lista de nombres, altos funcionarios de varios gobiernos que habían aprobado el acuerdo secreto, que eventualmente tendrían que dar explicaciones o no las darían dependiendo de quién tuviera el poder de exigirselas en ese momento. Lady Cynthia, en algún lugar del sistema legal que tardaba meses o años en procesar casos de esa complejidad, con abogados suficientemente buenos como para hacer el proceso aún más largo. Y el fragmento del Protocolo que había estado en el baúl junto al resto: completo, contabilizado, en manos del coronel.

Eso era lo que estaba resuelto.

Lo que no lo estaba era el mundo que rodeaba esa resolución, que era el mundo real, con su inercia y sus intereses y su tendencia a producir resultados que no correspondían a los que uno habría elegido si hubiera podido elegir.

Amira lo sabía. Y lo aceptaba con la claridad de quien ha aprendido a distinguir entre lo que puede hacerse y lo que no, y a concentrar la energía en lo primero sin gastarla en lamentarse por lo segundo.

Era una habilidad más útil que cualquier idioma que hubiera aprendido.

El turno terminó a la medianoche. Amira cruzó el patio hacia el edificio anexo bajo el cielo limpio de Bagdad, que esa noche tenía esas estrellas densas del desierto que la ciudad de noche raramente mostraba con esa claridad.

Las miró durante un momento.

Luego entró, cerró la puerta y se fue a dormir.

Mañana el hotel seguiría siendo el hotel. Y ella seguiría siendo la traductora del Al-Rashid, con tres cuadernos en el bolso y una semana de experiencia que nadie le había asignado pero que era completamente suya.

Eso era suficiente para empezar lo que venía.

EPÍLOGO

La arena permanece

Bagdad, una semana después

La ciudad se sacudió la tormenta con la lentitud de las ciudades antiguas que han aprendido que los eventos, por grandes que sean, son siempre más breves que lo que los rodea. Los barrenderos trabajaron durante días empujando la arena de las calles hacia los márgenes, y los márgenes la empujaron hacia los jardines, y los jardines la absorbieron con esa paciencia específica de la tierra que acepta lo que le cae encima y lo convierte en algo propio. En dos semanas, el polvo rojizo que la *umm al-ramaal* había dejado sobre Bagdad era ya parte del paisaje, indistinguible de la arena que siempre había estado ahí.

El Hotel Al-Rashid volvió a su ritmo habitual con la velocidad que tienen las instituciones que saben que su utilidad depende precisamente de esa capacidad: la de continuar funcionando como si lo extraordinario fuera solo un paréntesis entre dos tramos de lo ordinario. Los huéspedes que llegaron en los días posteriores a la tormenta no encontraron ninguna señal visible de lo que había ocurrido, excepto quizás en la manera levemente más atenta con que la traductora del hotel los recibía y los observaba desde el primer momento, aunque eso tampoco era algo que los huéspedes de un hotel estuvieran entrenados para notar.

Amira seguía ahí. Seguía siendo la traductora del Al-Rashid. Seguía llevando el cuaderno en el bolso del uniforme, aunque ahora eran cuatro cuadernos porque había empezado uno nuevo.

Lo que había cambiado era algo que no tenía forma visible pero que era real: la manera en que Amira habitaba ese espacio, que era la misma manera de siempre en la superficie y algo diferente debajo. No más segura ni más capaz en los términos en que esas cosas se miden habitualmente. Más consciente, tal vez, de la distancia entre lo que las cosas parecen y lo que son, y de que esa distancia es el único territorio donde las personas que quieren entender el mundo de verdad pueden trabajar.

Eso también era una herencia de la semana de la tormenta.

Las noticias sobre el caso llegaron en fragmentos durante los días que siguieron, a través de los canales que Amira había aprendido a leer: los periódicos que decían algo y omitían más, las conversaciones del personal del hotel con sus fuentes en la ciudad, los comentarios del coronel Al-Rashidi que llamó dos veces en esa semana con preguntas menores que eran también una manera de mantener abierta una conversación que ninguno de los dos había terminado del todo.

Lo que los periódicos decían era esto: que una ciudadana británica había sido detenida en conexión con la muerte de un director de la Compañía Petrolera Anglo-Iraquí, que el caso tenía implicaciones internacionales que las autoridades estaban investigando, y que se esperaba que los procesos legales llevaran meses. Lo que los periódicos no decían era la mayoría de lo que importaba: el Protocolo de Bagdad, los nombres en la lista de aprobadores, la red de décadas que Lady Cynthia había construido y que ahora estaba siendo deshecha hilo a hilo por personas cuya identidad tampoco aparecería nunca en ningún periódico.

Raymond Dupont siguió en Bagdad, bajo las condiciones que el coronel había establecido. Amira lo vio en el bazar de Al-Rashid una tarde, comprando algo que no supo identificar desde la distancia. Tenía el aspecto de alguien que está aprendiendo a vivir en un lugar que no había elegido con la resignación específica de quien no tiene alternativa inmediata. No se vieron. Amira no fue a saludarlo. No había nada que decir que no se hubiera dicho ya.

Müller envió una nota desde la embajada austriaca, breve, con la letra de alguien que ha decidido economizar las palabras porque las tiene contadas. Decía que el proceso legal alrededor de su testimonio avanzaba más lentamente de lo que le habían dicho que avanzaría, que la embajada era un lugar confortable pero que empezaba a parecerse a otro tipo de encierro, y que agradecía a Amira lo que había dicho en el vestíbulo el día que se marchó. Amira le respondió con otra nota igualmente breve: que el proceso legal siempre avanzaba más lentamente, que eso no cambiaba lo que había hecho, y que las cosas que se hacen bien tienen el hábito de seguir siendo correctas aunque el mundo tarde en reconocerlo.

No sabía si eso era verdad. Pero le parecía lo suficientemente verdad como para escribirlo.

De la Condesa Volkova no llegó ninguna noticia, lo cual era exactamente lo que se esperaba de alguien que había pasado décadas siendo difícil de rastrear. Amira supuso que estaba donde necesitaba estar y que si alguna vez volvía a Bagdad, aparecería en el vestíbulo del Al-Rashid con el mismo abrigo de cuello de visón y la misma caligrafía perfecta en el registro de entrada.

El jeque Tariq Al-Mansoor apareció en los periódicos dos semanas después en un contexto completamente diferente al del hotel: en una fotografía tomada en una reunión política en el centro de Bagdad, hablando con personas cuyos nombres Amira reconoció como figuras de peso en el movimiento que se estaba formando alrededor de las demandas de mayor control iraquí sobre las concesiones petroleras. Tariq no miraba a la cámara. Estaba mirando a quien le hablaba con esa atención concentrada que Amira reconocía y que en una fotografía de periódico producía el efecto de alguien completamente presente en lo que estaba haciendo.

El mundo que él describía, el de Irak decidiendo su propio destino, seguía siendo un mundo por construir. Pero algo en esa fotografía decía que las personas que iban a construirlo estaban empezando a encontrarse.

Kaelen escribió desde Londres dos semanas después, en una carta que llegó al hotel con el membrete de una dirección que Amira no reconoció. Era una carta breve, escrita con la economía de alguien que ha aprendido a decir lo necesario sin decir lo que no debe decirse por carta, y que decía esencialmente esto: que las conversaciones que había tenido a su regreso a Londres habían sido difíciles pero no sin resultado, que había personas dentro del sistema que estaban dispuestas a que lo que se había encontrado en Bagdad tuviera consecuencias reales aunque lentas, y que no sabía todavía con precisión qué iba a hacer pero que sabía con certeza que no iba a ser lo mismo que había hecho antes de la semana de la tormenta.

Al final, después de la firma, había una línea adicional escrita en un árabe que era correcto pero evidentemente aprendido de adulto: *La tormenta enseña lo que el buen tiempo esconde.*

Amira la leyó dos veces. Era un proverbio beduino que su padre le había enseñado cuando era niña, en una de esas mañanas en que él caminaba con ella por el barrio viejo y le explicaba el mundo con la paciencia específica de los maestros de escuela que saben que las lecciones más importantes no están en los libros de texto.

Guardó la carta en el cuaderno nuevo, entre las páginas, donde las cartas que merecen guardarse deben guardarse.

El hotel seguía siendo el hotel. La ciudad seguía siendo la ciudad. Y en algún lugar entre los archivos de varios ministerios y despachos gubernamentales y embajadas, el Protocolo de Bagdad esperaba con la

paciencia de los documentos que saben que su momento todavía no ha llegado pero que llegará, porque cierto tipo de verdades tienen esa cualidad: no desaparecen aunque uno las entierre, simplemente esperan.

Una mañana de finales de octubre, cuando el otoño había instalado ya su temperatura definitiva sobre la ciudad y los árboles del patio interior del Al-Rashid empezaban a cambiar de color con esa determinación silenciosa que tienen los árboles cuando cambian, Amira subió a la terraza del hotel.

Era la primera vez que subía desde el día antes de la tormenta, cuando había estado ahí con el registro de huéspedes y la taza de té y había visto la muralla rojiza avanzar desde el horizonte occidental. Ahora el horizonte era completamente limpio: el cielo azul de octubre sin una nube, el Tigris brillando a lo lejos, los minaretes del barrio viejo contra el azul con esa permanencia que tienen las formas que llevan siglos en el mismo lugar.

Amira se quedó ahí durante un momento con las manos sobre la barandilla y el viento de octubre en el cabello, mirando la ciudad que era su ciudad, que había sido la ciudad de su padre y de los padres de su padre y que iba a seguir siendo la ciudad cuando ella ya no estuviera para verla.

Pensó en la semana de la tormenta con la distancia que empezaba a tener. Pensó en Sir Arthur muerto en su cama con esa expresión de quien no supo lo que le ocurrió. En Lady Cynthia manipulando el pestillo en el corredor oscuro con la precisión de décadas de práctica. En Müller oliendo la taza de infusión con los hombros tensos. En Faris contando su parte de la historia con la voz del adolescente que aprende el peso de las decisiones de los adultos. En la Condesa bebiendo su coñac con la parsimonia de quien ya ha decidido que le quedan pocas sorpresas. En Tariq hablando de sistemas con una claridad que no usaba retórica porque no la necesitaba. En Kaelen mirando a su tío muerto con ese duelo específico de quien pierde no a una persona sino una certeza.

Y en el cuaderno. Siempre el cuaderno.

Bajó de la terraza y entró al hotel por la puerta del personal. En el corredor se encontró con uno de los empleados nuevos que el director había contratado para reemplazar a Faris, que había sido despedido con la delicadeza posible dado que técnicamente no había cometido ningún delito pero cuya presencia en el hotel se había vuelto demasiado complicada para los dos. El nuevo empleado tenía dieciséis años también, y el mismo aspecto de quien está aprendiendo lo que significa trabajar en un lugar donde las cosas son más complicadas de lo que parecen desde afuera.

Amira lo miró durante un momento.

—¿Sabes dónde están los corredores de servicio? —le preguntó.

—Sí, señorita Al-Sayed —dijo el muchacho.

—Bien —dijo Amira—. Apréndelos todos. Y si alguien te pide que hagas algo en esos corredores que no esté en tu descripción de trabajo, dímelo a mí antes de hacerlo.

El muchacho la miró con la expresión de quien no entiende del todo pero que ha entendido suficiente.

—Sí, señorita —dijo.

Amira asintió y continuó hacia el mostrador.

Afuera, en la calle Al-Rashid, Bagdad seguía con su día. Los vendedores de los puestos, los coches, el ruido y el movimiento y el olor de la ciudad que no esperaba a nadie y que no pedía permiso para seguir siendo lo que era.

En algún lugar de esa ciudad, los movimientos que iban a dar forma a los próximos años de Irak se movían con la lentitud de las placas tectónicas: invisibles en la superficie, decisivos en sus consecuencias. El petróleo bajo el desierto seguía siendo el petróleo bajo el desierto. Los contratos que lo regulaban seguían siendo los contratos que lo regulaban. Y las personas que iban a cambiar eso, si es que iban a cambiarlo, estaban empezando a encontrarse y a reconocerse con la gradualidad de las cosas que no tienen prisa porque saben que el tiempo, en el fondo, está de su lado.

Amira no sabía si ella iba a ser una de esas personas. Lo que sí sabía era que si llegaba ese momento, estaría lista.

El Al-Rashid la esperaba con su crujido habitual en la puerta de entrada, que nadie había arreglado porque así era como siempre había sido, y Amira entró y dejó que la puerta crujiera detrás de ella con la familiaridad de las cosas que siguen siendo exactamente lo que son aunque el mundo alrededor haya cambiado.

Eso también era suficiente.

Por ahora.